



STAR WARS

**Aprendiz de Jedi
Edición Especial 1**

Traiciones

Título original: Star Wars: Jedi Apprentice. Special Edition 1. Deceptions
Traducción: Virginia de la Cruz Nevado

Contraportada:

Qui-Gon y Obi-Wan.
Obi-Wan y Anakin.
Dos Maestros. Dos aprendices.
Un misterio.

Cuando Obi-Wan Kenobi era un aprendiz fue acusado de matar a un compañero Jedi.
Con ayuda de su maestro, Qui-Gon Jinn, luchó por limpiar su reputación, pero aunque fue declarado inocente, se ganó un enemigo de por vida: el vengativo padre del muchacho muerto.

Doce años después, Obi-Wan ya es un Caballero Jedi y tiene a su aprendiz, Anakin Skywalker. El joven Skywalker no conoce los secretos del pasado de su Maestro, pero cuando el pasado regresa los dos tendrán que combatir el engaño con la verdad y enfrentarse a enemigos a la vez viejos y nuevos.

Capítulo 1

El agua verdosa estaba fría. Los rayos de luz se filtraban por ella dibujando formas cambiantes en el fondo. La cascada provocaba suaves ondas en la superficie.

Obi-Wan Kenobi nadaba tras la reluciente túnica de su amiga Bant, que buceaba ante él. Él llevaba un tubo respiratorio, ella no. Los mon calamari podían permanecer un buen rato bajo el agua, y Bant buceaba por la laguna con elegancia y agilidad.

Hubo una época en la que no disfrutaba tanto nadando con Bant. Se sentía torpe a su lado. No le gustaba que ella fuese mejor que él en algo. Pero su Maestro, Qui-Gon Jinn, le enseñó que en la verdadera amistad se valoraba la mejor habilidad de un amigo. Cuando Obi-Wan se dio cuenta, empezó a entusiasmarse tanto como Bant con las excursiones a nadar.

Bant se giró y le sonrió, moviendo los brazos suavemente. A Obi-Wan siempre le sorprendía lo tranquila que estaba Bant en la laguna. Fue allí donde estuvo a punto de morir, cuando el malvado Xánatos la encadenó al fondo. Pero siempre quería ir allí a nadar. En una ocasión ella dijo a Obi-Wan que quería recordar aquel día, y que mientras se le escapaba la vida, fue cuando más cercana se sintió a la Fuerza.

Bant señaló a la superficie, y Obi-Wan asintió. Salieron al exterior y se encontraron con la cegadora luz del sol. Sabían que era artificial, creada por los focos del techo, pero agradecieron sentir su calidez en la piel fría.

Obi-Wan se alzó hasta la hierba de la orilla, frente a la cascada. Quizá Bant se sintiera a gusto en aquel sitio, pero él no. Allí luchó contra el estudiante Jedi Bruck Chun por la vida de Bant. Allí vio a Bruck precipitarse hacia su muerte. No fue culpa suya que el chico muriera, pero él se sentía responsable de todas maneras.

—Gracias por venir —le dijo Bant—. Sé que te cuesta hacerlo. —Un brillo travieso asomó en su mirada—. Quizá te lo pido precisamente por eso.

Él le dio un codazo cariñoso.

—¿Así que ahora resulta que soy tu padawan?

A Bant se le oscureció el gesto, y Obi-Wan se dio cuenta de que había metido la pata. Le había recordado justo lo que ambos querían olvidar acudiendo al lago.

—Lo siento —dijo en voz baja—. No pretendía...

—No seas tonto —dijo Bant, abrazándose las piernas flexionadas—. Tengo que hacer frente al desaliento. ¿No me has traído aquí para hablar de eso?

Bant albergaba la esperanza de que la Maestra Jedi Tahl la aceptase como padawan. Tahl parecía sentir un interés especial por la pequeña mon calamari, y de vez en cuando le encargaba tareas mientras seguía sus progresos. Pero Tahl había partido el día anterior en una misión, no sin antes anunciar a Yoda y al Consejo que no aceptaría a ningún padawan. Obi-Wan sabía que Bant estaba triste por la decisión de Tahl.

—Sí —admitió Obi-Wan—. Sé lo que se siente al verse rechazado. Aunque Qui-Gon acabó aceptándome como padawan, al principio me rechazó, y eso me sentó realmente mal.

—No creo que haya posibilidades de que Tahl cambie de opinión —dijo Bant con tristeza.

—Hay otros Maestros —dijo Obi-Wan con suavidad—. Has sido muy buena estudiante. Conseguirás el Maestro que te mereces.

Bant contemplaba el agua con expresión apesadumbrada.

—Sí, sé que eso es lo que pensaría un Jedi sabio. Pero no puedo dejar de pensar lo contrario. Yo tenía la certeza de que Tahl sería mi Maestra. ¿Me entiendes, Obi-Wan? ¿Acaso no sentiste lo mismo tú con Qui-Gon?

—Así es —admitió Obi-Wan.

No sabía qué decir a Bant. A los alumnos Jedi se les enseña a fiarse de sus instintos y que esos instintos eran puros. Y eso significaba que podían tener más que ver con lo que uno deseaba que con lo que tenía que pasar. Era un sentimiento que debía abrirse paso en tu interior, desde lo más hondo de tu ser, hasta aflorar, hasta tocar el sol.

¿Era así como se sentía Bant? Obi-Wan no podía saberlo. Sólo fiarse de la opinión de su amiga.

—Entonces, quizás al final sea así —dijo Obi-Wan.

—No puedo hacerme ilusiones —dijo Bant—. Soy consciente.

Obi-Wan divisó la espigada silueta de su Maestro, Qui-Gon Jinn, acercándose a la laguna por el sinuoso sendero. El chico se levantó expectante. Bant hizo lo mismo.

—Sé que he retenido demasiado tiempo a Obi-Wan —dijo la mon calamari—. Lo siento, necesitaba su consejo.

Qui-Gon dedicó a Bant la sonrisa cariñosa que reservaba especialmente para ella.

—Me alegro de que Obi-Wan te tenga como amiga, Bant. Puedes retenerlo cuanto quieras. Pero ahora mismo, el Consejo requiere su presencia.

—¿El Consejo? —preguntó Obi-Wan, receloso.

Ser convocado por el Consejo era un acontecimiento inusual. Obi-Wan sabía por experiencia que no era buena señal. Bant lo miró preocupada.

Qui-Gon asintió.

—Sécate, padawan, y ven conmigo. Nos quieren ver de inmediato.

Obi-Wan se secó rápidamente el pelo con una toalla y se puso el cinturón. Deseó tener tiempo para ponerse una túnica limpia. No había hecho nada malo... últimamente. ¿Por qué se sentía de repente como si lo hubiera hecho?

Capítulo 2

Obi-Wan y Qui-Gon se encontraban en el centro de la sala redonda del Consejo. La lluvia constante golpeaba las ventanas que ofrecían una vista panorámica de las ajetreadas aerovías de Coruscant.

Qui-Gon era consciente de lo nervioso que estaba su padawan, pero se sentía orgulloso al verlo allí, aparentemente tranquilo, ante el escrutinio de tantos Maestros del Consejo. Sólo Qui-Gon era consciente de lo impaciente que estaba el muchacho. Ya había estado antes ante el Consejo. Su padawan tenía motivos para estar así. Sabía lo estrictos que podían llegar a ser los Maestros Jedi.

Como de costumbre, fue Mace Windu quien rompió el hielo. Siempre se mostraba solemne, pero Qui-Gon percibió en él una intranquilidad poco frecuente. Esperaba que aquella reunión repentina significara que el Consejo los enviaba en una misión especial. Pero empezó a temer que algo no iba bien.

—No estés nervioso, Obi-Wan —dijo Mace Windu mirándolo fijamente—. No te hemos llamado para reñirte.

No era normal que Mace Windu tranquilizase a alguien. La preocupación de Qui-Gon aumentó un poco más. Miró a Yoda, pero era imposible saber lo que pensaba. Miró rápidamente a Adi Gallia, resplandeciente como siempre, pero con la mirada llena de compasión por Obi-Wan.

Mace Windu descansó las manos en los reposabrazos de su sillón.

—Acabamos de recibir un mensaje de Vox Chun, el padre de Bruck Chun.

Obi-Wan dio un respingo. Qui-Gon se sorprendió también.

—Acaba de ser amnistiado por sus delitos contra el Estado, en Telos —prosiguió Mace Windu—, y desea venir al Templo para recibir un informe sobre la muerte de su hijo. Está en su derecho y el Consejo ha aceptado.

Obi-Wan asintió. Se había quedado pálido.

—¿Tengo que hablar yo con él? —preguntó.

—Tendrás que relatar los detalles de la muerte de su hijo, sí —dijo Mace Windu en un tono de voz inusualmente amable.

—Que fácil no es para ti sabemos, Obi-Wan —dijo Yoda.

—Llegará dentro de dos días —dijo Mace Windu—. Qui-Gon estará contigo. Que la Fuerza te acompañe.

Les indicaron que podían retirarse y, tras una reverencia, Maestro y padawan dieron media vuelta y salieron de la estancia. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Obi-Wan se sintió desfallecer.

—¿Es obligatorio? —preguntó a Qui-Gon.

—Ya sabes la respuesta —dijo Qui-Gon—. Sabes que será difícil, pero quizá también te sea útil. Tendrás que hablar de algo de lo que no crees poder hablar, algo enterrado en tu corazón. Quizás al afrontarlo con calma y sinceridad deje de acosarte en tus sueños.

Obi-Wan le miró atónito.

—Sí, padawan, soy consciente de lo que sufres —dijo Qui-Gon amablemente—. ¿No crees que ya va siendo hora de dejarlo atrás?

Obi-Wan seguía sintiéndose sorprendido. Qui-Gon le puso una mano en el hombro.

—Ve con Bant y come algo. Llegas tarde al almuerzo.

La comida siempre conseguía reanimar a Obi-Wan. Qui-Gon no quería que el chico se preocupara demasiado por el inminente encuentro. Sin duda, le resultaría difícil, pero Obi-Wan no había hecho nada malo y conseguiría superarlo.

Cuando Obi-Wan se dirigió al turboascensor, Qui-Gon se quedó deambulando por las puertas del Consejo. Tenía la esperanza de poder dirigirse a Yoda. Le preocupaba la decisión de Tahl de no adoptar a Bant como padawan y su repentina desaparición. Y siempre era útil contar con la opinión de Yoda.

La puerta se abrió en silencio, y los miembros del Consejo pasaron desfilando ante él. Yoda le vio y asintió. Qui-Gon tuvo la impresión de que Yoda sabía exactamente por qué estaba esperándole.

—Preocupado estás, Qui-Gon —dijo Yoda mientras se acercaba a él, haciendo ondear su túnica a su paso—. Pero sólo por tu padawan, creo que no es.

—Tahl —dijo Qui-Gon para abreviar—. ¿Por qué no ha aceptado un padawan? ¿Y por qué se ha ido de repente?

Yoda se apoyó en su bastón.

—¿Crees que la persona a quien debes preguntar eso yo soy?

Qui-Gon suspiró.

—Quieres decir que debería preguntárselo primero a Tahl. Sí, pero quería saber tu opinión.

Yoda asintió.

—Creo que Tahl para Bant una carga no quería ser, pues la experiencia de Bant una Maestra ciega limitaría.

—¡Cargas! ¡Limitaciones! —exclamó Qui-Gon, incrédulo, era incapaz de asociar esas palabras con Tahl—. ¡Eso es ridículo!

—Ella eso no cree. Tiempo necesita, Qui-Gon. Ayudarla en esto no puedes. Esa su decisión es. —La mirada sabia de Yoda se posó sobre Qui-Gon—. Y ya era hora de que el Templo la abandonara para de asuntos relevantes permitirle encargarse. Al programa Centax 2, enviada ha sido.

Qui-Gon se quedó de piedra. Centax 2 era un satélite de Coruscant. Los transportes de mercancías y pasajeros solían estacionar allí para que su carga descendiera a Coruscant en naves de menor tamaño. Los Jedi habían elegido este satélite para un nuevo programa piloto dirigido por la Jedi Clee Rhara.

—¿Hay algún problema? —preguntó Qui-Gon.

—Eso desconocemos —respondió Yoda, parpadeando con sus enormes ojos—. Sospechamos sólo. Consciente eres de que este programa del completo apoyo del Consejo carece. Clee Rhara opina que los Jedi un escuadrón de pilotos de caza deberían tener. Algunos de acuerdo están. Otros no.

Qui-Gon sabía que era un proyecto polémico. El Consejo accedió finalmente a la operación, pero sólo a la fase experimental. Se había elegido para participar en él a algunos de los mejores estudiantes del Templo, como Garen Muln, amigo de Obi-Wan. Había miembros del Consejo que opinaban que los Jedi deberían ser transportados en naves consulares o en cargueros, o solicitar pequeñas naves para vuelos más cortos. Pensaban que la existencia de pilotos Jedi acabaría generando una flota propia, una operación tan compleja que los distraería de su labor de mantener la paz en la galaxia.

—A Clee Rhara conoces —dijo Yoda—. Carismática es. Entre los jóvenes pilotos, seguidores tiene. A muchos padawan, su período de entrenamiento retrasa. El Consejo esto permite, pero voces en contra hay.

Qui-Gon asintió. Clee Rhara y él habían sido compañeros de estudios. Era una mujer de gran inteligencia y voluntad de hierro, que ya en su época atraía muchos seguidores.

—¿Qué misión tiene Tahl? —preguntó Qui-Gon con curiosidad.

—Un grave problema tenemos —dijo Yoda—. Hasta ahora, para los pilotos Jedi el Senado cazas donaba. Desfasados o dañados están. Clee Rhara su propio taller de reparaciones tiene. El sistema bien ha funcionado, pero últimamente fallos mecánicos ha habido. Uno bastante grave. Un aerotaxi de Coruscant a punto de ser atropellado estuvo, y en su interior, un importante senador se hallaba.

—¿Clee Rhara cree que se trata de sabotaje?

Yoda asintió.

—Tahl fue a investigarlo. En el Senado miembros que con los Jedi no simpatizan hay. Insisten en que de ellos nos aprovechamos. Averiguar la fuente de estos rumores, no podemos. Preocupado el Consejo está. Clee Rhara debe hacer funcionar el programa, o abandonarlo deberemos.

—Entiendo —dijo Qui-Gon—. Si Tahl consigue demostrar que las naves han sido saboteadas, el programa podrá continuar.

—Quizá —Yoda se enderezó y comenzó a avanzar hacia el turboascensor—. Algunos miembros del Senado bajo vigilancia nos tienen. Quizá con la esperanza de que fracasemos. Y también la muerte de Bruck investigan. Y olvidar no debemos que Vox Chun a las órdenes de alguien estaba, y para destruirnos conspiró.

—Xánatos —dijo Qui-Gon. Su primer padawan, ya muerto. Pero la maldad que había sembrado continuaba propagándose.

Capítulo 3

Qui-Gon decidió que lo más cortés era recibir en la plataforma a Vox Chun. Obi-Wan estaba de acuerdo con su Maestro, pero deseó poder posponer un poco más el encuentro con el padre de Bruck.

—Aquí llega —dijo Qui-Gon señalando una nave plateada que se dirigía hacia ellos. Admiró el elegante diseño del transporte—. ¿Cómo puede alguien que acaba de salir de la cárcel permitirse una nave como ésta? Puede que Vox siga teniendo amistades influyentes.

Obi-Wan estaba demasiado nervioso para responder. Momentos después, la nave se detenía y la rampa descendía mientras la puerta de salida empezaba a abrirse. Una figura apareció en lo alto. Obi-Wan se quedó sin aliento. Era Bruck.

Dio un paso atrás y Qui-Gon le puso una mano en el brazo.

—No —le dijo su Maestro en voz baja—. No es él, Obi-Wan. Ese chico sólo se le parece.

Aquel chico tenía un mechón canoso, como Bruck, e iba vestido con una sencilla túnica al estilo Jedi. Cuando descendió, Obi-Wan volvió a respirar. Se dio cuenta de que los rasgos del chico estaban menos marcados y que debía de ser unos años más joven que Obi-Wan.

—Un hermano —murmuró Qui-Gon—. Quieren ponernos nerviosos. Por eso ha salido él primero.

Vox Chun bajó lentamente por la rampa, tras el chico. El manto púrpura oscuro ondeaba y se enredaba en sus botas. El último pasajero iba un paso o dos por detrás, y Obi-Wan lo miró con curiosidad. Vox Chun no dijo que vendría acompañado, y los Jedi supusieron que vendría solo. Aquel hombre era más bajo que Obi-Wan y tenía aproximadamente la edad de Qui-Gon, o quizás era algo mayor. Era imposible saberlo. Tenía un rostro liso, sin arrugas, y el pelo oscuro y corto. Llevaba una chaqueta negra y unos pantalones sencillos.

Qui-Gon asintió a modo de saludo.

—Bienvenidos al Templo Jedi. Soy Qui-Gon Jinn, y éste es mi padawan, Obi-Wan Kenobi.

Los ojos de Vox Chun eran del mismo azul gélido que los de Bruck. Recorrieron a Obi-Wan como si fueran formando una capa de hielo sobre una superficie de agua. Luego devolvió a Qui-Gon el saludo.

—Soy Vox Chun, y éste es mi hijo, Kad Chun. Éste es un amigo de la familia, Sano Sauro. Ha venido para ofrecernos su apoyo emocional.

Obi-Wan miró a Sano Sauro. Su mirada opaca y sus gestos inexpresivos y severos no dejaban ver ni un ápice de sus sentimientos. Obi-Wan no podía imaginarse a nadie acudiendo a él para algo relacionado con el apoyo emocional.

—Por aquí —dijo Qui-Gon señalando la pasarela que llevaba al Templo—. Hemos preparado un refrigerio, por si les apetece...

—He venido a saber algo, no a comer —dijo Vox Chun con brusquedad.

—Bien. Hemos preparado la sala de conferencias...

—Llévame al sitio donde asesinaron a mi hijo.

Qui-Gon se sintió incómodo ante las palabras elegidas por Vox Chun para articular la frase, pero respondió con amabilidad.

—Podrá ver dónde murió su hijo.

Obi-Wan iba detrás de Kad. Desde donde estaba, la complexión recia del chico le recordó a Bruck. Éste había sido un matón que se dedicó a atormentar a Obi-Wan durante su época de estudiante. Obi-Wan se convirtió en su obsesión por algún motivo. No tenía buenos recuerdos de él.

Pero Bruck consiguió hacerse con un grupo de amigos en el Templo. Inspiraba lealtad. Bruck tenía una cara que Obi-Wan no había conseguido ver, y eso era lo que atormentaba a Obi-Wan: que quizás el chico tenía un lado bueno.

No hablaron en el turboascensor ni durante el recorrido por los pasillos hacia la Estancia de las Mil Fuentes. Normalmente, los visitantes se quedaban extasiados ante la tranquilidad de aquel enorme espacio lleno de fragante vegetación y arroyuelos ocultos. El aire era fresco y limpio. Kad se detuvo un momento, pero Vox le empujó para que siguiera. La expresión severa de Sano Sauro no se modificó.

—Comencemos —dijo Vox Chun de repente—. ¿Cómo murió exactamente mi hijo?

—El Templo sufría los ataques de un individuo desconocido explicó Qui-Gon—. Averiguamos que su hijo estaba involucrado en el asunto...

—No me interesa su historia Jedi —le interrumpió Vox Chun de repente—. Quiero saber los hechos —se giró hacia Obi-Wan—. ¿Dónde te enfrentaste a él? ¿Quién sacó antes el sable láser?

—Le seguí hasta aquí desde la Cámara del Consejo —dijo Obi-Wan—. Ya teníamos los sables láser

desenfundados.

—¿Me estás diciendo que tu sable láser apareció en tu mano por arte de magia? ¿Que no lo sacaste para atacar o defenderte? preguntó Vox Chun con sarcasmo.

—Lo saqué cuando Xánatos y Bruck salieron por la rejilla de ventilación, cerca de la Cámara del Consejo —dijo Obi-Wan.

—¿Tenía Bruck el sable láser enfundado?

—No —respondió Obi-Wan—. Estaba escondido en el conducto, esperando para robar...

—Historias de Jedi —interrumpió Vox, haciendo un gesto de desprecio con la mano—. No responden a mi pregunta. ¿Sacó él el sable láser al ver el tuyo?

—Sí —dijo Obi-Wan—. Nos enfrentamos en combate, y Xánatos le ordenó que fuera a asegurarse de que Bant había muerto. Él echó a correr y yo le seguí.

—¿Le atacaste por la espalda?

—No, él se giró y vino a por mí. Luchamos. Acabamos cerca de la fuente.

—Enséñame la fuente.

Obi-Wan le guió por los serpenteantes senderos hasta la estruendosa cascada y la profunda laguna verdosa.

—La cascada no funcionaba en ese momento porque se habían apagado todos los sistemas del Templo —le explicó—, pero había agua en la laguna. Vi a Bant encadenada al fondo. Tenía los ojos cerrados. Estaba viva, pero le quedaba poco tiempo. Bruck y yo luchamos y acabamos subidos a esas rocas —dijo Obi-Wan, señalando la elevación rocosa—. Cuando llegamos arriba del todo, me di cuenta de que faltaban unos segundos para que se reactivaran todos los sistemas acuáticos del Templo. Se habían apagado por un virus que Xánatos introdujo en el sistema. Conduje a Bruck hasta la cuenca de la cascada. Pensé que cuando el agua volviera a caer, apagaría el sable láser de Bruck. Así se quedaría desarmado y yo podría ir a liberar a Bant.

—¿Y dejar plantado a tu contrincante? —inquirió Vox Chun—. Eso no parece muy propio de un guerrero Jedi.

—Al contrario —intervino Qui-Gon—. Nosotros evitamos la muerte a toda costa. Nuestro primer objetivo es desarmar a nuestro oponente.

Vox Chun se encogió de hombros, como si Qui-Gon acabara de articular palabras vacías.

—Es obvio que el plan no funcionó —dijo a Obi-Wan en tono neutro.

—Sí funcionó; su sable láser se apagó —replicó Obi-Wan—. El agua le llegaba a las rodillas. Avanzó a duras penas hasta conseguir plantarse cerca de la orilla, donde están esas piedras. Empezó a tirármelas. Cada vez le costaba más trabajo cogerlas, y se acercó demasiado al borde de la cascada, donde las rocas son más resbaladizas. —Obi-Wan se detuvo. Tenía la boca seca—. La corriente le arrastró. Perdió el equilibrio. Yo le tendí la mano..., pero fue demasiado tarde. Se cayó y se dio en la cabeza. Yo bajé corriendo y comprobé sus constantes vitales, pero ya estaba muerto. Murió al instante, seguro. No... no sufrió.

—Así que ésa es tu versión —dijo Vox Chun.

—Es la verdad —respondió Obi-Wan con serenidad.

—Nos vamos ya —Vox se giró para marcharse. Kad y Sano Sauro le seguían de cerca. Entonces, Sano Sauro se giró y fijó su mirada oscura e inexpresiva en Obi-Wan.

—En tu opinión, ¿crees que Bruck Chun tenía intención de malar a Bant? —preguntó en voz baja.

—Xánatos se lo ordenó —respondió Obi-Wan.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Crees que Bruck quería malar a Bant?

—Creo que sí.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Lo... creo.

—¿Y tú qué sabes? ¿Acaso le viste emprendiendo alguna acción para matar a Bant?

—¡No tenía que hacer nada, ella estaba encadenada al fondo del lago!

—No resulta tan raro ver a un mon calamari bajo el agua.

—Estaba quedándose sin oxígeno.

—¿Cómo lo sabes? ¿O eso también es algo que crees?

—Lo sé. Me lo dijo después, cuando la salvé.

Sauro asintió pensativo.

—¿Y cómo puedes saber que Bruck no se habría lanzado a salvarla de haber pasado más tiempo?

Obi-Wan lo miró fijamente. ¿Cómo iba a saber la respuesta a semejante pregunta? Claro que no creía que Bruck tuviera intenciones de salvar a Bant. Pero eso era lo que él creía. No lo sabía.

Sauro esperó, pero al ver que Obi-Wan no decía nada, sonrió por primera vez. Obi-Wan se estremeció

ante aquella visión.

Se giró hacia Vox Chun.

—Estoy listo.

—Falta una cosa —dijo Qui-Gon—. Los Jedi quieren ofrecerle este presente como símbolo de nuestro dolor. Bruck era de los nuestros y lamentamos su muerte.

Sacó el sable láser de Bruck de un bolsillo de la túnica. Le habían quitado los cristales, pero la empuñadura seguía teniendo las marcas que le hizo Bruck en su momento. Qui-Gon se lo ofreció a Vox Chun con una inclinación de cabeza.

Vox Chun se lo metió en el bolsillo sin mirarlo siquiera. Luego se volvió y se marchó sin decir adiós. Kad Chun y Sano Sauro le siguieron.

Con una sola mirada, Qui-Gon dijo a Obi-Wan que él se encargaba de acompañarlos a la salida y que no hacía falta que viniera.

En cuanto desaparecieron, Obi-Wan se desplomó sobre la suave hierba de la orilla. Se sintió vacío y mareado, como si acabara de sufrir un acceso de fiebre.

Había dicho la verdad y no le habían creído. Intentó consolarse con el hecho de que, al menos, todo había acabado.

Pero en su interior algo le decía que aquello no había hecho más que empezar.

Capítulo 4

Qui-Gon contempló la aerodinámica nave de Vox Chun elevándose en el aire. La reunión no había salido bien. De hecho, no podía haber salido peor.

Y había visto en el rostro de Obi-Wan que la presencia de Vox y de Kad Chun sólo había empeorado su sentimiento de culpa. Una culpa que debía desaparecer para ser sustituida por la pena.

Había hablado con el chico, pero no había conseguido llegar a él. Sólo la vida podía enseñarle. El tiempo. La experiencia. Cosas que no podían transmitirse como un consejo.

Pero sí podía hacer algo por su padawan: podía distraerle.

Obi-Wan había regresado a su cuarto. Estaba tumbado en el catre, mirando al techo.

Qui-Gon se apoyó contra el dintel.

—¿Te gustaría ir de excursión a Centax 2?

Obi-Wan se incorporó. Su expresión de angustia desapareció.

—¿En serio? ¡Así veré a Garen! ¡Y los cazas!

—Sí, pensé que te gustaría. Tahl está allí investigando un problema. Quizá le venga bien nuestra ayuda.

Obi-Wan asintió enérgicamente. Haría cualquier cosa por Tahl.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ahora mismo, si quieres —dijo Qui-Gon—. Coge lo que necesites, podemos ir en aerotaxi.

Obi-Wan cogió su equipo de supervivencia y ambos se dirigieron a la plataforma de aterrizaje. Allí subieron al aerotaxi. No se tardaba mucho en llegar a las capas superiores de la atmósfera donde se encontraba Centax 2. El satélite era una luna pequeña y azulada sin vegetación ni agua. Sus profundos valles y cordilleras habían sido allanados para dejar sitio a las enormes plataformas de aterrizaje y a los distintos edificios y hangares de soporte técnico.

Las plataformas de aterrizaje bullían de actividad, y el aerotaxi se puso en la cola para poder tomar tierra. Por fin consiguieron permiso para hacerlo, salieron del vehículo y Qui-Gon le condujo por una pasarela móvil cubierta que conectaba con otras plataformas de aterrizaje. Salieron por la última puerta, antes de que la pasarela diera la vuelta y volviese en la misma dirección. Avanzaron con dificultad por una avenida azotada por el viento, hasta llegar a una pequeña zona de aterrizaje privada situada a cierta distancia. Obi-Wan vio cinco cazas alineados junto a una carpa de mantenimiento.

Al acercarse, vio dos cazas más sobrevolando la zona, como dos vetas plateadas en el cielo. No dejó de mirarlos mientras se lanzaban en picado y con gran estruendo hacia la superficie, para luego enderezar su trayectoria. Volaron el uno junto al otro en formación de espejo, y luego se separaron.

—Me encantaría poder pilotar así —dijo Obi-Wan con admiración.

Cuando los dos cazas aterrizaron, Obi-Wan reconoció una figura familiar saliendo de una de las cabinas. Era Garen Muln. Se quilo el casco y agitó la cabeza para soltar su espesa melena. Para sorpresa de Obi-Wan, Garen ya no llevaba el pelo corto y la coletilla de los estudiantes de último año. Vio que el otro piloto también se había dejado el pelo largo.

La mirada aguzada de Garen se fijó en las dos figuras que se acercaban a él. Al cabo de unos segundos, reconoció a Obi-Wan. Saltó del caza con un grito de alegría y corrió hacia él.

—¡Obi-Wan! ¿Por qué no me dijiste que venías? ¡Qué alegría verte! —Garen se puso serio al darse cuenta de que no había saludado a un Maestro Jedi—. Disculpe, Maestro Qui-Gon Jinn —dijo inclinando la cabeza—. Bienvenido.

Qui-Gon sonrió.

—Obi-Wan y yo decidimos venir para ver cómo os iba por la base.

—Nos va muy bien. Sólo hemos tenido unos pequeños contratiempos que Clee Rhara se ha encargado de solventar.

Qui-Gon alzó una ceja, pero no dijo nada.

—Tienes que conocerla —dijo Garen, con los ojos relucientes, a Obi-Wan—. Es maravillosa. La mejor piloto que he visto en mi vida. Ha conseguido que hagamos cosas en el aire que antes nos parecían un sueño. ¡No sabes cuánto he mejorado desde el Templo!

—Ya no pareces un Jedi —le dijo Obi-Wan, fijándose en el mono de vuelo de Garen y en su larga melena.

—Sigo siendo un Jedi, no te preocupes —dijo Garen sonriendo.

En ese momento, Clee Rhara salió de la carpa. Vestía un mono de vuelo como el de Garen y llevaba al viento la melena de color naranja. Clee Rhara era una mujer pequeña y de complexión atlética que apenas llegaba a Qui-Gon al hombro, pero cuyo cuerpo compacto era pura fibra. Vio a Qui-Gon, y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

—¡Qué sorpresa! —exclamó ella al acercarse.

—Me gustaría presentarte a mi padawan, Obi-Wan Kenobi.

Obi-Wan fue examinado por un par de ojos intensos, del mismo color que la melena naranja oscuro.

—He oído hablar muy bien de ti a Garen —dijo Clee—. Bienvenido —cogió por el brazo a Obi-Wan y a Qui-Gon—. Dejad que os enseñe el equipo. Tahl está aquí. Le alegrará saber que habéis venido.

Clee les hizo de guía durante la visita, mostrándoles los cazas re-equipados, los barracones, las salas de estudio, los hangares y hasta las cocinas. Qui-Gon notó cómo los estudiantes seguían a Clee con la mirada; era obvio que les inspiraba una vian lealtad.

Clee finalizó la visita en el centro técnico, donde los estudiantes experimentaban de primera mano con motores e hipermotores. Tahl estaba sentada ante un monitor, utilizando un ordenador activado por voz. Dejó de hablar en cuanto supo que habían entrado.

—A que no adivinas... —comenzó a decir Clee.

—Qui-Gon —dijo Tahl sin apenas variar el tono. Qui-Gon se sintió un poco ofendido. Tahl nunca lo había recibido con tanta frialdad.

Clee no se dio cuenta de aquel recibimiento, o al menos no dio señales de ello.

—Míranos, aquí estamos los tres, juntos otra vez —dijo alegremente.

—Sí —dijo Tahl.

Qui-Gon clavó la mirada en Clee. Hacía años que no se veían, pero su vieja amistad les permitía una confianza que jamás se debilitaría. Ella supo de inmediato que él quería hablar a solas con Tahl.

—Obi-Wan, ¿quieres ver los cazas? —preguntó Clee.

—¡Sí! —respondió Obi-Wan de inmediato.

—Vamos, Garen y yo te enseñaremos la flota —dijo Clee, avanzando hacia la puerta—. Volveremos para la cena. Allí nos veremos, Qui-Gon.

Qui-Gon esperó a que se marcharan. No se acercó a Tahl.

—Estás enfadada conmigo por haber venido.

Ella se apartó para que él no pudiera ver la expresión de su precioso rostro. A veces lo hacía para que él no tuviera ventaja.

—Crees que necesito ayuda, que no podré ocuparme sola de esta misión.

Qui-Gon estuvo a punto de insistir en que esa afirmación era ridícula, pero no lo hizo. No necesitaba ver la cara de Tahl para saber que se sentía vulnerable. El mero hecho de tener que escoger un padawan la había obligado a enfrentarse a algo muy doloroso para ella, algo que le hacía dudar de sí misma. Y él conocía muy bien esa sensación, por distintas razones.

—No —dijo él—. He venido porque Obi-Wan lo pasó muy mal en la reunión con Vox Chun. Me preocupa mi padawan. Y sabía que le encantaría visitar la base. Y si además podemos ser de utilidad, puede que eso lo distraiga aún más.

—Ya —dijo Tahl en tono irónico—. ¿Y ésa es la única razón por la que has venido?

—Me enteré de que decidiste no adoptar un padawan...

—Y pensaste que igual necesitaba charlar para desahogarme —Tahl giró la cabeza hacia él de repente.

Qui-Gon vio la amargura en el rostro de ella—. Me vas a contar lo reticente que te sentías tú ante la perspectiva de tomar un padawan, lo mucho que te costó, lo valioso que ha resultado ser al final, y que me tengo que dar cuenta de que tengo mucho que enseñar a un padawan aunque sea ciega. ¿Te crees que no sé lo que me vas a decir? Déjalo, de verdad. Cualquier conversación sobre padawan o sobre Bant está de más. Lo digo en serio, Qui-Gon.

—De acuerdo —dijo él lentamente—. Pero ¿nos permitirás ayudarte en la investigación? Sólo como favor hacia Obi-Wan y hacia mí.

—Pero piensa que sólo lo hago por Obi-Wan.

—Me vale —él se acercó y acercó una silla—. ¿Qué has conseguido averiguar hasta ahora?

—Mis contactos en el Senado me han comunicado que se rumorea que la propia Clee Rhara sabotó los cazas —dijo Tahl, pasándose una mano cansada por los ojos.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Qui-Gon asombrado.

—Para demostrar al Senado que el proyecto necesita fondos y naves más modernas —dijo Tahl.

La explosión de indignación de Clee resonó de repente en las paredes metálicas de la carpa.

—¡Pero qué sarta de mentiras! —avanzó hacia ellos dando zancadas y con las manos en las caderas—. ¡Yo jamás pondría en peligro la vida de mis pilotos!

—Creía que estabas enseñando los cazas a Obi-Wan —dijo Qui-Gon.

—He vuelto para asegurarme de que no os estabais matando —dijo Clee—. Recuerdo bien vuestras peleas en el Templo.

—Ahora somos Caballeros Jedi —dijo Qui-Gon—. Ya no tenemos peleas.

Tahl sonrió.

—Ahora discutimos y siempre gano yo.

Clee se dejó caer en una silla.

—Pues me alegro de veros a los dos aquí. Estoy en un buen lío. Si no averiguo enseguida quién me está saboteando la flota, seguro que el Consejo cancela todo el programa. ¡No puedo permitir que pase eso!

—Háblame de la seguridad —dijo Qui-Gon.

—Las naves se re-equipan en un campo cercano, y todos los trabajadores pasan por los controles de seguridad del Senado. Tras el primer incidente, restringí a dos el número de encargados de las naves Jedi. Las cosas van más despacio, pero es más seguro. Los dos han superado los requisitos más exigentes de seguridad del Senado. Supuse que así iría todo bien. Pero después ocurrió otro incidente.

—Así que ha tenido que ser uno de esos dos trabajadores —dijo Qui-Gon.

—O alguien que ha encontrado la forma de colarse en una zona restringida —dijo Tahl.

Clee se echó hacia delante y se apretó las manos con frustración.

—No puedo estrechar más el cerco de seguridad. Los controles del Senado son increíblemente minuciosos.

—Hay otra posibilidad —dijo Qui-Gon—. Que haya alguien del Senado detrás de esto, y que uno de los trabajadores, o los dos, tengan una falsa identidad.

—Eso no lo había pensado —dijo Tahl—. Pero podría explicar los rumores que corren por el Senado. El traidor podría ser el responsable de ambas cosas. Alguien que quiere hacer fracasar este proyecto.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Clee—. ¿Quién podría oponerse a que una pandilla de estudiantes del Templo aprendan a pilotar cazas?

—Alguien que teme que los Jedi tengan más poder —musitó Qui-Gon—. El programa es todavía muy reciente, pero puede ser potencialmente dañino para estas personas.

El intercomunicador de Qui-Gon pitó, y él se excusó para ausentarse a responder, alejándose unos pasos. Era Yoda.

—Malas noticias tengo —dijo Yoda sin más preámbulos—. El Senado una subcomisión de investigación ha decidido crear para la muerte de Bruck investigar. Vox Chun con un poderoso aliado allí cuenta. Que Sano Sauro es un abogado hemos descubierto. Se rumorea que ansioso por destacar está. Volver de inmediato debes, Qui-Gon. Tres testigos habrá: Bant, Obi-Wan y tú. Este proceso doloroso para tu padawan será, me temo.

Qui-Gon se sintió hundido.

—Sí —dijo en voz baja—. Yo también lo temo.

Capítulo 5

La comisión de investigación del Senado no perdió el tiempo. Al día siguiente llamaron a los Jedi a su sala privada de interrogatorios.

Obi-Wan se sintió fatal aquella mañana, mientras se vestía. Apenas pudo digerir el desayuno. Se sintió casi aliviado cuando llegó el momento de reunirse con Qui-Gon y dirigirse hacia el Senado.

—Habrá quince senadores presentes —explicó Qui-Gon a Bant y Obi-Wan mientras avanzaban por los pasillos de color lavanda del Senado. Los corredores estaban llenos de senadores dándose aires de importancia, con asistentes, consortes y androides pisándoles los talones.

—A mí me llamarán primero —explicó Qui-Gon—. Luego a Bant. Obi-Wan será el último. Sano Sauro intentará tergiversar todo lo que digas, así que asegúrate de que la verdad brille en cada una de tus frases. Los Jedi han optado por no tener representación legal. Tenemos la verdad de nuestro lado. Recuérdalo.

Obi-Wan asintió. La sabia mirada de Qui-Gon era tranquilizadora. Los muros de la sala de interrogatorios eran de transpariacero, y Obi-Wan pudo ver que los senadores ya estaban sentados en la gran mesa del interior. Estaba situada sobre una plataforma. Vox Chun, Kad Chun y Sano Sauro ya habían ocupado su puesto frente a ellos. Una mesa vacía aguardaba a los Jedi.

—El senador Pi T'Egal es el director de la comisión —dijo Qui-Gon en voz baja, señalando al senador sentado en el centro de la mesa—. Eso es bueno. Es amigo de los Jedi.

Las puertas de transpariacero se abrieron. Qui-Gon, Obi-Wan y Bant se inclinaron levemente ante los senadores. Luego ocuparon sus puestos en la mesa vacía.

—Si estamos todos, podemos empezar —dijo Pi T'Egal. Pulsó un botón y las paredes de transpariacero se volvieron opacas. Obi-Wan sabía que aquello iba a ocurrir, pero de repente se sintió atrapado.

Encuentra tu centro de calma. Se esforzó por respirar mientras Pi T'Egal consultaba su datapad y pulsaba unos cuantos botones. Los dedos de Bant apretaron suavemente el antebrazo de Obi-Wan para tranquilizarlo.

Por fin, Pi T'Egal levantó la mirada.

—Esto no es un juicio —dijo—. Sólo es una vista. Vox y Kad Chun han pedido una descripción completa de la muerte de Bruck Chun en el Templo. Los senadores hemos accedido a decidir si la muerte fue un accidente o si Obi-Wan Kenobi tiene algún tipo de responsabilidad en ella. Si nuestro veredicto es que fue deliberada o que es responsabilidad de Obi-Wan Kenobi, Vox y Kad Chun podrán llevar el tema a los tribunales de Coruscant. ¿Lo ha entendido todo el mundo?

Todos asintieron.

Pi T'Egal se dirigió a Vox Chun.

—¿Comprende que si juzgamos que no existe responsabilidad de terceros en la muerte de su hijo, no podrá seguir adelante con esta cuestión?

—Sí —dijo Vox Chun.

—Entonces comencemos. El primer testigo será el caballero Jedi Qui-Gon Jinn.

Qui-Gon se levantó y se acercó a una silla de la plataforma, ubicada de tal forma que todos los senadores pudieran verlo con claridad.

—Por favor, infórmenos de todos los acontecimientos que condujeron a la muerte de Bruck Chun.

Qui-Gon empezó a hablar con calma, haciendo un breve resumen de todos los problemas sufridos por el Templo y explicando que había un intruso en él.

—Descubrimos que Bruck Chun estaba implicado en los hurtos menores —dijo—. El chico desapareció, y nos enteramos de que alguien más poderoso había traspasado la seguridad. Supusimos que Bruck Chun había colado a este individuo en el Templo.

—Pero no lo sabían con seguridad —interrumpió Sano Sauro.

—No —dijo Qui-Gon, mirando con frialdad al abogado—. Por eso he utilizado la palabra "supusimos".

—Por favor, prosiga, Qui-Gon Jinn —dijo Pi T'Egal.

Qui-Gon detalló todos los ejemplos de sabotaje, incluido el ataque a Yoda y el sabotaje de un turboascensor horizontal que dejó atrapados a doce niños pequeños y su cuidador. Luego explicó cómo descubrieron que se enfrentaban al que fue su padawan, Xánatos, que por aquel entonces presidía una corporación minera gigantesca,

Offworld. Sorprendieron a Xánatos y a Bruck en la puerta de la Cámara del Consejo Jedi, cuando salían de un conducto de ventilación.

—Yo desarmé a Bruck —dijo Qui-Gon lentamente—. Xánatos cogió al chico y le puso el sable láser en el cuello.

Sano Sauro se enderezó en la silla.

—¿Xánatos amenazó al chico? ¿Bruck era su prisionero, y no su cómplice?

—No —dijo Qui-Gon—. Xánatos no era leal a nadie. Estaba dispuesto a poner en peligro la vida de Bruck con tal de obtener algo de ventaja.

—Ésa es su opinión —dijo Sano Sauro con una sonrisa burlona.

—Sí. Basándome en mis numerosos encuentros con Xánatos llegué a saber cómo reaccionaba cuando estaba bajo presión —respondió Qui-Gon—. Conseguimos que soltase a Bruck, y éste recuperó su sable láser. Xánatos le dijo que fuera a asegurarse de que Bant había muerto.

Pi T'Egal se echó hacia delante.

—¿Dijo esas palabras?

—"Asegúrate de que esté muerta" —citó Qui-Gon—. Esas palabras exactamente.

—¿Ordenó usted a Obi-Wan que matara a Bruck? —preguntó Sano Sauro.

Qui-Gon se agarró con fuerza a la silla por un instante, la única señal de que la insolencia de Sano Sauro le había afectado.

—No. Los Jedi no ordenan la muerte de nadie. Lo que le dije fue que siguiera a Bruck para que no pudiera matar a Bant. Eso es exactamente lo que hizo. Yo lamento la pérdida de una vida, pero estoy orgulloso de las acciones de mi padawan —Qui-Gon miró con cariño a Obi-Wan.

—¿Orgulloso? —Sano Sauro se puso en pie—. ¿Orgulloso de que un joven estudiante Jedi haya muerto?

—Orgulloso de que Obi-Wan hiciera todo lo posible por salvarlo, incluso después de que Bruck Chun hiciera todo lo posible por matarlo a él —dijo Qui-Gon con voz firme—. Orgulloso de que mostrara compasión y piedad incluso ante la ira del otro. Así es como se comporta un Jedi.

Sano Sauro se sentó esbozando una sonrisilla.

—¿Vio usted mismo esa... compasión, Qui-Gon Jinn?

—No. Yo estaba luchando contra Xánatos.

—Entonces tendremos que fiarnos de usted.

—No —dijo Qui-Gon—. Tendrán que fiarse de Obi-Wan. Yo me fio.

Sano Sauro realizó un gesto de desprecio con la mano.

—No tengo más preguntas para este testigo.

Pi T'Egal miró a los otros senadores. Ninguno tenía preguntas.

—Gracias, Qui-Gon Jinn. A continuación escucharemos a Bant.

Qui-Gon regresó a la mesa, ofreciendo a Bant una mirada de ánimo por el camino. Bant se sentó en la silla. Su piel de color salmón estaba reluciente, pero los nervios se reflejaban en su mirada. Cuando se sentó, Obi-Wan se dio cuenta de que la mon calamari buscaba su centro de calma. Tenía la barbilla erguida, y se volvió para mirar a Pi T'Egal con decisión.

Pi T'Egal habló con amabilidad, porque eso era lo que inspiraba Bant a todo el mundo.

—Cuéntenos lo que pasó aquella tarde, Bant.

—Fui capturada por Xánatos y Bruck Chun —dijo Bant con voz clara y firme—. Me llevaron a la Estancia de las Mil Fuentes por los conductos del agua para que nadie nos viera. Una vez allí, Xánatos me encadenó al fondo de la laguna de la cascada. Me dijo que me dispusiera a morir, que ni Obi-Wan ni Qui-Gon irían a salvarme. No le creí. Pero, a medida que iba pasando el tiempo, me di cuenta de que llegaba al límite del tiempo que podía permanecer debajo del agua. Lo traspasé y supe que estaba cerca de la muerte. Y después sentí la presencia de Obi-Wan. No pude verlo, pero sabía que estaba allí. Sentí que la Fuerza resurgía para permitirme aguantar. Luego, Obi-Wan me liberó y me llevó a la superficie. Me arrastró hasta la orilla. Vi a Bruck Chun tumbado allí cerca. Estaba muerto.

Bant terminó hablando en voz baja y con la cabeza gacha.

—Es todo lo que sé.

El punto de insolencia en la voz de Sano Sauro se transformó en el suave siseo de una criatura letal.

—Dices que estuviste cerca de traspasar tu límite bajo el agua. ¿Acaso los mon calamari pueden aguantar sin oxígeno durante un tiempo fijo?

—No —dijo Bant—. Varía según el individuo.

—¿Te has desmayado alguna vez bajo el agua, Bant?

—No.

—¿Alguna vez has llegado al límite?

—No —dijo Bant—. No hasta ese día.

—Pero no llegaste a desmayarte, ¿verdad? ¿Cuántos años tienes, Bant? —preguntó Sano Sauro cambiando de tema de repente.

—Tengo doce. En aquel momento tenía once.

—Si nunca habías llegado al límite y ni siquiera lo alcanzaste ese día, ¿cómo sabes que estuviste cerca de morir? —Sano Sauro soltó la pregunta de repente.

Ella parpadeó lentamente.

—Sentí la muerte cerca...

—Así que fue como un presentimiento.

Obi-Wan se puso tenso. La confusión se dibujó en el rostro de Bant. Ella no se esperaba aquel ataque.

—A los Jedi se nos enseña que hay que confiar en la intuición.

—Ya. ¿Y en qué estado de ánimo te encontrabas?

—En estado meditativo, esperando a la muerte en caso de que llegara.

—¿Podrías decir con seguridad cuánto más habrías aguantado si Kenobi no te hubiera rescatado?

Bant titubeó.

—La verdad —le advirtió él.

—No... no podría...

Sano Sauro giró sobre los talones y miró a los senadores.

—Entonces tenemos que fiarnos de la intuición de una niña de once años para creer que se encontraba en peligro mortal, que cualquier esfuerzo por salvarla merecía la pena. ¿Y por eso ha muerto un joven?

—Pero yo conozco mis capacidades y mis habilidades —gritó Bant—. ¡Estoy segura de que estuve a punto de morir!

—No tengo más preguntas —dijo Sano Sauro.

—Creo que eso es todo por hoy —anunció Pi T'Egal—. Mañana nos reuniremos a la misma hora.

Los senadores se levantaron. Bant se puso en pie temblando y se acercó a Obi-Wan y Qui-Gon.

—Os he fallado.

—No —dijo Qui-Gon con firmeza—. Has dicho la verdad.

—No pasa nada, Bant —dijo Obi-Wan—. Ha sido ese Sano Sauro, que lo ha tergiversado todo. No siente ningún respeto por los Jedi.

—Pero los senadores sí —le dijo Qui-Gon—. Ellos no se tragarán su numerito. No temas —la guió amablemente hacia la puerta, acelerando un poco el paso para no encontrarse con Vox Chun y Sano Sauro, que también iban hacia allí.

Obi-Wan se encontró cara a cara con Kad Chun. Sus miradas se enfrentaron. Un sentimiento de ira creció en el interior de Obi-Wan y supo que tenía que resistirse. Pero habían atacado a Bant y no podía perdonárselo.

Kad se dio cuenta. Obi-Wan pudo ver un brillo de satisfacción en su pálida mirada, tan parecida a la de Bruck.

—Parece que no eres tan perfecto, ¿verdad, Obi-Wan? —le preguntó Kad Chun en voz baja y tono amenazante—. Puedo ver el odio en tu mirada.

—Yo no te odio, Kad —respondió Obi-Wan, esforzándose por mantener la voz firme—. Pero este ataque a Bant... ¿es ésa vuestra idea de justicia?

Kad elevó un puño.

—Y matar a mi hermano... ¿es tu idea de la compasión? —le replicó.

Se miraron fijamente. Obi-Wan nunca se había enfrentado a un odio y un dolor tan personales. Sintió cómo le golpeaban en su interior. Quiso correr, pero permaneció inmóvil.

Kad acabó apartando la mirada. Luego se volvió y corrió a reunirse con su padre.

Capítulo 6

No pude hacer nada más por Obi-Wan, pensó Qui-Gon mientras subía al aerotaxi rumbo a Centax 2. Había dicho todo lo que podía decirse. Una de las peores obligaciones de un Maestro era tener que quedarse al margen. Su padawan tenía que enfrentarse solo a aquello.

Y Tahl necesitaba su ayuda, tanto si la quería como si no.

Aterrizó en Centax 2 y cogió la pasarela móvil hasta la base Jedi. Encontró a Tahl en la carpa, repasando las especificaciones de los cazas.

—Pensé que más me valdría familiarizarme un poco con el motor de un caza —dijo ella sin preámbulos, porque ya podía reconocerlo por sus pasos. Apartó la grabadora que le leía las especificaciones y se giró hacia él—. ¿Qué tal ha ido la vista?

—No sabría decirte —Qui-Gon se sentó junto a ella—. Ha sido difícil para Bant.

—¿Para Bant? ¿Por qué? —la voz de Tahl sonó cortante. Qui-Gon se fijó en cómo saltaba instintivamente en defensa de Bant.

—Sano Sauro la interrogó despiadadamente sobre cuánto aguanta un mon calamari bajo el agua. Bant se vio obligada a decir que no estaba segura de si estuvo a punto de morir.

Tahl gruñó.

—Y Bant se siente ahora como si hubiera traicionado a Obi-Wan.

—Me temo que sí. Espero que Obi-Wan hable con ella en el Templo. Sé que querrá consolarla, a pesar de lo mal que él lo está pasando. A él mismo le ha costado mantener la compostura.

Ella suspiró.

—Han hecho mucho y han llegado muy lejos. No podemos olvidar que siguen siendo jóvenes.

—Sé que saldrá bien —dijo Qui-Gon, estudiándola con la mirada—. Pero me cuesta quedarme quieto mirando cómo pasa por esto. Aunque también es satisfactorio estar ahí para apoyarle.

Tahl se giró y pasó la mano por unos planos. Las líneas estaban en relieve para que pudiera percibir las formas con los dedos. La grabadora le contó lo que examinaba.

—No me había dado cuenta de que los frenos estaban tan atrás —dijo ella con frialdad.

Era obvio que Tahl tendía a ignorar hasta la menor sugerencia de que una relación Maestro/padawan podría ser beneficiosa para ella. Qui-Gon decidió seguirle la corriente. Sobre todo porque no tenía otra opción.

—¿Has hablado ya con los dos encargados? —preguntó él.

—No, estaba a punto de hacerlo. Saben que hay un investigador. Quería ponerles nerviosos. ¿Quieres venir?

—Si no te importa...

—Pues claro que me importa —dijo ella, alzando levemente la voz—. Pero ¿desde cuándo te detiene a ti eso?

Al menos su tono de voz no era de enfado. Qui-Gon caminó a su lado hasta el hangar vecino, donde los cazas eran reformados.

En cuanto entraron en el hangar, a Qui-Gon le costó no coger a Tahl del brazo. El suelo estaba lleno de herramientas y montones de piezas, grandes y pequeñas. Pero Tahl se deslizaba sin problemas por entre los obstáculos, gracias a sus extraordinarios reflejos y su entrenamiento especial.

—Veo que ya no necesitas a DosJota para la navegación —comentó Qui-Gon, refiriéndose al eterno charlatán que era el androide personal de navegación de Tahl.

Ella sonrió.

—Me ha costado mucho conseguirlo. Aún así, me lo traje por si lo necesitaba; desgraciadamente, sigue siendo vital para algunas cosas.

—Los mecánicos están a la izquierda —le indicó Qui-Gon.

Los observó detenidamente a medida que se acercaban a ella. Uno era twi'leko y tenía los largos lekkus de la cabeza envueltos en un turbante para que no le molestaran. Su piel era de color azul claro. El otro era humano, de baja estatura y complexión fornida, con los laterales de la cabeza afeitados de modo que el pelo corto sólo le brotaba en la parte superior del cráneo.

—Nos gustaría hablar con vosotros —dijo Tahl.

Los dos mecánicos dejaron las herramientas y se volvieron hacia ellos.

—Claro —dijo el twi'leko algo nervioso—. Yo soy Haly Dura y éste es Tarrence Chenati. ¿Qué podemos hacer por vosotros?

—Investigamos los fallos mecánicos de los cazas —explicó Qui-Gon.

—Ya nos han investigado —dijo Haly Dura—. Y somos inocentes.

—Sólo queremos haceros unas preguntas —dijo Tahl—. Clee Rhara nos ha pedido ayuda.

—Estoy seguro de que ya habremos respondido a esas preguntas —dijo Haly Dura con impaciencia.

—Entonces tendréis que responderlas otra vez —dijo Tahl, imprimiendo dureza a su tono tranquilo.

Tarrence Chenati miró a su compañero.

—Claro que cooperaremos. No queremos que nadie dude de nosotros. También estamos preocupados. Hemos repasado cada instante de nuestros turnos con Clee Rhara, pero seguimos sin entender cómo ha podido ocurrir.

—Ésta es una zona restringida —dijo Haly Dura—. Nosotros somos los únicos que podemos entrar en ella. Eso significa que alguien debió de entrar cuando no estábamos.

Qui-Gon examinó a ambos mecánicos. Se concentró en sus miradas y sus gestos para obtener algún indicio de que mentían, sabiendo que Tahl reconocería cualquier pista en su voz.

—Vosotros os ocupáis de hacer todas las reparaciones de los cazas, ¿verdad? —preguntó Tahl.

Los dos asintieron, y luego se dieron cuenta de que Tahl no podía verles.

—Sí —dijeron al unísono.

—¿Y qué pasa con la cámara de ionización? —preguntó Tahl.

Qui-Gon sabía que el último accidente había sido provocado por un mal funcionamiento de la cámara de ionización.

—La cámara de ionización no necesitaba retrorreparaciones —dijo Haly Dura—. Pero la comprobamos, por supuesto.

—¿Y cómo se comprueba? —preguntó Tahl en tono amable.

—Con este panel de control —Haly Dura señaló un tablero informático—. No dio problema alguno.

—El caza recibió permiso para volar al día siguiente —dijo Tarrence Chenati—. Hasta ese momento, la nave permaneció aquí, en el hangar, bajo estricta vigilancia.

—¿Os importa si echamos un vistazo? —preguntó Qui-Gon.

—Adelante.

Los dos mecánicos prosiguieron con su trabajo, soldando convertidores de potencia láser. Qui-Gon y Tahl pasearon por el hangar.

—¿Has detectado algo en nuestros dos amigos? —murmuró Qui-Gon.

—Un olor —susurró Tahl—. Tarrence Chenati olía de una manera determinada, pero Haly Dura no. Quizá no sea nada. Es un olor industrial. Tengo una idea: volvamos cuando no estén.

No tuvieron que esperar mucho. Los dos trabajadores acabaron pronto su jornada. Clee Rhara había proporcionado a los Jedi todos los códigos de seguridad, y no tardaron en volver a entrar. Qui-Gon encendió las luces. Hasta hace poco tiempo, hubiera tenido sus reticencias con respecto a fiarse del sentido del olfato de Tahl. Pero ya no.

Tahl se sentó en un banquito.

—Qui-Gon, tráeme las distintas sustancias que utilizan. Aceite, conductores, disolventes... Tienen que estar por la pared oriental. Hay una unidad de almacenamiento. Lo sé por el esquema del sector de reparación. Tráemelas una a una.

Qui-Gon sentía demasiada curiosidad como para sentirse molesto al recibir órdenes. Encontró la unidad de almacenamiento. Todo estaba cuidadosamente etiquetado. Qui-Gon sabía bastante sobre motores de caza, pero hasta él se sorprendió al ver la cantidad de aceites, conductores y disolventes que se empleaban para el funcionamiento de una nave.

Empezó por el aceite. Tahl inspeccionó los distintos tipos cerrando los ojos para concentrarse. Tras inhalar profundamente, negaba con la cabeza. Algunos de los productos químicos le hacían toser violentamente y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no se detuvo. Ya habían pasado por once compuestos químicos distintos cuando Qui-Gon le trajo algo en cuya etiqueta sólo decía: "CONDUCTOR X-112".

Tahl lo inhaló profundamente y rompió a toser. Se inclinó y respiró hondo. Cuando recuperó el habla, dijo con voz entrecortada:

—Es esto. No me extraña que no se le quitara el olor.

Qui-Gon introdujo el nombre del compuesto en el ordenador para saber qué utilidad tenía.

—Sólo tiene una función: es el conductor de la cámara de ionización.

Tahl dio una palmada en el asiento.

—Era lo que me esperaba. Chenati ha mentido. Estuvo manipulando la cámara de ionización. Pero nos dijeron que no había sido necesario.

—Y fue ahí donde se produjo el fallo de funcionamiento —dijo Qui-Gon—. Volvamos a repasar el expediente de Chenati.

Tras unas frustrantes horas de búsqueda, Tahl y Qui-Gon no consiguieron averiguar nada.

—Todo correcto —dijo Tahl con un suspiro—. Pero el que yo haya captado un olor en el mono de trabajo de ese hombre no significa que sea un saboteador. Probablemente exista otra explicación.

—Tiene un expediente impecable —dijo Qui-Gon, contemplando la información que habían reunido—. Tiene un historial completamente limpio.

—Pero no tiene familia. Nunca se ha casado ni ha tenido hijos —musitó Tahl—. Y lo que es seguro es que se ha movido por la galaxia.

—Eso son cosas que también podrías decir de mí —dijo Qui-Gon.

Los labios de Tahl se curvaron en una sonrisa.

—Es que tú también eres un tipo muy sospechoso.

Estaba a punto de amanecer. Muy pronto despertarían los pilotos y Clee Rhara, y daría inicio a un nuevo día. Un día en el que los pilotos de los cazas iban a salir a volar.

—Puede que su historial sea demasiado bueno —dijo Tahl—. Se me ocurre otra cosa.

Sus dedos volaron por las teclas del monitor. Qui-Gon se aproximó para mirar lo que estaba haciendo.

—¿Estás buscando en los expedientes de defunciones?

—Espera.

Qui-Gon suprimió un bostezo mientras observaba la pantalla. Por fin apareció una lista de datos. Mientras él ojeaba las entradas, una voz automática las leía para Tahl.

Era el mismo expediente que el de Tarrence Chenati. Los mismos permisos de seguridad. El mismo escáner de retina.

Pero ese Tarrence Chenati había muerto veinte años antes.

Capítulo 7

Obi-Wan se despertó al amanecer. Escuchó los pasos ahogados de los estudiantes del Templo que acudían a meditación. Sabía que debía ir con ellos. La meditación calmaría su mente para el día que le esperaba. Pero no podía moverse. No quería que empezase ese día.

Las horas nocturnas parecían haberse prolongado hasta el infinito. Obi-Wan habría querido ponerse en contacto con Qui-Gon, pero no tenía nada que decirle. Sólo quería sentir la serena presencia de su Maestro a su lado. Había buscado a Bant, pero ésta le dijo que quería acostarse temprano y que no quería hablar. Justo cuando necesitaba a sus amigos, éstos desaparecían.

Obi-Wan deslizó las piernas hasta el suelo. Su intercomunicador parpadeaba al otro lado de la habitación. Se apresuró a cogerlo. Puede que Qui-Gon hubiese regresado ya y quisiese desayunar con él. Aún faltaban varias horas para que se celebrara la vista. Si la noche le había parecido eterna, la mañana iba a ser aún peor.

Escuchó con alegría la voz de Qui-Gon, pero enseguida se sintió decepcionado.

—Obi-Wan, sigo en Centax 2. Ha surgido algo y tengo que quedarme aquí, pero creo que volveré para la vista.

—¿Cómo que "creo"? —Obi-Wan no pudo evitar reflejar la ansiedad en su voz.

—Todo saldrá bien, padawan. Di la verdad. Es lo único que necesitas.

¡Eso no es lo único que necesito!, quiso gritar Obi-Wan. Necesitaba la presencia de su Maestro. Qui-Gon percibió su inquietud.

—Tahl y yo estamos a punto de solucionar los problemas que hay aquí. Las vidas de los pilotos Jedi dependen de nosotros. Intentaré llegar a tiempo, Obi-Wan. Tengo que dejarte.

Qui-Gon parecía tener prisa. Obi-Wan le dijo adiós y colgó. Contempló las agujas de los rascacielos de Coruscant y luego observó la atmósfera superior, donde se encontraba Centax 2 rodeado de nubes. Tahl había ido hasta allí para resolver los problemas de la base. Había dejado muy claro que no quería que Qui-Gon interviniera. ¿Por qué había decidido Qui-Gon apoyar a Tahl en lugar de a su padawan?

Tahl siempre era más importante que él, pensó Obi-Wan amargamente. En Melida/Daan, ella fue la principal prioridad de Qui-Gon. Estaba tan preocupado por ella que sólo quería sacarla del planeta y ponerla a salvo, incluso a costa de abandonar a su padawan. La evacuación de Tahl tenía más importancia que una guerra civil y una causa justa.

Apoyó la acalorada frente en el frío panel. Sabía que no debía pensar así. Sabía que la culpabilidad que sentía por Bruck le quemaba por dentro.

Bant. Bant podía ayudarlo. Ella siempre sabía ver las cosas con claridad, pero sin hacerle sentir mal por pensar así.

Se dirigió hacia el dormitorio de Bant, pero ella ya no estaba. Obi-Wan la buscó en las salas de meditación y en el comedor, donde ya empezaban a congregarse los estudiantes. Ni rastro de ella. Nadie la había visto aquella mañana.

Obi-Wan decidió bajar a la Estancia de las Mil Fuentes. Puede que así consiguiese calmar sus febriles pensamientos y prepararse para el mal trago que le esperaba.

Al salir del ascensor, percibió el frescor del ambiente. Se detuvo a escuchar el tranquilo rumor de las fuentes ocultas y descendió por uno de los numerosos senderos que llevaban a la cascada.

Se tumbó en el césped de la orilla. El agua caía en torrente sobre las rocas y le acariciaba la piel, salpicándole suavemente. Contempló el verde claro de la laguna, intentando tranquilizar su mente...

Era como un sueño. Bant estaba en el fondo de la piscina. Tenía los ojos cerrados. Su piel color salmón estaba pálida, más pálida de lo que él había visto jamás.

No era un sueño. Bant estaba en peligro.

Obi-Wan se puso en pie de un salto y se lanzó a la laguna con un movimiento ágil. Los ojos de Bant se abrieron y lo vio buceando frenéticamente hacia ella. Ella negó con la cabeza ligeramente, como para indicarle que se fuera.

Obi-Wan ignoró el gesto. Él se limitó a cogerla en brazos y volvió a la superficie, y el pánico envió una onda de energía por todos sus músculos.

Él aspiró hondo al llegar a la superficie. Bant respiró algo de aire, pero negó con la cabeza violentamente.

—No, no, déjame volver...

Él la llevó hasta la orilla y la alzó. Bant se arrastró por el césped y se derrumbó. Él salió también y se sentó junto a ella, jadeando profundamente.

—¿A qué ha venido esto?

Bant estaba tumbada boca abajo.

—Estaba... intentando... averiguar cuál es mi límite... —dijo ella sin aliento.

Obi-Wan se enderezó.

—¿Que estabas qué?

—Él dijo que yo no... conocía mi límite —dijo Bant llenándose los pulmones de aire—. Si me quedaba la misma cantidad de tiempo bajo el agua, quizá me desmayaría y así sabríamos que estuve a punto de morir, tal y como yo creo.

—Un plan excelente —dijo Obi-Wan—. ¿Te importaría decirme cómo ibas a volver entonces a la superficie?

—Conecté un cronómetro para que diera una señal que alertaría a los de seguridad de que había alguien en peligro —dijo Bant, comenzando a recuperar el ritmo respiratorio normal—. No me iba a pasar nada.

—¿Y si los de seguridad no conseguían llegar a tiempo? —preguntó Obi-Wan, nervioso—. ¿Y si hubieras muerto para entonces? Te has arriesgado demasiado, Bant. ¿Cómo has podido hacerme esto?

Ella le miró atónita.

—¡Pero si lo hacía por ti!

—¿Y si hubiera pasado algo? ¿Cómo podías permitir que ya pasase por la carga de otra muerte?

Obi-Wan sabía que la mejor forma de convencer a Bant de que era un plan insensato era hacerle creer que el mayor peligro estaba en hacerle daño a él.

—No pensé en eso —dijo Bant.

Obi-Wan respiró hondo para calmar su voz.

—Gracias por intentar ayudarme, Bant, pero Qui-Gon tiene razón. No puedes hacer nada. Él tampoco. Tengo que pasar por esto yo solo. Prométeme que no volverás a hacer algo así.

Bant asintió despacio.

—Vale, lo prometo —dijo con seriedad.

—En estos momentos tenemos que demostrar toda nuestra fortaleza —dijo Obi-Wan—. Tenemos que confiar en la verdad y en la Fuerza.

—Y que la Fuerza nos acompañe —dijo Bant.

Capítulo 8

—Qui-Gon tenía razón —dijo Tahl a Qui-Gon y Clee Rhara—. Tarrence Chenati tiene que contar con el respaldo de alguien poderoso del Senado.

—¿Del Senado? —preguntó Clee Rhara con ojos relucientes—. ¿Hay un senador detrás de todo esto?

—¿Por qué no? —preguntó Qui-Gon en voz baja—. No suelen ser mejores que los demás seres del universo. A veces son incluso peores.

—El Senado tiene sus propios espías —dijo Tahl—. Se los conoce como los sin-nombre. Se les crea una nueva identidad, con documentos y permisos acreditativos. Cuando el sin-nombre muere, la identidad se retira —señaló los documentos de Tarrence Chenati—. Es este tipo de identidad. ¿Qué pasaría si alguien tuviera acceso a esas identidades retiradas y pudiera robar una para el saboteador?

—Eso encaja —dijo Qui-Gon—. ¿Quién podría acceder a ellas?

Tahl frunció el ceño.

—Es difícil de averiguar. Podría ser cualquier senador importante con los contactos adecuados y los sobornos pertinentes. Seguir su rastro roza lo imposible.

—Si Chenati no es más que un saboteador a sueldo, no sentirá mucha lealtad por él —supuso Qui-Gon—. Si lo arrestamos podría acabar contándonos lo que queremos saber.

—El turno de Chenati comienza dentro de quince minutos —dijo Clee Rhara—. No quiero que se acerque a esas naves.

—Déjanos manejar la situación a nosotros —le aconsejó Qui-Gon—. Ve con los alumnos. No dejes que nadie se acerque al hangar. E intenta mantener apartado a Haly Dura también.

Clee Rhara asintió. Salió dando zancadas hacia los barracones de los estudiantes. Tahl y Qui-Gon se giraron para marcharse a su vez, pero se encendió una luz en el panel de control del sistema de seguridad.

—Es Chenati. Ha llegado antes de tiempo —dijo Qui-Gon, tenso.

Qui-Gon y Tahl se dirigieron rápidamente hacia el hangar sin que mediara otra palabra. Las enormes puertas de duracero ya estaban abiertas, y los cazas, alineados en su interior.

—Está a la izquierda, a quince metros, trabajando en el lado derecho del caza —dijo Qui-Gon a Tahl.

—Vamos a rodearlo —sugirió la Jedi—. Pero despacio, ya que no queremos matarlo del susto.

Qui-Gon y Tahl se acercaron a Chenati, que los vio y los saludó alegremente. Se agachó para coger algo de la caja de herramientas.

Algo alertó a Qui-Gon antes de que Chenati volviera a levantarse. Se mostraba demasiado amistoso.

—Lo sabe —dijo Qui-Gon.

Cuando Chenati reapareció, lo hizo con una pistola láser. Qui-Gon y Tahl consiguieron separarse a tiempo y los disparos les pasaron rozando. El sable láser de Qui-Gon se activó al momento, y el Jedi saltó para interceptar el disparo que iba hacia Tahl.

—¡Deja de protegerme! —gritó ella.

¿Cómo podía hacer lo que ella le pedía? La percepción de Tahl era extraordinariamente aguda, pero ni siquiera ella podía rechazar un disparo láser sin verlo. Tahl comenzó a avanzar en un errático movimiento de zigzag hacia Chenati, que retrocedió sin dejar de disparar a buen ritmo. Qui-Gon también avanzó, manteniéndose en todo momento entre Tahl y los disparos. Sabía que ella intentaba captar el susurro de los ropajes, el movimiento del aire para saber desde dónde apuntaba Chenati. Pero había demasiado ruido a su alrededor.

De repente, Chenati entró en la cabina del caza. La carlinga comenzó a cerrarse.

Tahl escuchó el ruido y empezó a correr. El caza empezó a moverse, directamente hacia ella.

—¡Tahl! ¡Delante de ti! —gritó Qui-Gon. Se precipitó en su dirección, pero Tahl ya había convocado a la Fuerza y dio un gran salto hacia la izquierda, poniéndose a salvo de la trayectoria del caza.

La distracción se cobró un precio en Qui-Gon, que no consiguió alcanzar a Chenati y sólo pudo ver cómo despegaba el caza.

Tahl desactivó el sable láser y se lo metió enfadada en el cinturón.

—Si no insistieras tanto en protegerme, podrías haberle cogido —dijo en tono enfadado y amargo—. Puede que las cosas fueran distintas si yo no necesitara "protección".

—Tahl...

—¡Qui-Gon! ¡Tahl! —Clee se aproximó corriendo—. He visto a Chenati despegando —Clee contempló el cielo, que ya estaba vacío.

—Había que matarlo o dejarlo marchar —dijo Qui-Gon.

—No pasa nada —dijo Clee—. Al menos sabemos que los cazas ya no corren peligro.

—Tienes que comprobar éstos de aquí —dijo Tahl—. Ha estado aquí unos minutos.

—Así lo haré. Gracias, mis buenos amigos —dijo Clee Rhara en tono cariñoso a Qui-Gon y Tahl. Era una mujer de naturaleza alegre, que siempre buscaba el lado bueno de las cosas—. Podemos seguir con el programa.

—Pero seguís sin saber quién es el enemigo —le dijo Tahl.

—Sí, y la verdad es que es algo que me preocupa —dijo Clee—, pero me alegra volver a tener la base bajo control. Todas estas intrigas eran bastante agotadoras.

—Sí, la desconfianza consume energías que es preferible emplear en otras cosas —comentó Tahl.

—¡Señora Tahl! —la cantarina voz de DosJota, el androide personal de navegación de Tahl, resonó en el hangar—. ¡Esta mañana salió sin mí! Mire cuántos obstáculos hay en este lugar. Tiene un cortador láser justo al lado del pie izquierdo.

Tahl cerró los ojos en gesto de desesperación. Normalmente, las tonterías de DosJota divertían a Qui-Gon, pero éste se dio cuenta de que esta vez ella estaba a punto de perder la calma. Ya había tenido suficiente sobreprotección para aquel día.

—Tahl está bien, DosJota —respondió él rápidamente.

—Hola, Qui-Gon Jinn —dijo el androide—. No te he visto desde que me reprogramaron. Menos mal que me dejaron las células de memoria intactas.

Qui-Gon se detuvo un instante. Por un momento, examinó cuidadosamente a sus amigos y al androide parlanchín. Había algo de lo que no se daba cuenta. ¿Qué había dicho DosJota para hacerle ser consciente de aquello?

Al principio, Tahl y Clee hablaron de desconfianza. Luego, DosJota mencionó lo de su reprogramación...

Xánatos había colocado un dispositivo de vigilancia en DosJota. No habían sabido que el androide transmitía sus conversaciones al enemigo. Sabían que había un espía en el Templo, y Obi-Wan sugirió que Tahl podría ser la culpable. Pero Qui-Gon nunca dejó de confiar en ella, aunque esa posibilidad tenía sentido.

Xánatos nunca pudo confiar en nadie. Por eso fracasó.

¿Por qué, entonces, confió en Bruck?

Qui-Gon recordó el tacto de la empuñadura del sable láser de Bruck, la desgastada factura del tallado, la pequeña muesca del mango. En aquel momento, recordó lo tierna que le pareció la imagen del chico tallando su arma durante horas.

En ese momento, las piezas encajaron en su lugar y supo cómo inclinar la balanza en favor de Obi-Wan.

Odiaba tener que dejar a Tahl estando así las cosas entre ellos, pero su padawan le necesitaba.

Capítulo 9

Obi-Wan creía estar preparado para aquello. Había recordado tantas veces lo sucedido con Bruck que estaba seguro de que podría relatarlo sin problemas. Hasta tenía la esperanza de que Vox y Kad Chun se ablandarían al oírlo, que se darían cuenta de que la dolorosa verdad era que Bruck había escogido el camino del Lado Oscuro.

Pero no fue así.

Desde el momento en que se sentó frente a los senadores e intentó contar su historia, Sano Sauro lo acosó con preguntas, malinterpretó sus palabras, le hizo repetir las cosas y, si Obi-Wan realizaba el mínimo cambio, el abogado se abalanzaba sobre él.

Sano Sauro dijo haber oído por ahí que Obi-Wan y Bruck eran rivales. O quizá simplemente hizo la pregunta con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

—Nosotros no tenemos rivales en el Templo —dijo Obi-Wan—. Hay actividades en las que unos pocos sobresalen más que otros. Y nosotros honramos eso. Todo el mundo tiene algún talento especial. La cooperación es la base de nuestra orden.

—¿No es cierto que en cierta ocasión luchaste con él en un duelo que no había sido aprobado previamente por los tutores? ¿Un duelo en el que Bruck te dio una soberana paliza y tú tuviste que ocultar tus heridas?

Obi-Wan le miró sorprendido. ¿Cómo podía saber eso Sano Sauro? La única explicación que se le ocurría era que Bruck se lo había dicho a Xánatos, y éste a Vox Chun.

—Bruck no me venció —dijo con mirada centelleante—. Quedamos empatados.

—Ésa es tu versión —dijo Sano Sauro con una sonrisa gélida—, pero lo cierto es que peleasteis.

—Bruck quería ser el padawan de Qui-Gon Jinn. Intentó impedirme acceder a ese honor —dijo Obi-Wan.

Sano Sauro contraatacó.

—Así que le guardabas rencor por aquello.

Obi-Wan tuvo que decir la verdad.

—Sí —dijo a regañadientes—. En aquel momento, sí.

—¿Y Bruck Chun confesó a sus superiores lo de la pelea, mientras que tú intentaste ocultarlo?

Obi-Wan se devanó los sesos intentando encontrar una respuesta a esa pregunta. Era cierto que Bruck acudió inmediatamente al centro médico, pero sólo para causar problemas a Obi-Wan, que a su vez intentó curarse él solo.

—¿Es cierto o no? —le insistió Sano Sauro.

—Es cierto —dijo Obi-Wan—, pero...

Sano Sauro se giró en redondo y regresó a su mesa.

—Menos mal que no erais rivales —miró de reojo a los senadores. El senador Bicon Ransa asintió de forma imperceptible.

—No he dicho eso —dijo Obi-Wan en voz baja.

—Sí, te has cuidado mucho de no hacerlo —respondió Sano Sauro con media sonrisa y otra mirada elocuente a los senadores—. Pero prosigamos antes de que nos perdamos aún más en la lógica Jedi. ¿No es verdad que en cierta ocasión abandonaste la Orden Jedi?

Bant miró atónita a Obi-Wan, que también se quedó de piedra. ¿Pero por qué se sorprendía? Era obvio que Xánatos había instigado a Bruck a conseguir toda la información posible sobre Qui-Gon y su padawan. Y Xánatos se lo había contado a Vox.

—Sí —dijo con voz firme.

—¿Y no es cierto que fuiste aceptado de nuevo al morir Bruck?

—Cierto —dijo Obi-Wan.

Obi-Wan esperaba más preguntas sobre su abandono de la Orden, pero entonces intervino Pi T'Egal.

—¿Qué tiene esto que ver con la muerte de Bruck Chun, Sano Sauro? —preguntó con tono inquisitorio—. Prosigamos, por favor.

—Como desee su señoría —dijo Sano Sauro, realizando una ligera inclinación.

Pi T'Egal se volvió hacia Obi-Wan.

—Cuéntanos lo que ocurrió ese día, por favor.

Obi-Wan comenzó. Una vez más, describió los planes de Qui-Gon para desenmascarar a Xánatos. La persecución a Bruck hasta la Estancia de las Mil Fuentes. La amenaza de asesinato de Bruck a Bant...

Sano Sauro le interrumpió.

—¿Cómo amenazó su vida exactamente?

—Dijo que Bant iba a morir, y que no tendría que mover un dedo para que ello ocurriera. Y que yo sería testigo de todo —al recordar esas palabras, Obi-Wan sintió un escalofrío casi tan intenso como el que tuvo en aquella ocasión. Bant se miró las manos entrelazadas.

—Entiendo —dijo Sano Sauro en un tono que indicaba que pensaba que Obi-Wan estaba mintiendo—. ¿Y cómo sabías que era cierto? ¿Tenías la certeza de que Bant se estaba muriendo? ¿Tenías la certeza de que Bruck iba a dejarla morir?

—El Lado Oscuro de la Fuerza era fuerte en él —empezó a explicar Obi-Wan.

—¡Ah, la Fuerza! ¡Llevaba un rato esperando a que apareciera en la declaración! —dijo Sano Sauro alzando los brazos— ¡La famosa Fuerza que dice a los Jedi lo que tienen que hacer!

—No nos dice lo que tenemos que hacer —respondió Obi-Wan—. Nos une y nos conecta...

—...y os dice cuándo un chico tiene intención de matar a alguien —respondió Sano Sauro con voz queda—. Y que por eso hay que matarlo. Por la poderosa Fuerza.

—Sí, la Fuerza me guió —dijo Obi-Wan—. Pero la Fuerza nunca guía para matar —miró a los senadores. Los Jedi creían en la intuición. Allí, en la vista, lo único que querían eran hechos y lógica. ¿Cómo explicar que tuvo el presentimiento de que Bruck había caído tan profundamente en la red de maldad de Xánatos como para permitir que una estudiante Jedi muriera ante sus ojos sin intervenir para salvarla?

Pi T'Egal y casi todos los senadores parecían escucharle de buena fe, sin prestar atención al sarcasmo de Sano Sauro. Pero una de las senadoras no parecía tan convencida, y Bicon Ransa se aproximó a ella para decirle algo al oído.

Bant le miró asustada. Se dio cuenta de que Obi-Wan estaba perdiendo. Y éste empezó a sentir un sudor frío que le empapaba la túnica. Había perdido el control de su declaración. Sano Sauro había retorcido sus palabras para hacerle parecer un tonto impulsivo, o peor, un mentiroso peligroso.

—Sano Sauro, debo prevenirlo —dijo Pi T'Egal—. La conexión de los Jedi con la Fuerza goza de gran respeto en el Senado.

Sano Sauro asintió.

—Soy consciente de ello, senador, pero esta Fuerza es algo que nadie más puede ver ni sentir. Es algo de lo que tenemos noticia por la palabra de los Jedi.

—La palabra de los Jedi es algo que también respetamos —dijo el senador Vi Callen en tono autoritario.

—¿Y esta Fuerza es algo de lo que podemos fiarnos a la hora de juzgar un asesinato? —preguntó Sano Sauro girándose hacia los senadores. Su voz se alzó en intensidad a medida que hablaba—. ¿Algo que sólo pueden sentir los Jedi y que puede emplearse en la defensa de este peligroso muchacho? Él dice que la sintió. ¿Tenemos que creerlo y disculparlo sin más? Si es así, ¿en qué se ha convertido nuestro sistema legal, si medimos la justicia en función de algo que no podemos oír, sentir ni comprender? ¿Qué es exactamente esa "Fuerza"? ¿Qué sabemos de su potencial?

Pi T'Egal miró hacia el fondo de la sala.

—Quizá Qui-Gon Jinn pueda ayudarnos.

Obi-Wan miró hacia atrás. Sintió un profundo alivio al ver a Qui-Gon de pie en el fondo de la sala, junto a la puerta.

Qui-Gon alzó una mano. El sable láser de Bruck salió disparado de la mesa y se lanzó directamente a su mano.

—He aquí una demostración del potencial de la Fuerza —dijo Qui-Gon, avanzando a grandes zancadas.

Sano Sauro se quedó pálido, pero no tardó en recuperarse.

—Truquitos —dijo burlón.

Qui-Gon le ignoró y, con un gesto de concentración, se puso el sable láser de Bruck sobre la palma de la mano. Todo el mundo se quedó inmóvil contemplándole.

—Este retraso no es más que otro truquito —dijo Sano Sauro con voz cada vez más chillona—. Prosigamos...

—Creo que puedo ser de mucha ayuda a la hora de responder algunas preguntas —dijo Qui-Gon tranquilamente.

—Ah, ¿ha llegado el momento de saber lo que te contó a ti la Fuerza, Qui-Gon? —preguntó Sano Sauro.

—No, vais a oír las propias palabras de Bruck Chun —respondió el Jedi con calma. Se giró hacia los senadores—. Como ya os dije, yo conocía bien a Xánatos. No se fiaba de nadie, ni siquiera de los que trabajaban

para él. Y tampoco iba a fiarse de Bruck. Tenía que asegurarse de que cuando lo volviera a enviar al Templo para hacer su trabajo, seguía teniéndolo controlado. —Qui-Gon alzó la empuñadura del sable—. Debía tener acceso a todas las conversaciones de Bruck Chun, instalando un dispositivo de escucha en algo de lo que nunca se desprende un Jedi.

Obi-Wan se quedó boquiabierto. ¿Cómo había podido Qui-Gon averiguar aquello? Se quedó mirando la empuñadura del sable láser, esperando que su Maestro tuviera razón.

Vox y Kad Chun se miraron atónitos, Sano Sauro dio un salto hacia delante.

—¡Esto es extremadamente irregular! ¡Este sable láser es propiedad de Vox Chun!

—Este sable láser es una prueba —dijo Pi T'Egal con voz firme—. Usted no dudó a la hora de emplearlo en su beneficio y ganar simpatías para su cliente.

Qui-Gon pulsó la muesca del mango y extrajo un pequeño disco.

—Necesito un reproductor.

El técnico del tribunal cogió el disco y lo insertó en uno de los reproductores de su panel.

—Veamos la fecha y la hora de la muerte de Bruck —dijo Pi T'Egal.

El técnico introdujo la información. Un momento después, Obi-Wan escuchó la burlona voz de Bruck: "Siempre he sido mejor que tú. Ahora soy incluso más fuerte."

De repente, lo revivió todo. Cómo tuvo que luchar para reprimir su ira, el daño que le hicieron las palabras de Bruck, el hecho de que sabía que Bruck intentaba sacarle de sus casillas...

¿De veras había conseguido dejar a un lado su ira y había peleado de forma justa y calmada? Sano Sauro tenía razón en una cosa: Bruck era su rival. Existía una profunda enemistad entre ellos. Y Obi-Wan no fue capaz de estar por encima de ella, ni siquiera en aquella elevación rocosa.

Era una época en la que él estaba ansioso por volver a la Orden Jedi. Esa ansia era como una especie de fiebre para él. ¿Se dijo a sí mismo que había luchado sin ira aquel día sólo para convencerse a él y a Qui-Gon de que era un verdadero Jedi?

Ya sólo se oía el ruido del combate, la respiración entrecortada de ambos, los pasos deslizantes sobre el resbaladizo suelo, el zumbido del choque de los sables láser. Entonces, Bruck habló de nuevo, como una serpiente, con la voz llena de veneno: "La chica no tiene buen aspecto, ¿eh?"

Kad Chun dio un respingo en el asiento.

Obi-Wan escuchó su propia voz en la grabación, gritando el nombre de Bant. Parecía él, pero resultaba distinto a la vez porque era el sonido de alguien que está a punto de perder el control, lleno de desesperación.

Bant se tapó la cara con las manos.

Y entonces se oyó la voz de Bruck, triunfante y cruel: "Así es, Obi-Wan. Bant va a morir. Y yo no tendré que hacer nada. Simplemente te obligaré a verlo. La habríamos liberado si hubiéramos tenido el tesoro, pero por tu culpa va a morir otra persona. Justo delante de ti."

Pi T'Egal hizo un gesto al técnico, y éste detuvo la grabación.

—No creo que tengamos que hacer pasar por esto a la familia —dijo Pi T'Egal—. Los senadores escucharán el resto en privado, deliberarán y emitirán un veredicto.

Un biombo que ocultó a los senadores descendió del techo. Obi-Wan y Qui-Gon no oían nada. Vox y Kad Chun les dieron la espalda para hablar con Sano Sauro.

—Pronto habrá terminado —dijo Qui-Gon tranquilamente.

—¿Pero cómo acabará esto? —preguntó Obi-Wan.

—Paciencia —respondió Qui-Gon.

Los minutos transcurrieron interminables, pero, al fin, los senadores regresaron. Pi T'Egal miró a Obi-Wan y luego a Vox y Kad Chun.

—La muerte de un joven siempre es una tragedia —dijo—. La necesidad de culpar a alguien es comprensible. Algunas veces es algo justificado. Pero creemos que, en este caso, no es así. Juzgamos que Obi-Wan Kenobi no tuvo responsabilidad alguna en la muerte de Bruck Chun.

Capítulo 10

Obi-Wan cerró los ojos por un momento. Sintió que la gratitud lo inundaba, caldeándole la piel. Se sentía como si hasta ese momento hubiera tenido la sangre congelada, y como si ahora, por fin, fluyera libremente por sus venas.

Vox Chun habló con Sano Sauro, pero en un volumen tan elevado que resonó en toda la estancia.

—Sólo a mí se me ocurre buscar justicia aquí. ¡Una vez más, el Senado se arrodilla ante los Jedi!

—No hay motivo para celebraciones ni felicitaciones —dijo Qui-Gon suavemente a Bant y Obi-Wan—. Nos alegramos de que se haya hecho justicia, pero hemos perdido a un Jedi.

Obi-Wan apretó los labios y asintió. A medida que se le pasaba el alivio, se daba cuenta de que la culpa seguía ahí. Pensaba que el veredicto le quitaría esa sensación, pero se sentía exactamente igual que antes. La carga que llevaba en su interior permanecía inalterable.

—Volvamos al Templo —dijo Qui-Gon mientras los senadores salían—. Vamos, Obi-Wan.

—Un momento —Obi-Wan sintió de repente la necesidad de estar solo. Lo único que había deseado en los últimos días era estar a solas con su Maestro y sus amigos, pero en ese momento no podía soportar su presencia.

Bant fue a decir algo, pero Qui-Gon le indicó que guardase silencio.

—Te esperaremos a la entrada del Senado —dijo el Maestro.

Obi-Wan asintió, algo aturdido. Se daba cuenta de que Qui-Gon y el resto se marchaban ya. La mesa en la que habían estado Sano Sauro y los Chun estaba vacía. Se preguntó qué era lo que le pasaba. Apenas podía sentir nada claro.

—Debes estar aliviado.

Era Kad Chun. Obi-Wan se dio la vuelta. El chico estaba en el pasillo, con los puños apretados y la mirada hirviente.

—Sano Sauro casi consiguió hacerte confesar la verdad —prosiguió Kad Chun—. Odiabas a mi hermano. Toda tu noble educación Jedi te falló. Disfrutaste viéndole morir.

Obi-Wan negó con la cabeza.

—No...

Kad se lanzó hacia delante de repente y se giró con los puños cerrados. Obi-Wan recibió el golpe en un lado de la cabeza, cerca del pómulo. Retrocedió tambaleándose.

Kad giró de nuevo, pero esta vez Obi-Wan pudo esquivarlo. El golpe le rozó la oreja.

—Tú le mataste —gruñó Kad—. El único honor que tenía nuestra familia. Lo mataste.

—Yo no... —Obi-Wan volvió a agacharse y se alejó un poco más. Intentó agarrar a Kad Chun por los brazos.

Con un empujón que hizo que Obi-Wan acabara chocando contra la mesa, Kad Chun se alejó de un salto y se ocultó detrás de la larga mesa que habían ocupado los senadores, de manera que quedó entre ambos.

—Kad, yo no quería que tu hermano muriera —dijo Obi-Wan con voz entrecortada—. Ya le has oído, acabas de oír lo que quería hacer.

—¡Estaba enfadado! Te estaba tanteando. Eso no quiere decir nada —gritó Kad—. ¡Eso no significa que fuera a hacerlo!

Obi-Wan negó con la cabeza, impotente. Era evidente que Kad adoraba a su hermano. No podía soportar oír la verdad sobre Bruck. No había llegado a conocerle.

—Lo habría hecho, Kad —dijo Obi-Wan—. Estoy seguro de ello.

—¡Y a quién le importa tu opinión! —Kad saltó de repente a la mesa de los senadores. Llevaba en la mano el pesado bastón de madera y metal que había usado Vivendi Allum. Era un arma formidable. Con la fuerza de Kad, podía derribar a Obi-Wan de un solo golpe.

Obi-Wan sabía que podía hacer pedacitos el bastón con su sable láser. Tardaría un momento. Kad era fuerte, pero no estaba entrenado. Obi-Wan podía desarmarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Pero no pensaba utilizar el sable láser contra el hermano de Bruck.

Kad corrió hacia él con el rostro lleno de rabia.

Obi-Wan le vio correr con una extraña sensación de lejanía. Era como un sueño. No hizo amago de esquivarlo. Vio los músculos del brazo de Kad tensándose al alzar el bastón, preparándose para asestar el golpe.

Obi-Wan siguió sin moverse. Vio el bastón silbando mientras caía hacia su cabeza...

En el último segundo, Kad giró la muñeca. El bastón dio en la mesa, partiéndola en dos.

Kad soltó el arma. Miró al suelo, jadeando, y alzó los ojos hacia Obi-Wan.

—Jamás te perdonaré, Obi-Wan Kenobi —dijo con voz áspera—. Para mí siempre serás un asesino —dio una patada al bastón y se marchó por el pasillo hacia la salida.

Obi-Wan se quedó inmóvil, con las palabras de Kad resonando en su mente. *Siempre serás un asesino.*

Pese a todas las meditaciones, y pese a todas las charlas que mantuviera con Qui-Gon, seguía sin sentir alivio. No podía quitarse la sensación de culpa que anidaba en lo más profundo de su interior. Sabía que Kad había visto eso en su corazón.

Porque él también se consideraba un asesino.

DOCE AÑOS DESPUÉS...

Capítulo 11

Obi-Wan avanzó rápidamente por el camino que rodeaba el lago. La brisa fresca le rozaba la piel y susurraba entre las ramas de los árboles. Incluso después de tantos años, tuvo que recordarse a sí mismo que la brisa era provocada por unos ventiladores ocultos, y la sombra moteada del suelo del bosque era creada por una serie de focos que imitaban la salida y la puesta del sol.

Sus pasos aminoraron cuando escuchó los gritos y las risas de los estudiantes Jedi a orillas del lago. Aunque había recibido un mensaje para que Anakin y él se reunieran de inmediato con Yoda, deseó detenerse unos segundos. Anakin tenía muy pocas oportunidades de jugar. Y odiaba tener que interrumpirlo.

Habían acabado un difícil entrenamiento cuando Obi-Wan vio a los alumnos del curso de Anakin dirigiéndose hacia el lago. Notó la envidia en los ojos de su padawan al ver a sus compañeros sumergirse en el agua fresca.

—Ve —le dijo Obi-Wan—, tómame un descanso.

Anakin le miró titubeante por un momento, pero Obi-Wan le animó con un gesto. Le sorprendía y le preocupaba el tiempo que su padawan pasaba solo. Éste le había dicho que tenía buenos amigos en Tatooine, en especial un chico llamado Kitster, pero ya llevaba tres años en el Templo, y, aunque había sido aceptado por sus compañeros y se llevaba bien con ellos, seguía sin hacer amigos.

Obi-Wan había intentado hablar con él del tema, pero el chico se negaba en redondo. Su mirada se volvía opaca y las comisuras de los labios se le estiraban formando una línea recta. Parecía muy distante. Eran momentos en los que no sabía cómo dirigirse a él, pero eran poco frecuentes y pasaban rápidos como una tormenta de verano. Cuando se conocieron, Anakin era un niño abierto y cariñoso de nueve años. Ya tenía doce y medio y había cambiado con los años. Se había convertido en un chico que ocultaba su corazón.

Había intentado enseñarle que los amigos que hiciera en el Templo serían para toda la vida. Los amigos que hizo Obi-Wan en clase (Garen, Reeft, Bant) estaban ahora diseminados por la galaxia y no los veía a menudo, pero aún se sentía unido a ellos, y quería lo mismo para Anakin.

Qui-Gon había muerto hacía tres años y medio. Algunas veces le parecía una eternidad, pero casi todo el tiempo tenía la sensación de que había ocurrido el día anterior. Sobre todo cada vez que necesitaba su consejo. Qui-Gon siempre sería su Maestro. Se lo habían arrebatado demasiado pronto, y aún sentía cercana su presencia. Incluso sabía lo que le habría dicho Qui-Gon en ese momento.

"Tú no puedes hacer amigos por tu padawan, Obi-Wan. Sólo enseñarle mediante tus actos lo importante que son para ti las amistades."

Qui-Gon lo había hecho así. Obi-Wan seguía encontrándose a lo largo y ancho de toda la galaxia con seres que le hablaban con admiración, cariño o simpatía de su profunda amistad con su Maestro. No había sido consciente de la cantidad de relaciones que Qui-Gon había forjado con toda clase de seres.

Se detuvo tras unos árboles, con una sonrisa en el rostro. No pudo evitar detenerse un momento para ver si Anakin se divertía con los demás. Contempló al feliz grupo de bañistas con una sonrisa que fue desvaneciéndose al ver que Anakin no estaba entre ellos. Dio un suspiro y retomó su camino.

Se dirigió al turboascensor más cercano. Sabía dónde estaba. El chico solía retirarse a su dormitorio.

Salió en la planta de Anakin y se dirigió rápidamente a su cuarto. Al llegar, la mitad inferior de un androide de protocolo salió rodando por la puerta. Un momento después, apareció un maltrecho androide astromecánico que dio un silbido y chocó contra la pared.

Obi-Wan se detuvo. Tal y como esperaba, medio segundo después, Anakin salió corriendo por la puerta y se dio de bruces contra él.

—Por todos los soles, creía haberlo conseguido esta vez —gritó, sorteando a Obi-Wan y agachándose junto al androide.

—Pensé que te apetecía nadar —dijo Obi-Wan.

La expresión hermética reapareció en el rostro de Anakin.

—Tenía trabajo pendiente —murmuró.

Obi-Wan se agachó junto a él.

—Esto no es trabajo, Anakin. Es una afición. Y no te será muy útil si la empleas para mantener la distancia

con tus compañeros.

Anakin alzó la vista, con la mirada brillante de nuevo.

—¡Pero es que estoy fabricando cosas, Maestro! Mira, ya casi tengo este astromecánico listo para el servicio.

—La habilidad mecánica es un talento muy valioso. No me refería a eso, y lo sabes.

—No les caigo bien —dijo Anakin inexpresivo. Se acercó al androide de protocolo y lo levantó, poniéndose las piernas del androide bajo un brazo—. No soy como ellos.

Obi-Wan no pudo discutir aquello. Anakin era único. Eso era incuestionable. Era un estudiante modélico, mucho más conectado a la Fuerza que los chicos de su edad. Había llegado tarde al Templo. No es que los demás alumnos lo rechazaran, sólo que no sabían muy bien cómo tratarlo.

¿Cuándo ocurrió?, se preguntó de nuevo Obi-Wan. ¿Por qué ocurrió? ¿Fue acaso la separación de su madre, seguida de la muerte de Qui-Gon? Obi-Wan no podía sustituir a esas personas en su corazón, ni quería hacerlo. Había esperado que el entrenamiento Jedi y su propia relación ayudase a Anakin a alcanzar la paz. Pero no había sido así.

—Yoda ha solicitado nuestra presencia —dijo a Anakin, llevando al androide astromecánico de regreso al dormitorio del chico.

El padawan respondió animado.

—¿Una misión?

—No lo creo —dijo Obi-Wan con mucho tacto.

Apenas dos semanas antes, Yoda y Mace Windu habían expresado sus dudas sobre que Anakin estuviera preparado para una misión. A Anakin le faltaba disciplina, dijeron. Obi-Wan no estuvo de acuerdo. Su padawan rompía las normas y llenaba los pasillos del Templo de androides no por falta de disciplina, sino por aburrimiento. Cualquier tarea que se le encomendaba estaba por debajo de sus capacidades. Necesitaba más retos. Allí donde Yoda y Mace Windu veían una carencia disciplinar, Obi-Wan veía una inquietud emocional que no podía curarse ni con estudios ni con entrenamiento.

—Arréglate la túnica —le advirtió—. Y lávate la grasa de las manos.

Anakin puso manos a la obra de inmediato y corrió al lavabo de la esquina. Sus aposentos estaban llenos de herramientas y piezas de androides. Sobre el catre tenía una sonda robot desmantelada. En una esquina se veían las piernas de un androide bípedo. Obi-Wan sabía que había conseguido todas esas cosas saliendo del Templo a escondidas y regateando en el bullicioso mercado negro de Coruscant, pero prefería hacer la vista gorda, como habían hecho Yoda y Mace Windu. Pero eso tampoco ayudaba a mejorar su reputación ante el Consejo.

Anakin se arregló y se apresuró para mantener el paso de Obi-Wan, que sabía que el chico tenía muchas preguntas que hacer, pero, por alguna extraña razón, no se las formulaba. Y, de hacérselas, Obi-Wan tampoco hubiera podido responderlas.

Yoda les esperaba en la sala de meditación, su lugar preferido para celebrar reuniones. Obi-Wan sabía que Yoda se había reunido a menudo con Qui-Gon en su banco preferido de la Estancia de las Mil Fuentes, pero ya no solía acudir allí. Era el único síntoma visible de que Yoda seguía triste por la muerte de su amigo.

—Una petición para vosotros el Consejo tiene —anunció Yoda sin más preliminares.

Anakin no pudo contener la emoción.

—¿Una misión?

Yoda parpadeó con sus ojos gris azulado y no respondió. Se quedó mirando a Anakin un momento. A Obi-Wan solía fascinarle el entusiasmo de su padawan, pero a Yoda más bien parecía preocuparle.

—Una misión no es —dijo Yoda—. Sino un viaje. Que a una nave llamada *Biocrucero* viajéis os pedimos; hogar permanente de un grupo de personas procedentes de muchos planetas de la galaxia. De planetas dañados, de planetas que se han vuelto tóxicos, han padecido epidemias o sufren el azote de bandas de delincuentes o guerras civiles los habitantes de la nave proceden. En otros planetas nunca aterrizan. La galaxia recorren.

—¿Estás diciendo que viven en una nave? —Anakin abrió los ojos como platos—. Qué suerte.

—¿Y cómo lo consiguen? —preguntó Obi-Wan—. ¿Cómo se abastecen de comida y enseres?

—Sus propios alimentos cultivan —respondió Yoda—. Se auto-abastecen. Pero, de vez en cuando, para repostar y obtener suministros adicionales detenerse deben. En el próximo punto que se detengan, con ellos os reuniréis. Quejas el Senado ha recibido por parte de los habitantes de la nave. —Yoda se envolvió en su túnica—. Que sus seres queridos hayan sido coaccionados o absorbidos temen.

—¿Quién lidera el grupo? —preguntó Obi-Wan.

—Al nombre de Uni responde —respondió Yoda—. Sobre él información no encontramos. Para calmar la preocupación del Senado, a una inspección Jedi ha accedido. Que vayáis a correr peligro no prevemos. Sólo unos días os ocupará.

Obi-Wan asintió y se guardó su escepticismo. Ya había oído esas palabras antes, y luego siempre se había visto sumido en el peligro y la confusión.

—Así que vamos a viajar a una nave donde la gente podría estar retenida como rehén —dijo Anakin en tono astuto—. A mí me resulta bastante parecido a una misión.

—Sólo una petición es —le corrigió Yoda.

Tras comunicarles que pronto tendrían detalles sobre el encuentro, Yoda les indicó que podían marcharse. Anakin guardó silencio mientras salían.

En cuanto doblaron la esquina, se giró hacia Obi-Wan con una sonrisa de felicidad.

—¡Mi primera misión!

—Petición —dijo Obi-Wan en tono severo. Pero vio que Anakin negaba con la cabeza y que sus labios dibujaban con una sonrisa la palabra "misión".

Capítulo 12

La siguiente parada prevista del *Biocrucero* era el planeta Hilo. Yoda dispuso un transporte que recogiera a Obi-Wan y Anakin en la plataforma de aterrizaje.

Obi-Wan estudiaba en su datapad la información que le acababan de proporcionar sobre Hilo. Anakin miraba fijamente el cielo de Coruscant. De vez en cuando exclamaba, al ver una nave que atravesaba las bulliciosas vías espaciales.

—¡Maestro, mira esa nave! —decía de repente—. ¿Has visto alguna vez algo más bello?

Obi-Wan alzaba la vista. Una nave aerodinámica recorría las vías del tráfico aéreo maniobrando para adelantar a las demás.

—Lo más probable es que sea el transporte de un diplomático o de un senador —dijo, al ver el distintivo de cromo en el casco negro de la nave.

Observó cómo el talentoso piloto conseguía hacerse hueco para meterse en la poblada avenida, y luego daba un giro repentino hacia ellos. Para sorpresa de Obi-Wan, la bella nave aterrizó en la plataforma Jedi.

—¡Quizá sea ése nuestro transporte! —gritó Anakin.

La rampa descendió, y una figura conocida bajó hacia ellos.

—¡Garen! —Obi-Wan sintió una enorme alegría al ver a su amigo. Garen llevaba años sin regresar al Templo.

Se dirigió rápidamente hacia él, y los dos se fundieron en un abrazo.

—Qué sorpresa —dijo Obi-Wan, retrocediendo un paso para observar el aspecto de su amigo. Se alegró de ver a Garen tan en forma y tan saludable como siempre. Seguía llevando el pelo largo y suelto que le llegaba casi a los hombros, y su mirada era tan cariñosa y cálida como recordaba. Sabía que venía de una difícil misión en el Borde Exterior, aunque ignoraba los detalles.

—Pareces mayor —dijo Garen—. Pero no sé si más sabio... Tendré que suponer que sí —dijo con expresión jocosa.

Obi-Wan sonrió.

—No has cambiado nada.

—Siento mucho la muerte de Qui-Gon —dijo Garen, cambiando de repente de tono—. Hubiera venido, pero...

—No pasa nada, amigo mío. Fue una gran pérdida para los Jedi.

—Y para ti.

—Sí. Era mi amigo, además de mi Maestro —dijo Obi-Wan. No solía hablar de Qui-Gon con nadie. Le seguía resultando demasiado doloroso, incluso después de tanto tiempo—. Pero permite que te presente a mi padawan.

—Qué raro resulta oírte decir eso —dijo Garen sonriendo—. Ahora ya somos tan mayores que tenemos nuestros propios padawan. ¿Quién lo habría dicho?

Anakin se había quedado atrás, estudiando la nave con ojos ansiosos. Cuando vio la mirada amable de Obi-Wan, supo que podía acercarse.

—¿Es tu nave?

—Anakin, no seas maleducado —dijo Obi-Wan en tono de desaprobación—. Éste es mi gran amigo, el Caballero Jedi Garen Muln. Garen, éste es Anakin Skywalker.

—Es un honor conocerte al fin —dijo Garen—. No, esta nave no es mía. Es una nave real del sistema Bimin Tres, prestada a los Jedi.

—Sabía que te las arreglarías para acabar teniendo una nave —dijo Obi-Wan.

Garen asintió con gesto triste. Obi-Wan sabía que su amigo sufrió una amarga decepción cuando los Jedi decidieron poner fin al programa de cazas. Pero Garen había conseguido llegar a ser el padawan de Clee Rhara, y llevó a cabo misiones por toda la galaxia.

—Al final fue lo mejor que podía pasar —dijo Garen—. La verdad es que el Consejo hizo bien cerrando el programa de pilotos de caza. Una flota de ese tipo de naves nos habría traído problemas.

—¿Estás diciendo que hubo un tiempo en el que los Jedi tenían un programa para pilotos de caza? —

preguntó Anakin, atónito ante la noticia.

—Sí, Anakin, hace mucho tiempo, cuando Obi-Wan y yo éramos apenas un poco mayores que tú —respondió Garen riendo.

—¿Y lo cancelaron? —el rostro de Anakin indicaba claramente lo que opinaba de aquella decisión.

—Tuvieron que hacerlo —dijo Garen—, pero tengo que admitir que fue divertido mientras duró.

Anakin contempló la nave.

—¿Corre mucho?

—Tanto como quieras —respondió Garen. Miró a Anakin con curiosidad—. ¿Por qué te gusta correr, Anakin?

En la cara del chico volvió a aparecer aquella expresión soñadora y distante.

—Porque sólo así puedo dejarme atrás a mí mismo —dijo con los ojos fijos sobre la nave.

Garen miró a Obi-Wan. Alzó una ceja. No era una respuesta propia de un Jedi. Obi-Wan frunció el ceño preocupado. Seguía habiendo partes de Anakin a las que no podía llegar.

No. Acabarás llegando a ellas. Yoda y Mace Windu se equivocan. Qui-Gon tenía razón. Anakin no es demasiado mayor para aprender.

Garen apoyó la mano en el hombro de Anakin.

—Ven, te enseñaré la nave.

—Esperamos nuestro transporte a Hilo —dijo el chico con tono decepcionado—. No creo que mi Maestro me deje.

—Pues yo creo que sí te dejará —dijo Garen—. Porque yo soy vuestro transporte a Hilo.

Anakin no podía creerse la suerte que había tenido. Una sonrisa de felicidad le iluminó la cara y subió corriendo por la rampa.

Garen cogió el equipo de supervivencia de Obi-Wan.

—Parece muy joven —comentó.

Obi-Wan suspiró.

—Cada día que pasa crece más.

Salieron del hiperespacio entre el brillo de las estrellas. Era el momento favorito de Anakin, y Obi-Wan lo sabía. Contempló el rostro del chico, interesadísimo en la forma en que Garen pilotaba su nave hacia la atmósfera de Hilo.

Garen soltó un silbido de admiración.

—Allí está.

Ante ellos apareció la nave más grande que Obi-Wan había visto nunca. Parecía formada por muchas naves juntas, fabricada de distintos metales, remaches y enganches, y el color verde apagado se mezclaba con un color plata resplandeciente y un negro brillante. Avanzaba a trompicones en una órbita lenta y perezosa alrededor del planeta.

—Primero habrá que aterrizar en Hilo y coger allí un transporte hasta la nave —dijo Garen—. Al parecer no permiten que los extraños aterricen directamente en ella.

—Jamás había visto nada igual —dijo Anakin. Se levantó del asiento para acercarse al mirador de la cabina, sonrió y miró con malicia a Obi-Wan—. Se parece a las cosas que fabrico yo.

Obi-Wan no tuvo más remedio que estar de acuerdo. La nave tenía el aspecto rechoncho y destartado de las construcciones con que se entretenía Anakin.

La plataforma de aterrizaje se alzaba en lontananza, con un carguero ligero estacionado en un lateral. Al acercarse, Obi-Wan vio que estaban llenándolo de suministros.

Garen aterrizó perfectamente, como siempre. Ayudó a Anakin y a Obi-Wan a coger sus cosas y los guió hasta la rampa.

Obi-Wan y Garen intercambiaron una cariñosa mirada de despedida, una mirada que se habían dirigido a menudo a lo largo de los años.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Garen—. Si lo necesitáis os puedo llevar de regreso. Estaré un tiempo por este cuadrante.

—Que la Fuerza te acompañe —le dijo Obi-Wan.

Garen se dio la vuelta y subió por la rampa. No se giró para despedirse por última vez. Nunca lo hacía. Sólo Obi-Wan sabía que su viejo amigo odiaba las despedidas.

—Ustedes deben de ser el equipo de investigación Jedi —el tono era frío y comercial. Obi-Wan se giró y vio a un humano alto, que se estaba quedando calvo, y que llevaba un mon traje de color azul claro.

—Soy Obi-Wan Kenobi, y éste es Anakin Skywalker —respondió el Jedi.

—Me llamo Nort Fandi —dijo el hombre—. Soy el piloto del carguero. Tenemos la salida programada. Suban a bordo. No nos gusta demorarnos en otros planetas.

En el tono cortante de Nort Fandi no había asomo de amabilidad o buenos modales. Obi-Wan y Anakin subieron al carguero y encontraron unos asientos. Pocos minutos después, Nort Fandi y otros dos miembros de la tripulación se sentaron junto a ellos. Al cabo de unos segundos, salieron en dirección al *Biocrucero*.

—¿Van a llevarnos directamente hasta Uni? —preguntó Obi-Wan a Nort Fandi.

Éste respondió sin darse la vuelta.

—No. Recibirán instrucciones.

Y no volvió a articular palabra. Cuando se acercaron al *Biocrucero*, unas escotillas se abrieron en la enorme nave y Obi-Wan pudo ver la zona de aterrizaje. Nort Fandi introdujo el carguero en el interior. Los motores se apagaron.

Una mujer bajita, con el mismo mon traje de color azul, los esperaba al pie de la rampa.

—Soy Deleta —dijo—. Os llevaré a vuestros camarotes.

—¿Podremos ver a Uni después de eso? —preguntó Obi-Wan.

Deleta les guió hasta la zona de turboascensores.

—Él se pondrá en contacto con ustedes en breve.

Obi-Wan no pudo percibir ni miedo ni ansiedad en los muchos seres con los que se cruzaron camino de sus camarotes. Procedían de toda la galaxia. Algunos llevaban el mismo mon traje azul; otros, túnicas; y algunos lucían los turbantes o pantalones propios de su planeta de origen. Parecían ocupados y tranquilos, y Obi-Wan no tuvo la impresión de que los estuvieran controlando mentalmente. Sus miradas eran transparentes, concentradas, y se fijaban en Obi-Wan y Anakin con curiosidad.

Los cuartos de los Jedi eran pequeños y austeros, pero tenían una pequeña biblioteca compartida, un cubículo para ducharse y hasta un pequeño refrigerador con zumos frescos y cosas de picar.

—En breve les traerán la comida —dijo Deleta—. No se aventuren solos por la nave. Si desean realizar una visita, yo la concertaré en breve.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con Uni? —preguntó Obi-Wan.

—Él mismo se pondrá en contacto con usted en breve —respondió Deleta con toda tranquilidad. Luego se marchó.

—¿Qué crees que significará "en breve" en esta nave? —gruñó Anakin. Estaba recostado en su cama, con gesto enfadado—. ¿Un año? ¿Más?

—Ya han pasado dos días —dijo Obi-Wan—. Todas las misiones requieren su tiempo.

Había dicho esas palabras de forma automática. Estaba tan harto como Anakin. Todas las peticiones realizadas para hablar con Uni o para ver la nave habían recibido el mismo: "en breve se pondrán en contacto con usted". Cuando Anakin y él decidieron visitar la nave por su cuenta, fueron escoltados amable y firmemente de vuelta a sus dormitorios, con la excusa de que recibirían una llamada... "en breve".

Al principio, Obi-Wan se mostró reacio a ejercer presión. Eran invitados del *Biocrucero* y no le gustaba empezar una misión teniendo que insistir en algo. Pero él también tenía sus límites, y esa situación los sobrepasaba.

Obi-Wan pulsó el botón de la consola de comunicaciones de la pared. Como siempre, una voz neutra y agradable respondió al otro lado.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera dejar un mensaje para Uni —dijo Obi-Wan.

—Él se pondrá en contacto con usted en breve...

—Bien. Pues entonces infórmele de que si no se reúne con nosotros en diez minutos, llamaré a mi nave para que venga a buscarnos y todo el poder del Senado se desatará contra el *Biocrucero*.

Obi-Wan no esperó a que hubiera respuesta. Se limitó a cortar la conexión.

Anakin estaba sentado muy recto.

—¿De verdad harías eso?

—Los Jedi no amenazan —dijo Obi-Wan—. Informan. —Se sentó tranquilamente, pero tenía los ojos fijos

en el crono. Podía pasar cualquier cosa. Podían encerrarlos allí. O expulsarlos de la nave en el próximo planeta.

Al cabo de ocho minutos exactos, la puerta siseó al abrirse. Vieron a Deleta con la misma expresión neutra.

—Uni los recibirá ahora mismo.

Obi-Wan y Anakin la siguieron por un laberinto de corredores hasta un turboascensor distinto al resto. Les llevó a un piso superior, y salieron a un recibidor desierto.

Deleta se dirigió a una puerta situada al fondo del pasillo. Entraron en una estancia redonda, rodeada de asientos bajos y tenuemente iluminada. La pared, el suelo y los muebles eran de color azul claro. Deleta se marchó, y las puertas sisearon tras ella.

—¿Crees que estamos en los aposentos privados de Uni? —preguntó Anakin en voz baja.

—Es bastante probable —respondió Obi-Wan.

Las puertas se abrieron tras él, y el Jedi se volvió para ver entrar a un humano alto y esbelto. Tenía el pelo cortísimo y tan blanco como una luna. Los ojos eran de un color azul claro.

—Soy Uni —dijo.

Pero Obi-Wan supo al momento que era Kad Chun.

Capítulo 13

Obi-Wan se sintió como si alguien le apretara la garganta. De no ser porque tenía los dos pies clavados en el suelo, habría jurado que se había tambaleado.

—Kad Chun —dijo en voz alta, como aturdido.

Kad le miró sorprendido. Le costó recuperar la compostura.

—Obi-Wan Kenobi. Ahora soy Uni.

Kad se acercó hasta Obi-Wan más de lo que éste habría deseado. Sus ojos claros parpadearon mientras comprobaba los rasgos de madurez en el Jedi, que a su vez recordó la cara llena de odio del chico en la sala de vistas del Senado.

—Te han enviado a ti.

—Sí.

—Supongo que no saben quién soy.

—No.

—Kad Chun ya no existe.

La curiosidad de Obi-Wan superó su cautela.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Kad se giró y comenzó a pasear por la sala. No miró a Anakin ni una sola vez, pero el chico no le quitaba ojo.

—Tras aquella vista, mi padre y yo volvimos a Telos. Llevábamos una vida tranquila, recuperándonos de nuestra doble tragedia, puesto que él había perdido a un hijo y yo a un hermano, y el Senado demostró ser incapaz de hacer justicia con su asesino.

Obi-Wan dio un respingo, pero Uni no le miró. Se limitó a seguir paseando, cogiendo algún objeto de vez en cuando, para observarlo y volverlo a depositar en su sitio.

—Pasaron muchas cosas buenas en Telos. Creo que tú estuviste allí al principio. Se formó un gobierno nuevo y empezamos a recuperar nuestros recursos naturales. Pero con los años se hizo patente que la corrupción que acabó con nuestras instituciones y nuestro gobierno estaba más arraigada de lo que suponía el buen pueblo de Telos. El poder estaba lleno de gente interesada; Telos inició su decadencia. Las empresas privadas se apoderaron de nuestros recursos naturales y los agotaron.

—Lo lamento mucho —dijo Obi-Wan.

—Me encontré en cierta posición de liderazgo —prosiguió Kad—. La gente me escuchaba. Sabía que era demasiado tarde para salvar a Telos. Estábamos perdiendo el tiempo. No podríamos derrocar a esa clase de poder. Si queríamos salvar la poca responsabilidad y honor que quedaba en Telos, había que llevarse a los últimos. Y así lo hicimos. Fletamos una nave en la que metimos también plantas y minerales. Viajamos por toda la galaxia. No buscamos otro planeta. No lo necesitábamos. En nuestros viajes, nos dimos cuenta de que la situación de Telos no era única. Hay muchísimos planetas corruptos en la galaxia. Los seres más nobles alzan sus voces, pero son reprimidos. Nosotros los acogemos aquí. La nave inicial comenzó a crecer. Tenemos a los científicos más brillantes, a los mejores innovadores, profesores, poetas, músicos, médicos. Todos creemos que, dado el estado de la galaxia, la única salida que nos queda a los que somos mejores es desvincularnos completamente de ella. Cuando la galaxia se destruya a sí misma, seremos la base para una nueva comunidad.

Kad se volvió al fin. Sus ojos azul claro brillaban de fervor.

—Así que ya veis que aquí no tenemos a nadie contra su voluntad. Pueden irse en cuanto quieran. Estamos trabajando en un combustible renovable que pueda fabricarse sin salir de la nave, pero aún no lo hemos conseguido. Por eso debemos parar de vez en cuando. Tenemos la esperanza de llegar a ser completamente autosuficientes. Así no necesitaremos mantener contacto con otros planetas. Pero hasta entonces tendremos que lidiar con las aburridas exigencias del Senado. Es algo que considero un insulto a la inteligencia de todos los pobladores de la nave. Pero, aun así, cooperaré.

—¿Nos dejarás visitar la nave?

Kad asintió.

—Concertaré una visita para que podáis haceros una idea. Después tendréis vía libre para inspeccionar a vuestro gusto.

—¿Podemos hablar con tus seguidores?

Kad frunció el ceño.

—Yo no utilizo la palabra "seguidores".

—¿Estos seres están aquí por tu filosofía?

—Una filosofía que ellos han hecho propia —Kad alzó una ceja—. ¿Y qué pasa con los Jedi? ¿Acaso somos tan distintos de vosotros? La única diferencia es que el Senado no envía a alguien para investigaros.

—Somos muy diferentes. Nosotros llevamos vidas de contemplación, pero también de compromiso —dijo Obi-Wan en el tono que adoptaba cuando estaba enfadado—. Nosotros no nos aislamos ni abandonamos la galaxia.

—Sí, seguís pensando que podéis hacer el bien —dijo Kad en tono desafiante—. Todos y cada uno de los habitantes de esta nave se sintieron así alguna vez.

Obi-Wan se dio cuenta de que la mejor estrategia que podía seguir era mantenerse al margen. Sabía que era inútil discutir con Kad y que la actitud de éste era una pose. Intentaba provocar a Obi-Wan. Sin duda, Chun sabía que la tranquilidad del Jedi también era una máscara.

—Lamento que consideres este proceso insultante —dijo Obi-Wan con mucho tacto—. Pero debes darte cuenta de que hay seres por toda la galaxia que se encuentran de pronto teniendo que asumir la desaparición de un familiar. La comunicación es poco frecuente.

—Eso es porque nadie comprende nuestra forma de ver las cosas —dijo Kad con impaciencia—. Pero todos los que están aquí son adultos y capaces de tomar sus propias decisiones. Y ahora, sugiero que tu "seguidor" y tú os dirijáis al puente, donde encontraréis un guía que os enseñará la nave. Coged el turboascensor a la planta cuarta y allí os recibirá.

Las puertas volvieron a abrirse. Un anciano decrepito entró lentamente en la sala. Tenía la calva brillante y una mirada apagada de párpados tristes. Obi-Wan tardó un momento en recordar a Vox Chun. Le sorprendió lo mucho que había cambiado.

La mirada vacía de Vox Chun se llenó de pronto de ira. Era evidente que el odio que sentía por Obi-Wan no se había apagado en todos aquellos años.

—Padre, el equipo Jedi se dirige al puente a empezar la visita —dijo Kad rápidamente. Obi-Wan se dio cuenta de que quería evitar que su padre saltara.

Obi-Wan saludó con la cabeza a Vox Chun, que no le devolvió el saludo. Mantuvo sus ardientes ojos fijos en él, mientras cruzaba la estancia con Anakin en dirección a la salida.

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, Anakin le miró.

—¿Por qué te odian?

—Es una vieja historia —dijo Obi-Wan—. Las misiones pueden provocar rencores. No creo que esto afecte a la misión actual.

Anakin asintió, pero Obi-Wan se dio cuenta de que no se conformaba con la respuesta. Él sí creía que los viejos rencores podían afectar a la misión.

El problema era que Obi-Wan también lo creía. No era la primera vez que le incomodaba la inteligencia de su padawan.

Capítulo 14

Anakin caminaba arrastrando los pies junto a Obi-Wan, haciéndose preguntas sobre el título de aprendiz padawan. Ese título implicaba que tenía que aprender, ¿no? ¿Y cómo iba a aprender si nunca le contaban la historia completa?

Yoda hablaba en forma de acertijo. Mace Windu se expresaba con indirectas y alusiones. Hasta su Maestro evitaba en la medida de lo posible hablar del pasado, exceptuando las cariñosas referencias al difunto Qui-Gon. Algunas veces, Anakin tenía la impresión de que la gente del Templo hablaba un idioma diferente al suyo. Y en esos momentos echaba de menos la claridad de su madre. Pero recordar a Shmi le causaba un dolor profundo que no se le pasaba.

—Al menos podremos ver la nave —comentó Obi-Wan mientras esperaban el turboascensor—. Tú tenías muchas ganas.

—Pero será con guía —dijo Anakin—. Y probablemente no nos lo enseñen todo. ¿No preferirías explorarla a tu voluntad?

—Algunas veces resulta útil ver lo que tu contrincante quiere que veas —dijo Obi-Wan entrando en el turboascensor—. Indica lo que intenta ocultar.

Anakin permaneció en silencio mientras el indicador mostraba los pisos que dejaban atrás. Seguía desanimado por ser ignorado en el encuentro entre Obi-Wan y Uni, y por el hecho de que Obi-Wan no le contara la verdad. Había notado la oscura ira que manaba de Vox y Uni, el hombre al que Obi-Wan llamaba Kad. Lo que sentían era algo más que un simple rencor. ¿Por qué no confiaba Obi-Wan en él lo bastante para contarle la verdad?

Las puertas del turboascensor se abrieron y Anakin volvió a sorprenderse. Obi-Wan sonrió de oreja a oreja al ver a una mujer esbelta esperándoles al otro lado.

—¿Eres Andra? —preguntó.

La mujer parecía igual de sorprendida y encantada.

—¡Obi-Wan Kenobi!

Obi-Wan y la mujer dieron un paso adelante. Andra cogió la mano de Obi-Wan.

—Jamás te olvidé.

—Qué sorpresa verte aquí —dijo Obi-Wan—. Supuse que ya serías gobernadora de Telos.

La expresión de Andra se ensombreció.

—El Telos por el que yo luchaba ya no existe. Ahora mi vida es esto.

—Sí, Kad me ha contado cómo se deterioró.

—Lo llamamos Uni. Sí, vencimos a Offworld, pero entonces aparecieron otras preocupaciones del mismo calibre. Vi cómo mi bello planeta se deterioraba por segunda vez. No pude hacer nada. Mi ira y frustración se convirtieron en un profundo dolor. Fue como si estuviera en un lugar oscuro y sin salida. Entonces conocí a Uni. —Andra sacudió la cabeza, como para deshacerse de un mal recuerdo—. Él me dio una razón para seguir viviendo. —Miró a Anakin y sonrió—. ¿Y tú quién eres?

—Este es mi padawan, Anakin Skywalker.

Ella sonrió amablemente a modo de bienvenida. A Anakin le cayó bien de inmediato. Sentía en ella una especie de calidez y aceptación que le recordaban a Shmi.

—Así que ahora eres tú quien tiene padawan —dijo, sonriendo todavía mientras se giraba hacia Obi-Wan—. Qui-Gon debe de echarle de menos.

La mirada resplandeciente de Obi-Wan se apagó.

—Qui-Gon murió. Ya hace tres años.

La sonrisa de la mujer se desvaneció, y su mirada se llenó de pena.

—No lo sabía. Lo siento muchísimo. Es una gran pérdida para la galaxia.

—Sí —dijo Obi-Wan—. Así es exactamente como me siento. Pero ¿y Den? ¿Sigue atacándote los nervios?

—Me temo que sí —dijo Andra en tono quejumbroso—. Me casé con él.

Obi-Wan rió. Den y Andra formaban una extraña pareja, pero Qui-Gon se dio cuenta del profundo amor que sentían el uno por el otro.

—¿También está a bordo del *Biocrucero*?

—Claro. Al principio se mostró reacio, pero acabó viendo la verdad de las enseñanzas de Uni —Andra hizo una pausa—. Vosotros debéis ser los Jedi que envían para la inspección. Yo seré vuestra guía en la visita.

—No se me ocurre nadie mejor —dijo Obi-Wan.

Anakin se adelantó cuando Andra giró para recorrer el pasillo.

—¿Cómo os conocisteis Obi-Wan y tú? —era mejor preguntar a ella que a su Maestro. Seguro que así obtenía más información.

—Obi-Wan y Qui-Gon ayudaron a mi planeta cuando se moría —explicó Andra—. Una corporación minera llamada Offworld compró en secreto nuestros parques naturales y empezó a explotarlos. Yo era entonces parte de la resistencia...

—Una resistencia formada por ella sola —dijo Obi-Wan con admiración.

—Así es; en esa época no tenía muchos seguidores —se lamentó Andra—. Sólo un ladrón ludópata falto de ética y sobrado de encanto, que luego se convirtió en mi marido, Den. Obi-Wan y Qui-Gon confiaron en nosotros, pese a que actuábamos al margen de la ley. Desenmascararon a Offworld y el pueblo recuperó el control de nuestros espacios sagrados. O eso creímos, pues al final, perdimos la batalla.

Andra se detuvo en medio de un puente circular.

—Pero jamás olvidaré lo que hicieron por nosotros.

—Y lo que tú hiciste por nosotros —señaló Obi-Wan—. Nos salvaste de ser ejecutados.

—¿Ejecutados? —preguntó Anakin, mirando atónito a Obi-Wan.

—Xánatos era un enemigo temible —dijo Andra en voz baja.

—¿Xánatos? —preguntó Anakin.

—Esa historia te la contaré en otro momento —dijo Obi-Wan con firmeza.

Andra asintió, comprendiendo que Obi-Wan quería cambiar de tema. Señaló a los hacendosos trabajadores que les rodeaban y se afanaban en los paneles de control.

—Como podéis ver, nuestro puente es más complicado que el de la mayoría de las naves. El *Biocrucero* está compuesto de varias partes, algunas de ellas diseñadas a propósito para funcionar de forma independiente. Desde aquí se coordina todo. Nuestros científicos han realizado ya varios avances tecnológicos. El tamaño y la complejidad de esta nave no tiene precedentes.

—¿La nave tiene sistemas de defensa? —preguntó Obi-Wan.

Andra asintió.

—De los mejores. Llevamos a bordo un tesoro considerable. Todos nos trajimos nuestros bienes al embarcar. Empleamos ese dinero para investigación y desarrollo. Nuestro fin es llegar a ser una nave autosuficiente, una especie de planeta flotante.

—Casi ningún planeta es autosuficiente —señaló Obi-Wan—. Dependen del comercio del libre intercambio de información.

—Cuando abres tus puertas a la galaxia, invitas a la corrupción a entrar —dijo Andra, negando con la cabeza—. Eso fue lo que ocurrió en Telos. Muchos de los que van en esta nave pasaron por lo mismo en sus respectivos planetas. Las bandas de criminales acumulan poder por momentos en la galaxia. Las corporaciones gigantes están agotando los recursos naturales, y una vez lo han hecho, se limitan a pasar al siguiente planeta listo para ser explotado. Creo que Uni tiene razón. Esto —concluyó Andra, abriendo los brazos para abarcar la nave con un gesto— es nuestra mayor esperanza. Y ahora prosigamos. Nos queda mucho que ver.

Anakin nunca había visto una nave tan fascinante. Estaba llena de seres de toda la galaxia, y parecía haber mucho que hacer. Casi todos trabajaban, al menos una parte del día, en los centros técnicos, en los laboratorios científicos o en el sector de servicios. Había toda clase de restaurantes y cafés, con comida de muchas procedencias. Había salas de juegos, bibliotecas y audiotecas. Toda una zona del *Biocrucero* estaba dedicada al Centro de Colecciones, donde se guardaban plantas, flores y animales de distintos planetas. Anakin era incapaz de imaginarse a alguien aburriéndose en aquel sitio. No estaba seguro de lo que pensaba sobre la filosofía de Uni, pero le parecía extraordinario poder vivir en una nave.

La visita duró unas cuantas horas. Andra les dejó en sus aposentos.

—Espero que podáis comunicar al Senado que aquí no hacemos daño a nadie. Todos los que embarcaron en esta nave lo hicieron por voluntad propia —dijo a Obi-Wan.

—Eso espero yo también —respondió Obi-Wan cortésmente.

—Vaya. Había olvidado lo neutral que puede llegar a ser un Jedi.

—Nos reservamos nuestra opinión hasta que podamos hablar abiertamente —dijo Obi-Wan—. Nos ha encantado la visita, Andra. Gracias.

—Le diré a Den que estáis a bordo. Seguro que tiene ganas de verte —y se marchó, despidiéndose cariñosamente.

En cuanto se hubo ido, Anakin se volvió hacia Obi-Wan.

—¿Quién es Xánatos?

La pregunta pareció sorprender a Obi-Wan. Pero Anakin había percibido algo cuando Andra mencionó ese nombre, algo en Obi-Wan, algo sobre lo que quería saber más.

—Ahora no —dijo Obi-Wan.

—¿Y cuándo será? ¿En breve? —preguntó Anakin, decepcionado—. No hago más que oír eso. ¿Por qué no me lo cuentas ahora? ¿Hay alguna razón por la que yo no deba saberlo? —Volvía a sentirse frustrado. Era difícil penetrar en el hermetismo de Obi-Wan.

Obi-Wan lo contempló un instante.

—No —dijo al fin—. No hay ninguna razón por la que no debas saberlo. Xánatos fue aprendiz de Qui-Gon. Se pasó al Lado Oscuro. Empleó la Fuerza en su propio bien. Era el jefe de la corporación minera Offworld y arrasó varios planetas. Para él la vida no tenía importancia alguna.

—¿Sigue vivo? —preguntó Anakin.

—Murió en Telos —respondió Obi-Wan—. Prefirió quitarse la vida a rendirse ante Qui-Gon —el Jedi miró fijamente a Anakin—. Y ahora vamos a recoger y después iremos a cenar.

Anakin fue a su cuarto. Sentía un zumbido en la cabeza, como si sus pensamientos fueran tantos y tan confusos que no conseguían grabarse en su mente. No podía asimilar lo que le había dicho Obi-Wan. No podía imaginar que pudiera pasarle algo así. ¿Cómo podía un Jedi pasarse al Lado Oscuro? ¿Cómo podía un padawan traicionar a su Maestro? Si la historia no se la hubiera contado Obi-Wan, se habría negado a creerla.

Por fin, Obi-Wan compartía algo real con él. Hubo momentos, sobre todo al principio de su relación, en los que Anakin cuestionó los motivos de Obi-Wan para tomarle como padawan. Sabía que Obi-Wan lo hizo por deseo expreso de Qui-Gon. Pero ¿era una carga para Obi-Wan, sólo por una promesa hecha a un amigo moribundo? Anakin deseaba más que nada tener con Obi-Wan la misma clase de relación que él tuvo con Qui-Gon. Pero había momentos en los que aquella intimidad le parecía de lo más inalcanzable.

Capítulo 15

Cuando se quedó solo en su camarote, Obi-Wan se refrescó la cara con agua. Alzó la cabeza para mirarse en el espejito que había sobre el lavabo, casi sorprendiéndose al verse tan mayor. Aquel día había regresado de golpe a su infancia, en dos ocasiones, y eso le había dejado confundido y vacilante, como si volviera a ser ese chaval de trece años.

Ver a Andra había sido un placer. Le trajo bonitos recuerdos. La misión de Telos fue peligrosa, pero Obi-Wan la recordaba como la época en la que Qui-Gon y él empezaron a reconstruir los lazos que los habían unido antes de que él abandonase por un tiempo a los Jedi y a su Maestro. Trabajaron juntos como solían hacerlo, y por primera vez desde su regreso al Templo, Qui-Gon le hizo sentirse a gusto. Hizo que se sintiera unido a él, como si esa unión pudiera seguir creciendo. Y así fue.

Pero Kad... Uni, se corrigió a sí mismo.

Ese encuentro había sido mucho menos placentero. No podía olvidar el odio en los ojos de Kad, el sonido de la mesa haciéndose añicos al caer el bastón sobre ella, la certeza de que el chico quería matarlo. Y cómo se había quedado él, esperando el golpe, indefenso, sintiendo que, de alguna forma, recibir ese golpe le ayudaría a superar la muerte de Bruck. Que habría pagado su deuda.

Jamás le contó a Qui-Gon lo ocurrido. No era así como debía pensar o actuar un Jedi. No tendría que haber ido más allá del resultado de su encuentro con Bruck.

Pero, pensó Obi-Wan, parpadeando ante su reflejo, doce años después, seguía sintiéndose mal por aquella muerte.

Obligó a su mente a regresar al presente. Era consciente de lo impresionado que se había quedado su padawan con el *Biocrucero*. Había mucho que admirar. Pero a Obi-Wan le costaba asimilar la filosofía de Uni. Para él, los habitantes del *Biocrucero* no eran más que un montón de idealistas decepcionados. El argumento de Uni de apartarse del resto de la galaxia estaba lleno de ira y amarga decepción.

No le gustaba el cambio que había experimentado Andra. La recordaba como una firme defensora de su planeta. ¿Había llegado Uni en un momento tan bajo de su vida que consiguió aprovecharse de su amargura y de su impotencia?

Obi-Wan había estado en misiones que al principio le parecieron inútiles. Había visto criminales ganando, claro. Había visto guerras civiles destrozando planetas enteros. Pero también había visto seres uniendo sus fuerzas para luchar por su planeta, triunfando pese a tenerlo todo en contra. La filosofía de Uni no le impresionaba en absoluto. Uni era un cínico oculto tras un velo de idealismo.

También le perturbaba la idea de que todos los que se unían al *Biocrucero* donasen sus riquezas a la tesorería. Andra lo dijo con la mayor despreocupación, pero Obi-Wan no dejaba de preguntarse en manos de quién estaría toda esa fortuna y quién tenía acceso a ella. ¿Kad? ¿Su padre? Obi-Wan seguía sin fiarse de Vox Chun. No podía olvidar el papel que había tenido en el hundimiento de Telos, a pesar de su supuesta reinserción. Le sorprendía que Andra hubiera sepultado ese recuerdo. Parecía haber dejado su sano escepticismo en su planeta natal.

Todavía sumido en sus pensamientos, Obi-Wan recogió a Anakin y sugirió que se acercaran a la cafetería más próxima para cenar. Quería observar a los habitantes del *Biocrucero* disfrutando de su tiempo libre.

Anakin pronto estuvo inmerso en su comida, que estaba fresca y deliciosa. La comida dejó de tener tanta importancia para Obi-Wan con el paso de los años. Se había dado cuenta de lo buen Maestro que fue Qui-Gon, tanto en los detalles como en las cosas importantes. Qui-Gon lo trató como a un Jedi, pero jamás olvidó que seguía siendo un niño. De no haber sido por el ejemplo de Qui-Gon, quizá no habría sido tan sensible a las necesidades de su propio padawan.

Obi-Wan comía metódicamente. Miraba de vez en cuando a su alrededor en la atestada cafetería, pero estaba constantemente alerta a cada gesto. Observó cuidadosamente la interacción entre los distintos comensales.

De repente, un hombre alto y con una amplia sonrisa arrugando su rostro se dejó caer en la silla que tenía enfrente.

—Bueno, ¿cómo van las apuestas?

Obi-Wan le devolvió la sonrisa.

—¡Den!

—Me alegro de volver a verte, amigo mío. Si alguien me hubiera dicho que acabarías en este vertedero, nunca habría apostado por ello —dijo Den, sonriendo amigablemente a Anakin—. Hola, chaval. Me han dicho que te gustan las naves grandes.

—Me gustan casi todas las naves —dijo Anakin con la boca llena.

—A mí no. Yo prefiero tener los pies en tierra firme.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Obi-Wan, apartando su plato vacío. Den apenas parecía haber envejecido unos pocos años. Aún llevaba los cabellos rubios despeinados, y las arrugas que tenía alrededor de los ojos apenas estaban algo más marcadas.

La expresión amable de Den no varió.

—Escapo de los horrores de la corrupción y la degradación medioambiental. ¿Y tú?

—Os estoy investigando —le soltó Obi-Wan. Había olvidado el frenético ritmo de la conversación con Den, la forma que tenía de no tomarse nada en serio. Recordó que a Qui-Gon le cayó bien de inmediato, y que se reía con él. A Obi-Wan le costó un poco más acostumbrarse a depender de un ladrón para una misión importante.

—Sí, ya me lo ha contado Andra —dijo Den—. ¿Queréis que os acompañe a vuestro cuarto?

Obi-Wan asintió. Anakin pinchó de una vez los tres bocados que quedaban en el plato y los engulló sin más. Siguió a Obi-Wan y a Den sin dejar de masticar, saliendo con ellos de la cafetería.

—Dime lo que piensas de verdad —dijo Obi-Wan lentamente, mientras caminaba junto a Den por el pasillo. Den suspiró.

—Sólo entré aquí porque no quería perder a Andra.

—Ah —dijo Obi-Wan. Den confirmaba sus sospechas. No podía imaginarse al independiente Den aceptando ideas ajenas sobre cómo debía llevar su vida.

—Lo curioso es que fui yo quien la convenció para que fuera a la conferencia de Uni —prosiguió Den—. Ella estaba muy mal, Obi-Wan. Tienes que entender que había mucha gente así. Telos se moría, y nadie podía salvarlo. Uni ofrecía esperanza. Andra fue una de las primeras organizadoras del *Biocrucero* —Den hizo una mueca—. Volvía a tener una causa.

—¿Intentaste disuadirla?

—Claro. Le dije que teníamos que quedarnos a luchar por Telos. O emigrar a otro planeta. Nada de rechazar al resto de la galaxia y convertirnos en nómadas. Por supuesto, ella estuvo de acuerdo con todo lo que yo le dije... ¿es broma! ¿Acaso hemos estado alguna vez de acuerdo ella y yo? —preguntó él con tono amargo—. No tuve elección. Fingí tragarme la tontería ésta y me embarqué. Había algo que no me cuadraba, y sigue sin cuadrarme. Sí, puede que yo me enmendase por amor a Andra, pero el delincuente que hay en mí sigue vivo. Y el olfato me dice que en todo esto hay gato encerrado.

—Cuéntame —le apremió Obi-Wan.

Den saludó alegremente a un grupo con el que se cruzaron por el pasillo.

—Es sólo que esto no me huele bien. No me fio de Uni, pero quien más me inquieta es Vox. Se las apañó para convencer a todo Telos de que él no tenía nada que ver con la cesión de nuestros espacios sagrados a Offworld, a pesar de que Xánatos lo tenía en un puño. Apenas se deja ver en el *Biocrucero*, siempre está en sus lujosos aposentos. Pero yo le he visto en dos ocasiones manteniendo una conversación de lo más intensa con un técnico llamado Kern.

—¿Y eso qué tiene de sospechoso? —preguntó Obi-Wan.

—Vox se cree demasiado bueno para vivir entre nosotros —dijo Den entrecerrando los ojos—. ¿Por qué iba a perder entonces el tiempo hablando con un vulgar obrero? —Den se tocó la nariz—. Te lo digo yo. Esto me huele mal.

—¿Algo más? —preguntó Obi-Wan.

—Cuando paramos a repostar o abastecernos, siempre lo hacemos en un planeta industrial —dijo Den—. ¿Por qué? ¿Y por qué está siempre Vox entre el comité de bienvenida?

—No vino a recibirnos a Hilo —señaló Obi-Wan.

—Ya. Me di cuenta. Supongo que no quería volver a enfrentarse a un equipo Jedi. Quizá pensó que resultaría sospechoso acudir. ¿Quién sabe? —Den volvió a darse un toquecito en la nariz e hizo una mueca, como si acabara de oler algo asqueroso.

Se detuvieron frente a sus habitaciones. Anakin miraba fijamente a Den. Obi-Wan se dio cuenta de que el chico le prestaba toda su atención.

—No sé, Den —dijo Obi-Wan—. Tampoco nos proporcionas nada que nos sirva para avanzar.

—¿Sabías que una de las razones por las que nos detuvimos en Hilo fue para arreglar una cosa que no necesitaba repararse? —preguntó Den—. Al final resultó ser una lectura errónea. La pieza estaba perfectamente.

—Eso ocurre...

—... a menudo, ya lo sé. Pero, ¿a que no sabes quién estaba al cargo de los sistemas de lectura? Kern.

Obi-Wan asintió, pero seguía sin estar muy convencido. Se dio cuenta de que Den buscaba cualquier cosa que pudiera demostrar que el *Biocrucero* era una operación corrupta. El deseo de recuperar a su esposa podía estar interfiriendo en sus percepciones.

—Ahora que estáis aquí, las posibilidades de llegar al fondo del asunto han aumentado en un mil por ciento —dijo Den, dando una palmadita a Obi-Wan en la espalda—. Duerme bien. Lo vas a necesitar.

Den se despidió alegremente y se marchó. Obi-Wan suspiró.

—¿No te fías de él? —preguntó Anakin.

—No es eso —dijo Obi-Wan—. Es sólo que no sé si fiarme de sus percepciones.

—Pero piensa como un Jedi —señaló Anakin—. Confía en su instinto. ¿No deberíamos concederle ese mérito? Además, ahora mismo no tenemos otras pistas.

En ocasiones, Anakin le recordaba a Qui-Gon. Tenía el mismo tipo de combinación entre lógica y sentimientos que Obi-Wan luchaba constantemente por equilibrar.

—Yo confío en mis sensaciones —murmuró Obi-Wan finalmente—. No en las de Den.

Capítulo 16

Apenas habían terminado de desayunar Obi-Wan y Anakin cuando Den los visitó en el cuarto del primero.

—He conseguido entrar en los archivos de texto del *Biocrucero* —anunció Den.

—Creí que habías renunciado a la delincuencia —dijo Obi-Wan.

Den se encogió de hombros.

—Me aburría. Llevo mucho tiempo sin poder ejercitar los músculos —sus ojos brillaban—. ¿Queréis ver el historial de Kern?

—Si el Senado se entera de que los Jedi se han hecho de forma ilegal con los archivos confidenciales del *Biocrucero*, podría comprometer mi investigación —dijo Obi-Wan frunciendo el ceño—. No creo que...

Den sacó un montón de duraláminas.

—¡Demasiado tarde! He impreso esta información para vosotros.

—¡Genial! —dijo Anakin entusiasmado—. Ya tenemos algo por lo que empezar.

Den sonrió.

—Me gusta tu estilo, colega.

Obi-Wan cogió las duraláminas con un suspiro. Echó un rápido vistazo a la información, absorbiéndola, y luego se la entregó a Anakin.

—¿Has visto el problema? —preguntó Den a Obi-Wan.

Éste asintió.

—Yo no lo pillo —dijo Anakin—. A mí todo me parece perfecto. Tiene un permiso de seguridad de alto nivel. Hasta del Senado. ¿Eso no es muy difícil de conseguir?

—Sí —dijo Obi-Wan—. Muy difícil. Por eso es raro.

—Por qué iba a tener un trabajador cualquiera como Kern un permiso de alta seguridad concedido por el Senado? —preguntó Den.

—Es raro, pero no tiene por qué significar algo —dijo Obi-Wan—. Quizá se deba a que trabajó en algún momento con material delicado. Todo el mundo tiene un pasado.

Den se desplomó en una silla cercana.

—Si vas a considerar inútil todo lo que te traigo, nunca llegaremos a ningún lado.

—Cálmate, Den. No he dicho que no fuéramos a seguir esta pista. —Se puso en pie, invitando a Anakin a hacer lo mismo—. De hecho, me gustaría que alguien nos guiara en una visita más completa. ¿Te importaría llevarnos al centro técnico?

Al entrar en el centro técnico, Den señaló a Kern con la cabeza. Tenía unos diez años más que Obi-Wan, con el pelo claro muy corto y los ojos muy juntos.

—Éste es nuestro centro de información técnica —dijo Den—. Como podréis imaginar, los paneles de lectura son numerosísimos. Se monitorizan todas las características de la nave, desde el control de daños al crecimiento de las plantas en los invernaderos.

—Una operación muy compleja —comentó Obi-Wan. Miró a Anakin. Ya le había informado de lo que debía hacer.

El padawan se apartó un poco mientras Den seguía hablando y Obi-Wan murmuraba comentarios de admiración o hacía alguna pregunta. Se quedó mirando una consola de lectura. En cuanto notó que Kern le miraba, alzó la vista y le miró.

—Jamás había visto un panel así —dijo.

—Es una nave muy grande —Kern se alejó, aburrido ante la perspectiva de conversar con un chaval.

—¿Los monitores de lectura capturan de verdad todo lo que puede estropearse? —preguntó Anakin.

—Sí.

—¿Y todas las piezas del motor tienen su propio seguimiento?

—Sí.

—¿Hasta los amortiguadores de empuje? —Anakin puso un tono de voz agudo. En ocasiones podía parecer más joven de lo que realmente era.

—Si —dijo Kern con un tono de exasperación—, Vete, niño Jedi, estoy ocupado.

—Y si, por ejemplo, el núcleo de energía se recalentara, pero no se produjera una señal de emergencia en los conversores y los circuitos del motor mostraran una velocidad luz normal, ¿la monitorización conseguiría alertar del fallo en el conector del campo hidrostático?

Kern se giró en su silla.

—Tú sabes mucho para ser tan pequeño.

—Ya, ¿pero qué pasaría en ese caso? —preguntó Anakin.

—Miraría la señal del conector del campo hidrostático, pero antes investigaría la entrada de aire en la turbina del motor —dijo Kern—. Tenemos un par de motores subluz de clase Dyne, y algunas veces los alerones se traban, cuando se atascan los conductos de combustible. ¿Te vale?

—Me vale —dijo Anakin, contento.

Se unió a Obi-Wan y Den, que estaba concluyendo la visita guiada. En cuanto salieron, le repitió la conversación a Obi-Wan.

—Yo te digo que este tío esconde algo raro —dijo Den—. Los técnicos de lectura no tienen nada que ver con los expertos en motores. No saben nada de motores subluz. Sólo envían información a los mecánicos.

—Quizás haya trabajado antes en motores —señaló Obi-Wan.

—Pero eso no figura en su historial —replicó Den.

Obi-Wan frunció el ceño.

—Lo sé. Volvamos a mi cabina.

En momentos así, Obi-Wan echaba de menos a Tahl. Cuando él era padawan de Qui-Gon, siempre podía recurrir a Tahl para realizar una búsqueda intensiva, y ella empleaba todos sus contactos. Acababa dando con pistas que les llevaban a dar el siguiente paso. Y era la más rápida en eso.

No conocía a Tnani Ikon, el Jedi al cargo de las búsquedas computerizadas en el Templo, pero lo llamó de todos modos y le pidió rápidamente que le buscara todo lo relativo a Kern, mientras le enviaba toda la información del historial que tenía. Pidió prioridad, pero nunca se sabía cuántos Jedi podía haber de misión en ese momento.

Obi-Wan cortó la comunicación, pero no se apartó del intercomunicador.

—¿Qué pasa? —preguntó Anakin.

—Tengo una idea —Obi-Wan volvió a llamar a Tnani—. Cuando busques, investiga también a todos los Kern que hayan fallecido en los últimos veinte años.

El impasible Caballero Jedi no cuestionó a Obi-Wan.

—Así lo haré.

Obi-Wan volvió a cortar la comunicación. Den le miró de hito en hito.

—¿Y eso? Vale, el tío es bastante feo, pero de ahí a pensar que esté muerto... —dijo Den.

—Sigo intrigado con ese permiso de seguridad —dijo Obi-Wan, guardándose el intercomunicador en el cinturón—. Recuerdo que Qui-Gon me contó que hay agentes secretos llamados "sin-nombre" al servicio del Senado. Emplean identidades falsas que se retiran cuando mueren. Pero Qui-Gon conocía varios casos en los que, con el dinero o la influencia necesarios, se podían comprar estas identidades retiradas —Obi-Wan se encogió de hombros—. Quizá Kern sea una identidad comprada. No pasa nada por comprobarlo.

—¿Sabía que te necesitaba! —dijo Den, dando una palmada a Obi-Wan en la espalda.

—Pero si Kern es una identidad comprada, eso significa que hay alguien poderoso que le ha encargado espiar esta nave —dijo Anakin—. ¿Quién podría ser? ¿Y por qué?

—Ésa —dijo Obi-Wan— podría acabar siendo la pregunta más importante de todas.

Capítulo 17

Den tenía que regresar a su trabajo ("Me tienen cultivando verduras, ¿te lo puedes creer?"), así que Obi-Wan sugirió a Anakin que salieran a entablar conversación con los habitantes del *Biocrucero*, mientras esperaban la respuesta de Tnani.

Hablaron con todos los que pudieron encontrar: un bibliotecario, un técnico, un profesor, una ex líder de su planeta que ahora era administradora. Todos hablaron con admiración de Uni y de su vida a bordo del *Biocrucero*. Todos consideraban que su decisión de abandonar sus planetas había sido la más acertada.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Obi-Wan a Anakin mientras se dirigían a una cafetería cercana para el almuerzo—. ¿Piensas que les han lavado el cerebro?

La percepción de Anakin solía llenarle de curiosidad. A menudo le sorprendía darse cuenta de que era más aguda que la suya. Anakin veía las cosas por intuición, mientras Obi-Wan era consciente de que tendía a analizarlo todo demasiado.

—No es que les hayan lavado el cerebro —dijo Anakin—. Es sólo que... de alguna manera, están tristes.

—¿Tristes?

—Por haberse rendido. Eso siempre es triste, ¿no? Y dejar atrás a tu familia y tus amigos también da pena. Intentan hacer como que no les afecta. Pero está ahí. En sus sueños. ¿Dónde si no?

Intrigado, Obi-Wan reflexionó sobre las palabras de Anakin. Él jamás lo habría formulado así, ni habría llegado a la misma conclusión, pero la verdad era que Anakin había puesto el dedo en la llaga que él andaba buscando.

El único inconveniente era que no podían acusar a nadie de "inducir a la tristeza" ante el Senado. Y no habían encontrado pruebas contra Uni.

Un grupo de guardias de seguridad apareció de repente doblando la esquina a paso firme. Al principio, Obi-Wan les miró con curiosidad. Luego su instinto le alertó. Los guardias iban a por los Jedi.

Iban armados con pistolas láser que no habían desenfundado, y electropunzones que llevaban en la mano. Anakin percibió la perturbación en la Fuerza un segundo más tarde que Obi-Wan. Se tensó y miró a su Maestro, sin saber qué hacer.

Obi-Wan no quería enfrentarse a la seguridad de la nave. Su misión era sólo una investigación pacífica.

El oficial al mando blandió su electropunzón.

—Vengan con nosotros.

—¿Quién lo ordena? —preguntó Obi-Wan.

—Uni. Vamos.

El guardia alzó el electropunzón y se dirigió hacia Anakin. Obi-Wan se dio cuenta de que iba a utilizarlo, y un golpe así podía dejarte el brazo o la pierna paralizados por un buen rato.

El guardia de seguridad no tuvo tiempo ni de parpadear. El sable láser de Obi-Wan se activó y se movió antes de que el electropunzón pudiera acercarse unos centímetros más. El arma Jedi cortó el punzón en dos limpiamente. El guardia cayó de rodillas por la fuerza del golpe. No estaba herido, sino atónito.

De repente, los otros guardias saltaron sobre ellos. Anakin ya se había alejado del primer guardia y había desenfundado su sable láser. Se lo habían prestado en el Templo, y era efectivo pese a no tener mucha potencia.

—No les hagais daño, sólo debemos desarmarlos —consiguió susurrarle Obi-Wan antes de retroceder de un salto para esquivar a un guardia que le embistió desde la izquierda.

Obi-Wan se giró, y su sable láser dibujó un borrón de luz y calor en el aire, convirtiendo al punzón en un montoncillo de cenizas que cayó al suelo.

El sable láser de entrenamiento de Anakin describió un círculo antes de subir y enviar el tercer punzón al suelo en dos mitades derretidas. Obi-Wan y Anakin saltaron para defenderse contra los dos últimos guardias, que retrocedieron a trompicones, asustados por la demostración de los Jedi. Uno de ellos tiró el punzón para desenfundar la pistola. Obi-Wan partió el punzón del otro en dos y acercó la hoja de su sable láser a la cara del último guardia.

—¿De veras quieres desenfundar tu arma? —preguntó.

Los ojos se le salían al guardia de las órbitas. Se mojó los labios.

—N... no.

—Vamos a ir con vosotros voluntariamente —dijo Obi-Wan, mirando a los guardias uno a uno—. ¿Lo entendéis?

El primero se puso en pie.

—Estamos bien entrenados —dijo a Obi-Wan—. Es sólo que nunca nos habíamos enfrentado a unos Jedi. Si no os importa seguirnos...

Obi-Wan apagó el sable láser e indicó a Anakin que hiciera lo mismo.

Los guardias de seguridad formaron cautelosamente a su alrededor. El primero se dirigió hacia el turboascensor.

—¿A qué crees que viene todo esto? —murmuró Anakin.

—No tengo ni idea —respondió Obi-Wan—. O hemos trasgredido alguna norma, o Uni ha decidido que se acabó la investigación.

Se dirigieron al piso más alto y fueron guiados hasta los aposentos de Uni. Las puertas se abrieron. Los oficiales de seguridad se alinearon contra la pared. Vox y Uni estaban en medio de la sala, esperándoles. Obi-Wan se dio cuenta de que Vox temblaba de ira.

—Como siempre, hemos comprobado que es imposible fiarse de los Jedi —escupió Vox—. Os invitamos a compartir nuestra casa y nos traicionáis. ¡Alguien ha entrado en nuestros archivos confidenciales!

Den, pensó Obi-Wan, desesperado. Tenía que haber recordado que Den no era el ladrón más dotado del mundo, por mucho que ésa fuera su profesión.

—¿Nos estás acusando? —preguntó Obi-Wan.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Vox.

—Nosotros no hemos sido —dijo Obi-Wan sin faltar a la verdad.

—¿Me vas a decir que no estáis implicados? —dijo Vox con voz burlona. Hizo un gesto con la mano—. Da igual. Mi hijo y yo sabemos de primera mano que a la Orden Jedi le encanta tergiversar la verdad...

—¡Eso no es cierto! —estalló Anakin—. Los Jedi no mienten.

Vox miró a Anakin con desprecio.

—¿Y tú qué sabes, chaval? ¿Te ha contado tu Maestro que mató a otro chico y que mintió sobre ello? No, ya me lo imaginaba.

—Eso no es cierto —replicó Anakin.

—Ahora no estamos discutiendo el pasado —dijo Uni, poniendo una mano sobre el brazo de su padre—. Hablamos del presente. Tú has violado nuestra confianza, Obi-Wan Kenobi. Exigimos que llames a tu transporte para que venga a recogeros. Hasta entonces, no podrás salir de tu habitación. —Uni habló con más calma que su padre, pero Obi-Wan se dio cuenta de que había furia y una sensación de triunfo en sus ojos, como si Uni hubiera esperado que Obi-Wan metiera la pata. Estaba encantado de tener una excusa para expulsar a los Jedi de su nave. Lo que había entre ellos seguía perteneciendo al terreno de lo personal.

—Estoy aquí en nombre del Senado —intentó decir Obi-Wan—. Si nos ordenáis marcharnos antes de terminar la investigación, habrá otra mucho más completa. El Senado no se lo va a tomar a bien, y más al no existir prueba alguna que respalde esa acusación.

Una expresión preocupada pasó momentáneamente por el rostro de Uni, pero Vox rechazó el comentario con un gesto de la mano, como si fuera un molesto insecto.

—Eso no nos preocupa —dijo Vox—. El Senado no nos asusta.

—Llama ahora mismo a tu nave —dijo Uni—. No permitimos que los extraños aterricen en el *Biocrucero*, pero haremos una excepción. Y tu comunicador queda confiscado.

Obi-Wan consideró las opciones que tenía. Podían resistirse. Escapar de aquella habitación no iba a ser difícil. No le preocupaba en absoluto la seguridad de la sala, aunque sin duda a Uni y a Vox les tranquilizaba la presencia de sus guardias.

¿Pero adonde podían ir? Podían ocultarse por la nave, Den les ayudaría. Pero ¿qué conseguirían con eso? No había visto ninguna prueba de que sus habitantes fueran manipulados o maltratados. No había razones de peso para enfrentarse a Vox y Uni en aquel momento.

La discreta mirada triunfal de Uni cobró vida de repente. Había conseguido arrinconar a Obi-Wan, y lo sabía.

Obi-Wan cogió su comunicador y lo activó. Introdujo la frecuencia de Garen.

—Hemos terminado —le dijo—. Necesitamos que vengas a buscarnos —le dio las coordenadas que Uni le facilitó.

—Cuanta prisa te has dado. Tienes suerte de que esté cerca, en el sistema Tentrix. Estaré allí en una hora —respondió Garen.

Cortaron la comunicación. Uni asintió satisfecho y estiró el brazo. Obi-Wan le entregó el intercomunicador. Luego se volvió hacia Anakin. Tras un gesto de aprobación de su Maestro, Anakin entregó su intercomunicador a Uni.

—Se os entregarán antes de vuestra salida —dijo Uni.

—Al contrario que vosotros, nosotros no somos ladrones —dijo Vox entre dientes.

—Los guardias os escoltarán de vuelta a vuestros cuartos —dijo Uni—. No volveré a verte, Obi-Wan Kenobi —sonrió por primera vez—. Y he de admitir que me alegro.

Capítulo 18

Obi-Wan solicitó que se permitiera a Anakin esperar con él en su camarote. Tras un momento de indecisión, el primer guardia accedió. La puerta se cerró con un siseo, y ambos quedaron a solas.

—¿De verdad vamos a irnos? —preguntó Anakin.

—Nos queda una hora —dijo Obi-Wan—. Deberíamos ser capaces de averiguar algo en ese tiempo. Ojalá Uni no nos hubiera quitado los intercomunicadores. Estaba esperando la llamada de Tnani contándome lo del historial de Kern.

—¿Pero qué vamos a hacer aquí encerrados? —preguntó Anakin.

—No nos han quitado los sables láser —señaló Obi-Wan—. Creo que sabían que no los entregaríamos tan fácilmente. Podemos salir de aquí si queremos, pero no creo que sea necesario hacer un agujero en la puerta.

Anakin sonrió.

—¿Den?

Obi-Wan asintió.

—Estoy seguro de que nos ayudará. Bueno, ¿qué conclusiones has sacado de este último encuentro?

Anakin se sentó y procuró concentrarse.

—Vox tenía miedo —dijo al fin.

Obi-Wan asintió.

—Bien.

—Es difícil distinguir el miedo de la ira —prosiguió Anakin lentamente—, pero percibí miedo alimentando la ira.

—No sabemos si puede averiguar que buscábamos información sobre Kern —dijo Obi-Wan—. Habrá que suponer que Den fue lo bastante listo como para borrar su rastro. Pero Vox sabía que estábamos buscando los archivos de texto, y eso bastaba para ponerle nervioso. Es buena señal. Den tenía razón. Algo pasa aquí. ¿Algo más?

—En el momento en que tendría que haberse puesto nervioso, no lo hizo —dijo Anakin—. Cualquiera en su situación se habría preocupado pensando cómo reaccionaría el Senado si expulsaba a dos Jedi de su nave. Después de todo, no tenían pruebas de que estuviéramos involucrados en el robo de los documentos. Uni parecía preocupado. Pero ésa parecía ser la menor de las preocupaciones de Vox.

—Muy bien, padawan —le felicitó Obi-Wan—. No podría pedir una interpretación más fiel de los hechos.

Anakin le miró de reojo.

—Y si soy tan perceptivo, ¿por qué no confías en mí?

Sorprendido ante la repentina pregunta, Obi-Wan se sentó frente a Anakin. Recordaba que Qui-Gon también le había ocultado cosas, y ahora entendía las prevenciones de su Maestro. Pero también recordó cómo la decisión de Qui-Gon de compartir su pasado con él contribuyó a mejorar su relación. Y eso era lo que él quería para Anakin y para él.

Era hora de contar a su padawan lo de Bruck.

Se tomó su tiempo. Le explicó lo del sabotaje del Templo, su historia con Bruck y la agonía de ver morir a una persona conocida. Le contó lo de la vista que se celebró en el Senado, pero no le explicó la sensación de culpa que tenía. Tampoco tenía por qué conocer todos los detalles.

Anakin, sin poder creérselo, negó con la cabeza cuando Obi-Wan terminó de contarle la historia.

—Pero ¿cómo pudieron sospechar de ti?

La mirada de Obi-Wan se nubló.

—Bruck y yo jamás nos llevamos bien. Tras su muerte, yo me pregunté si fui totalmente fiel a mis principios Jedi. En lugar de afrontar su ira con la mía, ¿habría podido absorberla sin quejarme?, ¿podría haberme detenido a entender las causas?, ¿habría cambiado eso en algo la vida de Bruck?

Su mirada se fue despejando, y se posó en Anakin con su amabilidad natural.

—Ahora entenderás por qué los Maestros Jedi del Templo suelen hablarte de la ira y del miedo, Anakin. Porque saben lo que pueden causar. Y yo también.

—Y yo —dijo Anakin—. ¿O no recuerdas que fui esclavo e hijo de esclava? Yo no crecí en el Templo

rodeado de fuentecitas, paz y amabilidad. Creo que sé mejor que nadie lo que pueden provocar el miedo y la ira.

La voz de Anakin sonó áspera de repente. Obi-Wan se detuvo, dejando que el tono se suspendiera en el aire entre ellos.

—No lo he olvidado, Anakin —dijo lentamente—. Y tú tampoco deberías. Es parte de lo que eres. Pero si ese recuerdo te sigue provocando rabia, deberías intentar encontrar la forma de enfocararlo de otra manera.

Alguien llamó a la puerta con suavidad.

—¿Estáis ahí? —dijo Den en voz baja.

Obi-Wan se acercó rápidamente.

—Nos han encerrado. ¿Puedes sacarnos de aquí?

Den se rió.

—¿Que si puedo? ¿Que si puedo, dices? ¿Cómo que si puedo?

—Vale, Den —dijo Obi-Wan desde el otro lado de la puerta—. Pero primero necesitaremos un intercomunicador. Tengo que llamar al Templo.

—Sin problemas —murmuró Den—. Volveré antes de que os deis cuenta. No os mováis de ahí.

Luego oyeron sus pasos alejándose.

—Volvamos a Vox Chun —dijo Obi-Wan—. Si ambos nos hemos dado cuenta de que le daba igual lo del Senado, convendría reflexionar sobre la causa.

—No se me ocurre qué puede ser —confesó Anakin.

—Hay dos opciones —dijo Obi-Wan, pensativo—. Una es que Vox tenga un poderoso aliado en el Senado que allane el camino al *Biocrucero*. La otra, y ésta es todavía más inquietante, que Vox esté aliado con una organización todavía más poderosa que el Senado. —Obi-Wan se levantó y empezó a andar por la habitación—. La galaxia ha cambiado. Hay mucho crimen organizado, y algunas de sus organizaciones son muy poderosas. Y, con el Senado sumido en sus eternas polémicas, no les ha costado mucho controlarlo todo. Hasta el Canciller Palpatine se ve incapacitado para frenar su crecimiento.

—Si la segunda opción es cierta, ¿crees que una organización tan poderosa podría estar interesada en el *Biocrucero*? —preguntó Anakin.

—Es una nave que cuenta con unas buenas arcas —musitó Obi-Wan—. Pero atacar una nave de este tamaño tiene muchos problemas logísticos. Probablemente no quieran destrozarla porque perderían el dinero. Puede que haya otra razón, algo que todavía no sepamos.

Escucharon una serie de pitidos procedentes de la puerta, que se abrió de repente. Den entró rápidamente y la puerta siseó al cerrarse tras él. El hombre entregó un intercomunicador a Obi-Wan.

—¿Ves? Yo siempre puedo sacarte de un problema —dijo con una amplia sonrisa.

—Eres tú quien nos ha metido en un problema —indicó Obi-Wan—. Vox y Uni se enteraron de que alguien entró en sus archivos.

—¡Qué dices! —exclamó Den, llevándose una mano al corazón—. Lo hice lo mejor que pude. Nadie es perfecto.

Obi-Wan llamó a Tnani al Templo. Al cabo de un momento, se escuchó su voz al otro lado.

—Obi-Wan, te he estado llamando. Alguien respondió, pero no utilizó la frecuencia codificada.

—Me confiscaron el intercomunicador —explicó Obi-Wan—. ¿Qué has averiguado?

—El historial de Kern puede pasar por normal hasta cierto punto —dijo Tnani—. Pero investigando más a fondo averigüé que era una identidad ficticia. El tal Kern murió hace ocho años. Y lo más curioso es que era un agente del Senado.

—Un sin-nombre —dijo Obi-Wan.

—Así los llaman. Generalmente, esos nombres se retiran, pero alguien ha resucitado éste.

—Gracias, Tnani —Obi-Wan se giró hacia los otros—. Si Kern está aliado con Vox, será porque planean algo. Y si sospechan que podemos llegar a desenmascararlos, puede que adelanten sus planes.

—Ahora mismo hay una reunión general en el gran salón, dos pisos más abajo —les dijo Den—. Es obligatorio que asista todo el mundo salvo los servicios mínimos. La habitación de Vox está vacía —alzó el pequeño dispositivo que empleaba para quebrantar el sistema de seguridad de la puerta—. Puedo entrar en ella.

Anakin se levantó de un salto.

—¿A qué esperamos?

No se encontraron con nadie camino de los aposentos de Vox. Den apenas tardó tres segundos en abrir la puerta. El dormitorio era acogedor y confortable, casi el doble de grande que el de Uni. Obi-Wan, Anakin y Den se pusieron a investigar la estancia, repasando los holoarchivos de Vox. No vieron nada sospechoso.

—Pero, lógicamente, nunca dejaría a la vista nada que pudiera incriminarlo —dijo Den, repasando con la

vista la sala—. Veamos. Cada uno suele ocultar las cosas según su naturaleza. Vox es vanidoso y perezoso, jamás le he visto ayudar en nada en la nave. Y es un debilucho. —Den se acercó a la cama y se tumbó a modo de experimento—. ¿Lo veis? Lo tiene todo a mano para no tener que levantarse. El intercomunicador, el monitor, la luz, el espejo... Ya os dije que era un vanidoso... —Den se acercó a los botones de la consola para verlos de cerca—. ¿Y esto por qué tiene tantos botones?

Den pulsó uno y se abrieron las puertas del armario. Otro, y se encendió la luz del lavabo. Pulsó botones, palancas y ruedecillas, abriendo varias puertas y activando las luces. Pulsó un botón y de repente se escuchó música estruendosa. Anakin se tapó los oídos.

—Me encanta comprobar que sigues siendo igual de discreto —gritó Obi-Wan para hacerse oír, mientras Den se caía de la cama al intentar apagar la música.

El ruido se detuvo de repente. El silencio era total. Den no se movió del suelo.

—¿Den?

—Vaya, vaya. ¿Y esto qué es? Otro panel de control —Den extendió el brazo y pulsó un botón que estaba justo debajo del somier, donde llegaba fácilmente alguien que estuviera tumbado.

La gruesa cajonera de debajo de la cama salió deslizándose y dio a Den en la cabeza. Pudieron ver un cajón secreto, astutamente oculto debajo de la cama.

—¡Ay! —gritó, frotándose la frente.

Obi-Wan se acercó rápidamente.

—¿Qué es?

Den se agachó para mirar dentro del compartimento y dejó escapar un silbido de admiración.

—Parece que alguien no entrega su calderilla a la tesorería —dijo—. Mira todo este vertex cristalino. Válido en toda la galaxia. —Den alzó las manos llenas de la divisa—. ¿Os imagináis qué cara pondría si esto desapareciera? —Den imitó la cara larga y huesuda de Vox y añadió una mueca de horror.

—Déjalo ahí —le dijo Obi-Wan con severidad.

—Estás de broma, ¿verdad? —le preguntó Den, esperanzado.

—¿Tengo que recordarte que ya no eres ladrón? —indicó Obi-Wan.

Den suspiró y dejó que el vertex le cayera entre los dedos, de vuelta al cajón.

—A ver qué pasa con el siguiente botón. Esta vez mantendré las distancias —Den saltó sobre el colchón para protegerse, pulsó el botón y apareció otro compartimento secreto.

Obi-Wan se acercó rápidamente.

—Aquí también hay un holoproector. Ahora sí que estamos llegando a alguna parte —Obi-Wan activó rápidamente el dispositivo y entró en el directorio de archivos.

—Veamos —murmuró el Maestro Jedi—. Aquí tenemos un itinerario de las paradas que hará el *Biocrucero* en los próximos seis meses.

—Qué raro —dijo Den—. Yo pensaba que las paradas no se planeaban con antelación. Que simplemente avanzábamos hasta tener algún problema, y entonces buscábamos el planeta más cercano. O al menos es lo que quieren que pensemos.

—Y aquí hay un plano de evacuación de la nave —Obi-Wan abrió el archivo—. Parece rutinario. Pero ¿qué le importan a Vox Chun los procedimientos de seguridad?

—Vaya, vaya. Yo pertenecí al primer comité que diseñó el plan. Él jamás vino a las reuniones. ¿Y eso qué es? —Den señaló un icono en la parte inferior del plano. Obi-Wan lo tocó y se abrió otro archivo. Se titulaba: *Círculo roto*, pero estaba en blanco.

—Quizás esté codificado —dijo Den—. Los holoarchivos pueden aparentar estar en blanco si no se introduce la contraseña. No os preocupéis, amigos, no ha nacido código que yo no pueda descifrar. Sólo me hace falta algo de tiempo —miró el crono de la mesa de Vox—. Pero será mejor que regresemos. La reunión ha terminado. Pero esto nos lo llevamos con nosotros —Den se agachó, cogió la pequeña unidad de holoproyección y se la metió dentro de la camisa.

—Pero Vox se dará cuenta de que no está —dijo Anakin.

—¿Y qué? —dijo Den con una sonrisilla maliciosa—. Cuando se dé cuenta, ambos estaréis a medio camino de Coruscant.

Ya estaban junto a la puerta cuando Obi-Wan se fijó en una luz que parpadeaba en el panel de control principal de Vox.

—¿Qué es eso?

Den se aproximó para averiguarlo.

—Una nave se acerca al hangar. ¿Podría ser la vuestra?

—Si lo es, más nos vale regresar a nuestros camarotes —dijo Anakin... justo antes de oír pasos junto a la puerta.

Capítulo 19

Obi-Wan les indicó que se escondieran en el armario. Prefería evitar enfrentamientos. Era vital que consiguieran sacar de allí el holoprojector para que Den pudiera descifrar el código del archivo *Círculo roto*.

Se metieron en el gran armario de Vox, apiñados entre los incontables hábitos y las numerosas túnicas de fina tela. Obi-Wan no cerró la puerta del todo.

Vox entró en la estancia y se acercó inmediatamente a su cama. Abrió el cajón oculto lleno de vertex cristalino. Obi-Wan pudo oír a Den soltando un ahogado lamento al ver a Vox metiendo el vertex en una cartera.

Se la guardó en la túnica y echó un vistazo a su alrededor un momento, abarcando con la mirada toda la habitación. Luego salió rápidamente, cerrando la puerta tras él.

Salieron del armario.

—Si se lleva todo el vertex, es que pasa algo —dijo Den.

—¿Podrías llevarnos al hangar para encontrarnos con Garen sin que nos vean? —preguntó Obi-Wan—. Nos vendría bien contar con otro Jedi.

—¿Que si puedo? ¿Tú qué crees? —sonrió Den.

Den conocía los corredores menos frecuentados de la nave, por donde se llevaba la comida y los suministros de una zona a otra. Podía llevarlos hasta el hangar sin que nadie los viera.

Se quedaron cerca de la zona de tuberías. La aerodinámica nave de Garen había aterrizado ya, y el piloto hablaba con los técnicos del *Biocrucero*.

—Si todavía no nos han dado por desaparecidos, lo harán pronto —dijo Obi-Wan—. Hay que llamar la atención de Garen.

Anakin se concentró. Atrajo la Fuerza desde todos los elementos que le rodeaban. Hizo un gesto hacia Garen y vio que él alzaba la mirada. Inspeccionó con la mirada todo el hangar y se detuvo en el sitio donde estaban escondidos.

—Ya sabe que estamos aquí —dijo Anakin.

Den le miró atónito.

—¿Cómo lo has conseguido? —Negó con la cabeza—. ¿De verdad que es demasiado tarde para convertirme en Jedi? No me vendrían mal esas habilidades. Por no hablar del sable láser.

—Sí, es demasiado tarde —dijo Obi-Wan con los ojos fijos en Garen.

Garen charlaba animadamente con uno de los técnicos del *Biocrucero*, abriendo los brazos para abarcar el gran hangar. Obi-Wan se dio cuenta de que su amigo estaba alabando la nave y el diseño. El técnico asintió, señalando al espacio, y se marchó. Garen empezó a andar por el hangar como si tal cosa, simulando admirar las instalaciones.

Y, poco a poco, se fue acercando a ellos.

—¿Qué pasa?

Obi-Wan habló en voz baja.

—Las cosas han cambiado. Necesitamos que te escabullas y vengas con nosotros.

—Encantado —Garen echó un vistazo a los técnicos. Estaban ocupados con los paneles de control, así que no tardó en mezclarse con las sombras de las tuberías.

Obi-Wan le explicó rápidamente la situación.

—Antes de irnos de aquí tenemos que descubrir lo que Vox Chun se trae entre manos —dijo para terminar—. Tengo la sensación de que los habitantes del *Biocrucero* podrían correr peligro.

Garen asintió muy serio.

—Conozco un lugar en el que podríamos escondernos hasta que descifre el código —dijo Den—. No está lejos de aquí.

Volvieron por donde habían venido. Al llegar al pasillo de servicio que habían utilizado para entrar, Den se dio bruscamente la vuelta y les indicó que hicieran lo mismo.

—Viene Kern —susurró—. ¿Por qué irá al hangar?

Volvieron a ocultarse entre las sombras de las columnas que aguantaban la estructura. Kern pasó ante ellos con expresión de agobio.

Garen frunció el ceño.

—¿Quién es ése?

—Creemos que un aliado de Vox —le dijo Obi-Wan—, pero todavía no tenemos pruebas.

Garen asintió, pero su expresión seguía pareciendo abstraída.

—Me suena bastante.

—Vamos —les apremió Den.

Les guió a través de un laberinto de pasillos secundarios hasta el invernadero en el que criaba las flores y verduras procedentes de Telos. Al ver las plantas moradas en flor, Obi-Wan recordó de repente un viaje en deslizador por los campos y las montañas de Telos, muchos años antes. Habían luchado mucho para salvar Telos, pero sus bellezas naturales habían acabado destruidas. Offworld inició el proceso con el nombre de la compañía UniFy, y luego otros retomaron la tarea donde Offworld la dejó.

Los recuerdos inundaron a Obi-Wan.

—*Círculo roto* —dijo a Den—. ¿Qué pasó con Offworld tras ser expulsada de Telos?

—Creo que siguieron devastando el resto de la galaxia —dijo Den—. Tengo entendido que se reorganizaron con un nombre distinto. Jamás se les permitió volver a operar en Telos.

—Xánatos tenía una cicatriz en la mejilla —dijo Obi-Wan—. Se la hizo a sí mismo apretándose el anillo derretido de su padre contra la piel. Fue Qui-Gon quien rompió el anillo con su sable láser. Era un círculo roto.

—¿Crees que *Círculo roto* hace referencia a Offworld? —preguntó Garen.

—Sería lógico —dijo Obi-Wan—. Vox estaba aliado en secreto con Xánatos y Offworld. ¿Y si nunca dejó de estarlo? Offworld acostumbraba a crear compañías falsas para ocultar su participación.

—Entonces cabe la posibilidad de que Vox nunca dejase de trabajar para ellos —dijo Den, animado—. Voy a descifrar este código.

Den encendió el holoproector rápidamente e introdujo la contraseña "Offworld", pero no pasó nada.

—Prueba con "UniFy" —sugirió Obi-Wan.

Den escribió la palabra.

—Funciona —dijo satisfecho. Los demás se acercaron para poder ver el archivo.

—Teníamos razón —dijo Obi-Wan—. Son los archivos de una corporación minera.

Anakin se vino abajo.

—Pero esto no es más que una lista de operaciones planetarias. No creo que sea muy útil.

Obi-Wan y Den se miraron.

—A menos que...

Den asintió sombrío. Abrió el archivo que enumeraba las paradas programadas del *Biocrucero*.

—Hasta ahora, todos los planetas en los que ha parado el *Biocrucero* eran objetivo de desarrollo para Offworld —dijo Obi-Wan—. Y Vox Chun siempre está en el comité de bienvenida.

—Y no precisamente con buenas intenciones. Para sobornar o para intimidar, quién sabe —dijo Den—. Y lo cierto es que le ha salido bien. El *Biocrucero* aparece en un planeta, y pocas semanas después el planeta permite a Offworld operar en él. Es un sistema muy bueno. Kern está en la sala de lecturas. Él es quien dice si hay que parar a repostar o para hacer reparaciones. No lo hacen muy a menudo para no levantar sospechas. Nosotros orbitamos alrededor del planeta en cuestión, y Vox baja para hacer el trabajo sucio de Offworld. Ahora entiendo por qué tenía el cajón secreto lleno de vertex cristalino. Probablemente lo emplee para los sobornos.

—¿Crees que Uni lo sabe? —preguntó Anakin.

—No hay forma de averiguarlo —dijo Den—. Pero no lo creo. No estoy muy de acuerdo con las cosas que dice, pero no creo que sea un sinvergüenza como su padre.

—Yo tampoco —asintió Obi-Wan.

—Pero ¿por qué se dirigía Kern ahora hacia el hangar? —se preguntó Den—. ¿No pensará abandonar la nave?

Obi-Wan se echó hacia delante y contempló la lista de planetas en los que Offworld tenía operaciones mineras.

—¿Qué sistema tenemos cerca ahora, Garen? —preguntó.

—Tentrix —respondió Garen—. Está apenas a unas horas de aquí.

—Eso debe de ser TRX. Es el único sistema que aparece codificado —Obi-Wan pulsó en las siglas y apareció un nuevo archivo. Una vez más, se acercaron para estudiarlo.

Al cabo de un rato, Den suspiró profundamente.

—Vaya, vaya —dijo con voz ronca—. No puedo creerlo. Veamos de nuevo los planos de evacuación.

Den activó el archivo de evacuación y estudió cuidadosamente los mapas durante un rato.

—Este plan es distinto del oficial —dijo al fin—. El oficial designa una serie ascendente de códigos de alarma que se van activando poco a poco para que nadie sea presa del pánico. Hay que hacer uso de una gran organización y de mucho control para evacuar a tantos seres. Pero este plan ordena la activación directa del Código Cinco. Ese código indica que el casco de la nave se ha roto y que hay que proceder a la salida inmediata. Y también dicta que el código se emita desde la sala de lecturas..., no desde el puente de mando.

—Kern —dijo Anakin.

—Qué inteligente —dijo Obi-Wan—. Se lanza un falso Código Cinco. Se envía una falsa señal de alarma. ¿Y quién responde a ella?

—Las naves de Offworld —dijo Garen en tono sombrío.

—Según el plan de *Círculo roto*, todos los seres saldrán del *Biocrucero* —prosiguió Obi-Wan—. Los androides de Offworld abordarán la nave y se quedarán en ella, pero no para ayudar en el rescate, sino para hacerse con las arcas de la tesorería. Entonces, Offworld hará explotar el *Biocrucero*. Ninguno de los seguidores de Uni se dará cuenta de que la nave explotó de forma intencionada. Los de Offworld quedarán como héroes, y nadie sabrá que robaron las arcas del tesoro.

—¿Y cómo va a hacer explotar la nave? —preguntó Anakin.

—Deben de haberla preparada de antemano para ello —dijo Den, quedándose pálido—. Lo que significa que ya ha sido sabotada.

—Ya hemos comprobado que Kern conoce los entresijos de un motor —dijo Anakin.

—¡Kern! —exclamó Garen de repente—. Ya sé de qué le conozco. Se llama Tarrence Chenati. Él sabotó los cazas Jedi hace doce años. Desapareció sin dejar rastro.

—Y le dieron una nueva identidad —dijo Obi-Wan—. Qué curioso que Vox estuviera cerca en ambas ocasiones, ¿no?

—¿Crees que fue responsable del sabotaje de los cazas? —le preguntó Garen muy serio.

—De no ser así, menuda coincidencia —observó Obi-Wan—. Vox quería malograr la reputación de los Jedi y distraer nuestra atención... —frunció el ceño—. Lo que me recuerda una cosa que me contó Qui-Gon cuando Xánatos sabotaba el Templo. La clave para destruir algo es la interrupción, la desmoralización y la distracción —Garen y él se miraron—. Vox quería ganar aquella vista en el Senado. Y, desde luego, consiguió distraernos e interrumpirnos. Creo que hemos resuelto el misterio de quién sabotó los cazas.

—¿Os importa que volvamos al presente? —preguntó Den—. Odio recordároslo, pero esta nave podría saltar por los aires en cualquier momento.

—Tenemos que ir a ver a Kad —dijo Obi-Wan—. Tiene que saber esto. Den, intenta encontrar a Kern.

—¿Crees que Kad estará dispuesto a escuchar? —preguntó Anakin receloso—. Eres su peor enemigo.

—Eso da igual —dijo Obi-Wan—. Tenemos que intentarlo.

Capítulo 20

Kad se quedó lívido. Estaba tan furioso que apenas podía hablar.

—¿Pero cómo te atreves a acusar a mi padre de eso?

—Tenemos los archivos holográficos —dijo Obi-Wan—. Y tu padre tiene una cartera llena de vertex. Si tan sólo le echaras un vistazo...

Vox Chun permaneció impasible durante toda la acusación de los Jedi. En ese momento, se levantó y les señaló con un dedo tembloroso.

—¡Mentirosos y ladrones! Nada ha cambiado, hijo mío.

—¿Tantas ganas tienes de destruir a mi familia? —preguntó Kad a Obi-Wan con voz ronca—. ¿Tanto nos odias?

—No es el odio lo que me trae aquí —dijo Obi-Wan con sinceridad—. Es la justicia y la seguridad de los moradores del *Biocrucero*. Las naves de Offworld nos rodearán en cualquier momento.

—Supongo que éste es vuestro piloto —dijo Kad, señalando a Garen—. Os ordeno que abandonéis la nave. Ésta es la última vez que turbáis mi paz. ¡Fuera! —Gritó esta última palabra con el rostro repentinamente enrojecido por la ira.

En ese momento, el sistema de megafonía del panel de Kad empezó a sonar.

—Atención, atención —dijo una voz—. Una serie de naves ha rodeado al *Biocrucero*. Afirman haber recibido una señal de socorro. No encontramos dicha señal. Rogamos orientación al respecto.

Kad movió la cabeza de un lado a otro, como si aquello le doliera. Por último, miró fijamente a su padre.

—¿Has hecho tú esto? —le dijo con voz ronca.

Vox no dijo nada.

—¡Responde! —de repente, su voz se llenó de fuerza.

Vox dio un paso hacia su hijo.

—Puedes venir conmigo, si quieres. Ellos cuidarán de nosotros, lo prometieron...

—¡No! —Kad se tapó las orejas con las manos, como un niño, pero las dejó caer—. Me has traicionado. Has traicionado mi causa...

—Tu causa —repitió Vox—. Yo no tuve en ella ni voz ni voto. No soy más que un viejo.

—Pero te has asegurado de que a ti no te pasará nada, claro —dijo Kad, resentido—. ¿Acaso no te di todo lo que quisiste? ¿Los mejores aposentos de la nave, la posibilidad de visitar otros planetas? Aquí vivías bien. No necesitabas dinero. ¿Cómo puedes ser tan codicioso?

—No quiero dinero —respondió Vox, echándose la capa por encima—, sino poder. Tu filosofía sólo acierta en una cosa, hijo mío. La galaxia está cambiando. La corrupción está por todas partes. ¡Y yo no pienso quedarme atrás! Jamás has llegado a entender que no se puede ser compasivo si se quiere ganar. Tengo amigos poderosos, siempre los he tenido. Sí, nunca me detengo ante nada para conseguir lo que quiero. Busqué justicia hace doce años. Tú también. ¿Qué más da si sabotéé unos cuantos cazas para conseguirla?

Kad se enderezó y miró a su padre fijamente, con la frialdad del acero.

—Se acabó. Voy a informar a las naves de Offworld de que el *Biocrucero* no está en peligro. Entonces podrás escoger el planeta que quieras y te llevaremos allí. Y no volveré a verte nunca más.

Vox pareció estremecerse ante el tono gélido de su hijo.

—Supongo que no me queda más remedio que estar de acuerdo —salió de la estancia sin mirar atrás.

Kad se alejó de los Jedi un momento para recobrar el ánimo. Cuando se volvió de nuevo hacia ellos, tenía los ojos secos.

—No tenía ni idea de esto —dijo.

—Lo sabemos —le respondió Obi-Wan.

De repente, la nave se vio sacudida por una explosión. Kad cayó al suelo. Obi-Wan y Garen se plantaron firmemente en el suelo y aguantaron en pie. Anakin se tambaleó.

El intercomunicador que Den le había dado empezó a sonar. Obi-Wan lo activó y escuchó la agitada voz de Den.

—¡Kern ha sabotado la nave! ¡Se está partiendo en dos!

Capítulo 21

Obi-Wan, Anakin y Garen corrieron hacia el hangar. Kad intentó mantener su ritmo, pero se quedó atrás. Cuando los Jedi llegaron a la zona de aterrizaje vieron a Den intentando retener a Kern y a Vox por todos los medios, impidiéndoles entrar en la cápsula de salvamento. Kern había desenfundado la pistola láser. Den, que no estaba armado, cogió una hidrollave de tuercas en un valiente y desesperado intento por defenderse.

Obi-Wan convocó a la Fuerza. Elevó una mano, y unas cajas que contenían equipo salieron disparadas de una pila para situarse justo entre Kern y las puertas de la cápsula de salvamento, lo cual también sirvió para proteger a Den.

Vox cogió a Kern por el brazo.

—¡Me has robado el tesoro! ¡Ése no era el plan! ¿Qué va a hacer Offworld sin mí?

Kern se lo quitó de encima e intentó apuntar a Den.

—¡Vete de aquí, viejo! —vio a los Jedi y apuntó la pistola hacia ellos.

Garen y Obi-Wan rechazaron los disparos mientras corrían, blandiendo los sables láser en círculo, dibujando llamaradas en el aire. El enclenque Vox hizo acopio de fuerzas y rodeó las cajas que le separaban de la cápsula. Abrió las puertas y se metió dentro.

Kern saltó torpemente por encima de las cajas, sin interrumpir la lluvia de proyectiles que disparaba contra los Jedi. Obi-Wan saltó hacia delante, utilizando la Fuerza para cubrir la gran distancia. Aterrizó justo frente a Den.

Kern se giró con facilidad, disparó a Vox y se metió él mismo en la nave. Vox cayó herido al suelo.

—¡Padre! —gritó Kad. Acababa de llegar al hangar y se precipitó rápidamente hacia donde estaba Vox.

Kern apuntó a Kad mientras seguía entrando de espaldas en la cápsula. Anakin saltó hacia delante para rechazar el disparo, mientras Obi-Wan se dirigía a las puertas de la nave. Pero ya era tarde. Kern entró por fin y la cápsula salió disparada.

Kad corrió hacia su padre y se arrodilló junto a él. Garen comprobó las constantes vitales de Vox y negó con la cabeza, mirando a Obi-Wan. Se mona.

La nave se estremeció al sufrir otra explosión. Los técnicos echaron a correr hacia el hangar para preparar las cápsulas de salvamento. Kad permanecía ajeno a todo aquello, rodeando con sus brazos a su padre moribundo.

Vox se quedó sin color en los labios.

—Perdóname, hijo.

Las lágrimas cayeron como una suave lluvia desde las mejillas de Kad al rostro de su padre. El hijo fue limpiándoselas poco a poco, con gran cuidado.

—Sí, padre —dijo—. Te perdono.

Vox apenas consiguió asentir. Luego, mirando todavía a su hijo, murió.

Kad agachó la cabeza sobre su padre. Obi-Wan indicó a los demás que se apartaran un poco.

—Tenemos que sacar a todo el mundo de la nave —dijo—. No me cabe duda de que si Kern se la jugó a Vox para quedarse con el botín, habrá programado la nave para que explote en mil pedazos.

Entonces apareció Andra, corriendo hacia ellos a toda prisa. De pronto vio la escena de Kad agachado sobre el cuerpo de su padre. Una nueva explosión hizo temblar la nave.

—¿Qué pasa? —preguntó, con miedo en los ojos abiertos de par en par.

—Hay que evacuar la nave —le dijo Den—. Kern la ha sabotado.

—También nos atacan —les contó Andra—. Las naves que acudieron al recibir la falsa llamada de socorro nos disparan. El escudo de defensa ha sido sabotado.

Anakin dio un paso adelante.

—Hay que combatirlos desde el aire.

Obi-Wan se dio cuenta de que su padawan tenía razón. También sabía que Anakin quería formar parte de esa lucha. Su necesidad de proteger al chico luchó en su interior con la certeza de que era un piloto extraordinario. Anakin miraba expectante a Obi-Wan. Su expresión no le pedía permiso. Era la mirada firme de un Jedi, no de un niño.

Obi-Wan se giró hacia Andra.

—¿Tenéis alguna nave de ataque rápido?

Ella asintió.

—Somos pacíficos, no imbéciles.

—Anakin la pilotará.

—Yo llevaré mi nave —dijo Garen—. Vamos, Anakin.

—Yo organizaré la evacuación con Andra —dijo Den—. No hay tiempo que perder.

Kad se levantó del suelo.

—A mí me necesitan en el puente de mando. Habrá que buscar el puerto más cercano.

El intercomunicador de Kad comenzó a pitar, y se escuchó una voz alarmada.

—¡Un equipo de androides de ataque ha abordado la nave! ¡Están...!

Entonces se oyó por el intercomunicador una ráfaga de disparos láser, y la voz se apagó.

Capítulo 22

—Dejadme los androides a mí —dijo Obi-Wan. Se metió el sable láser de nuevo en el cinturón y salió de allí.

Avanzó a toda prisa por los pasillos de la inestable nave. Mientras corría, su mente repasó las cosas que sabía, buscando lo que no encajaba. Qui-Gon le enseñó que ni siquiera en plena batalla podía dejar de reflexionar.

Vox acusó a Kern de robar el tesoro. Si Offworld sabía que Kern iba a robar el tesoro antes de abandonar la nave, ¿para qué enviar androides de abordaje?

La única respuesta era que Offworld no sabía que el botín había sido robado. O Kern había engañado a Offworld o era un agente doble que no trabajaba ni para unos ni para otros.

Pero eso podía dejarlo para otro momento. Obi-Wan supuso que los androides seguirían el plan original y se dirigirían a la sala de lecturas técnicas, para después ir a por el botín. Deseó estar en lo cierto.

Entró rápidamente en la sala de lecturas. Había dos técnicos en el suelo, aturdidos por sendos disparos láser. Otro técnico se había ocultado detrás de los paneles. Los androides avanzaban hacia él soltando una ráfaga constante desde el pecho y los puños.

Obi-Wan se abalanzó sobre ellos, sin dejar de blandir el sable láser. Con los androides de ataque no había que preocuparse por esmerarse en la estrategia. No tenían la capacidad de improvisación de un ser vivo. Sólo eran implacables, con una capacidad de fuego rápida y potente.

Obi-Wan podría haberle pedido a alguien que le cubriera los flancos, pero se cubrió aprovechando la defensa natural que le proporcionaban las columnas y los paneles de la sala. Utilizó movimientos amplios para derribar a dos androides al mismo tiempo. Dio una voltereta por el aire, a demasiada velocidad para que un androide pudiera seguirla. Decapitó a uno y arrancó a otro de su panel de control frontal.

Se giró y de una patada hizo saltar por los aires a uno de sus oponentes, pero otro consiguió ponerse en su flanco. Un disparo láser le alcanzó en el brazo, pero él siguió moviéndose y partió al androide en dos.

Estaba herido, pero no sabía hasta qué punto. El brazo izquierdo le dolía y estaba inutilizado. Obi-Wan pasó al ataque bajo, agachándose y utilizando una rápida combinación de golpes altos para acabar con el resto de los androides.

Por fin, se detuvo. Tenía la cara y la túnica empapadas en sudor. El suelo estaba lleno de restos de androides. Se sintió mareado por la herida.

El técnico que se había ocultado tras los paneles apareció de pronto. Obi-Wan vio que era un pho ph'eahiano. Los cuatro brazos y el vello azul eran inconfundibles.

—Te han herido.

Obi-Wan puso cara de dolor al verse la herida.

—No es muy grave.

—Aquí tenemos un botiquín. Aguanta —el técnico se apresuró a llevárselo a Obi-Wan—. Tengo formación médica, no te preocupes.

Empleó los cuatro brazos para desenrollar una venda al tiempo que le limpiaba la herida, la rociaba con bacto, le ofrecía a Obi-Wan un poco de agua y le vendaba el brazo.

—Deberías ir al hangar —le dijo Obi-Wan cuando hubieron terminado—. Están evacuando la nave.

—¿Dónde está Uni? —preguntó el técnico.

—En el puente. No abandonará la nave hasta que todo el mundo esté a salvo. Y, además, quiere encontrar un puerto para poder salvar el *Biocrucero*.

—Entonces me quedo. Necesitará a alguien en la sala de lecturas para monitorizar el equipo.

Obi-Wan asintió, admirando su valor.

—¿Cómo te llamas?

—Rhe Pabs.

—Gracias, Rhe Pabs. Yo voy hacia el puente. Le diré a Uni que te quedas.

Rhe Pabs asintió. La nave volvió a estremecerse. Obi-Wan se tambaleó, y su brazo chocó contra el panel. Ahogó un grito de sorprendente dolor.

—Deberías ver a un médico de verdad —le dijo Rhe Pabs.

—Y tú deberías evacuar —respondió Obi-Wan.

Ambos se miraron sonriendo, y Obi-Wan echó a correr por el pasillo plagado de habitantes del *Biocrucero*. Algunos llevaban sus enseres encima, otros eran presa del pánico y otros simplemente estaban atónitos. Pudo oír la tranquila voz de Andra por el sistema de megafonía:

—El pánico sólo servirá para retrasarnos. Cuidad a vuestros compañeros. Acudid a los hangares de carga. Hay sitio para todos. La seguridad es lo primero. Ayudad al compañero.

Obi-Wan se abrió paso entre la multitud, en dirección al puente de mando. Cuando irrumpió en la estancia, vio a Kad sentado ante los mandos.

—¿Sabes pilotar esto? —le preguntó Obi-Wan.

—Sí —Kad tenía el rostro tenso—. He enviado a los demás a los trasbordadores de escape. Yo no abandonaré la nave.

—La sala de lecturas sigue operativa. Rhe Pabs ha accedido a quedarse.

—Bien. —Kad contemplaba el firmamento que se veía al otro lado del mirador circular de la cabina—. Tus Jedi están haciéndolo bien. Ya han derribado dos naves de Offworld.

Obi-Wan vio el caza de Anakin acercándose a él y apuntando a un crucero de batalla de Offworld cuyos cañones disparaban contra el *Biocrucero*, que se sacudió por la explosión. Anakin se lanzó en picado, disparando torpedos de protones. De repente, otra nave de Offworld dejó de atacar al *Biocrucero* y dirigió las torretas hacia la nave de Anakin.

—Espero que tu Jedi tenga ojos en la nuca —murmuró Kad.

Obi-Wan lo deseó también.

Anakin se sentía muy cómodo solo, en el asiento del piloto de una nave. Allí estaban solos; él, la nave y las miles de formas en las que podía maniobrar.

Pese a ser un piloto de reconocido prestigio en el Templo Jedi, apenas tenía ocasiones de volar. Por eso se sintió tan frustrado al saber que, de haber podido retroceder en el tiempo, habría sido parte del equipo de pilotos de Clee Rhara en su programa de entrenamiento.

Sabía que tenía una nave de Offworld detrás, no tenía ni que mirar, pero no tomó acciones evasivas. Todavía no. Sabía que la nave que lo seguía esperaba a que la otra nave de Offworld que lo atacaba quedase fuera de su alcance, para evitar que los restos de la nave de Anakin chocaran contra ella.

En el último momento, Anakin giró bruscamente a la derecha y ascendió, dio la vuelta y apareció en la retaguardia de la otra nave.

—¿A que esto no te lo esperabas? —gritó mientras soltaba una ráfaga de torpedos de protones. La nave de Offworld se desintegró en una explosión de fuego y luz. Anakin notó que el corazón se le aceleraba al ver aquello. Sabía que no debía sentirse triunfante, pero se sentía así. Las naves de Offworld le superaban en armamento, pero no en capacidad de maniobra.

Escuchó la voz de Garen por la unidad de intercomunicación.

—Hay dos naves atacando a los trasbordadores de escape. Yo voy a por una desde la izquierda.

—Recibido —Anakin cayó en picado. Sentía en los mandos cierta calidez que sabía que no existía, pero es que él sentía la nave como si estuviera viva, como una criatura orgánica a su merced. Se sintió así desde el primer día que puso las manos en los mandos de una nave, cuando era un pequeño esclavo y pilotaba vainas cochambrosas en Tatooine.

Vio a Garen frente a él. El Jedi giró hacia su izquierda y Anakin se escoró hacia la derecha. Había cuatro naves de Offworld persiguiendo a los trasbordadores de escape. Podía ver claramente el logo de *Círculo roto* pintado en las alas.

Anakin llamó a la Fuerza. Sintió que los motores y él eran uno. La voluntad de la nave y la suya propia eran indisolubles. Garen y él eran uno.

Ambos forzaron los motores al máximo. Se abrieron paso en zigzag hacia las naves de mayor tamaño, que, al verles aproximarse, centraron en los dos ágiles cazas toda su capacidad de disparo.

—Es hora de subir —murmuró Anakin, agarrando suavemente los mandos. La nave empezó a ascender y cambió de dirección para evitar un proyectil que se dirigía al motor de estribor.

Trazó una voltereta y, sin dejar de soltar torpedos, se acercó a una nave desde el ángulo lateral. Roció las alas de proyectiles y tuvo suerte. Uno de los impactos se produjo en el tanque de combustible. La nave explotó, enviando ondas vibratorias que lo alcanzaron e hicieron bailar a su caza.

—¡Qué bonito! —le dijo Garen por el intercomunicador—. Vamos a por la segunda con una estrategia en

pinza.

—Recibido. Allá vamos... —Anakin se echó a la izquierda mientras Garen viraba a la derecha. Sin dejar de expulsar torpedos, consiguieron atrapar en medio a la segunda nave, que cayó describiendo una espiral y con los motores fuera de combate.

Anakin ya iba a por la tercera, pero mientras él estaba ocupado, ésta ya había conseguido dañar el ala del trasbordador de rescate. Anakin atacó la nave de Offworld desde arriba, dejándose caer sobre ella a toda velocidad, como si deseara chocar contra su puente. Las armas de la nave no podían alcanzarlo desde ese ángulo, así que los de Offworld giraron, pero él hizo lo mismo.

Cuando pudo centrar el punto de mira, atacó el motor izquierdo. Los torpedos impactaron y el motor explotó. La nave de ataque de Offworld se dirigió renqueante hacia la nave nodriza.

Garen se había encargado ya de la última nave que quedaba. Anakin miró a su alrededor. Ya no quedaban naves enemigas en el firmamento.

—Acabo de hablar con Obi-Wan —le dijo Garen—. Kad y él se quedaron en el *Biocrucero*. Kad quiere ver si consigue llegar a Tentrax. El sistema de orientación ha explotado, así que nos van a necesitar de escolta.

Anakin interpretó en las concisas palabras de Garen que el *Biocrucero* corría grave peligro. Y podía darse cuenta de ello: la nave iba peligrosamente escorada y grandes columnas de humo manaban de los motores. El *Biocrucero* era una trampa mortal.

Lo último que quería hacer Anakin era quedarse allí mientras su Maestro permanecía encerrado en el interior de una nave moribunda. Quería estar a su lado.

Pero era un Jedi. Y estaba aprendiendo que eso significaba hacer lo contrario a lo que uno deseaba. Dirigió el caza hacia la derecha y siguió a Garen.

—Recibo datos que indican que el sistema de energía secundario funciona —dijo Rhe Pabs. Su voz era tranquila, pero Obi-Wan y Kad se miraron preocupados. Si el sistema secundario se activaba, la nave entraría en modo de catástrofe y no les daría tiempo a coger una cápsula de salvamento.

—Rhe Pabs, es hora de que te marches —dijo Kad con voz firme.

—No, señor, creo que voy a quedarme un rato más.

Kad soltó un soplando de exasperación.

—Bien. Entonces manténnos informados —se volvió hacia Obi-Wan—. Me la voy a jugar. Podría emplear menos energía, lo cual podría salvar todo el sistema. Pero sólo tenemos que mantener la nave operativa un poco más de tiempo. Y están empezando a fallar otros sistemas. Así que voy a aumentar la potencia para poder llegar cuanto antes a Tentrax.

Obi-Wan asintió.

—De acuerdo.

Kad se volvió hacia los mandos.

—Es un buen momento para que te vayas de la nave.

—Me quedo —dijo Obi-Wan.

—Ésta no es tu guerra.

—Ahora sí lo es —respondió Obi-Wan.

Fue una travesía agónica. Los controles funcionaban de forma errática. Casi todas las luces de emergencia parpadeaban.

Obi-Wan mantuvo la vista fija en las naves que les flanqueaban. Estaban tan cerca que podía ver la expresión tensa de Anakin, la tensión en su rostro mientras intentaba sonreír y dar algo de confianza a Obi-Wan.

—¿Por qué te empeñas en salvar el *Biocrucero*? —preguntó a Kad.

—Porque yo invité a venir a todos sus habitantes —dijo con expresión seria—. Ellos abandonaron sus hogares. Han perdido su dinero. Esto es lo único que les queda, y no pienso perderlo.

La voz de Garen resonó en el intercomunicador.

—Tentrax está a la vuelta de la esquina. La plataforma de aterrizaje en órbita estará en posición en ocho minutos.

—Vamos a conseguirlo —murmuró Kad.

Obi-Wan admiró el enorme planeta Tentrax. La plataforma de aterrizaje era un pequeño punto en la lejanía, apenas mayor que una estrella. Cuando se acercaron y la plataforma empezó a orbitar hacia ellos, su tamaño quedó patente.

—Ya casi estamos —susurró Kad.

De repente, la alarmada voz de Rhe Pabs les advirtió desde el intercomunicador.

—¡Todavía hay androides de ataque a bordo! ¡Les he visto dirigiéndose al puente!

Obi-Wan se giró mientras desenvainaba el sable láser, justo cuando se abrieron las puertas del puente de mando. Un batallón de androides de combate entró disparando. Los proyectiles láser fueron a parar a la consola y agujerearon la tapicería de los bancos del panel de mando.

Obi-Wan saltó por encima de la consola cuando dos androides apuntaron hacia Kad. Rechazó los disparos con el sable láser, al tiempo que se abalanzaba contra los androides. A uno de ellos le partió el panel de control en dos, mientras daba una patada al otro. Ambos cayeron al suelo con estrépito. Se giró y partió al siguiente por la mitad. Avanzó sin detenerse, desviando los disparos, hasta arrinconar a los androides, para luego, de una sola pasada, cortar a ambos a la altura de las rodillas. Cayeron al suelo sin dejar de disparar, y entonces, Obi-Wan los decapitó. Los androides rodaron juntos y se quedaron inmóviles.

—Empezaremos con los procedimientos de aterrizaje —dijo Kad con voz temblorosa. Miró a Obi-Wan agradecido—. Vamos a conseguirlo, gracias a ti.

Capítulo 23

El sol salía tarde en Tentrix. Tras desayunar, Obi-Wan y Anakin salieron a la plataforma de aterrizaje principal para ver cómo el sol inundaba el hangar de naranja y rociaba de luz el planeta que tenían bajo sus pies. Anakin estaba eufórico. Se sentía bien en la otra punta de la galaxia, lejos de Coruscant y del Templo, contemplando un planeta desconocido tras una misión cumplida con éxito. Por primera vez, se sintió un verdadero Jedi.

—Me da igual lo que diga Yoda —comentó Anakin—. Creo que descubrir un sabotaje, ayudar en una evacuación y guiar a una nave maltrecha a buen puerto sí que cuenta como misión.

Obi-Wan sonrió.

—Es que ha sido una misión, Anakin.

—Vale —dijo Anakin, satisfecho—. Pero hay algunas cosas que no me han quedado claras.

—Eso suele ocurrir después de una misión.

—¿Cómo pudo Kad perdonar a su padre al final? —soltó Anakin—. Le había traicionado. Y podía haber causado innumerables muertes.

—Sí, lo cierto es que hizo muchas cosas malas —asintió Obi-Wan—. Pero pidió perdón a su hijo al morir. Había algo de bondad en su interior. Y creo que el hecho de que pudiera perdonar a su padre, dice mucho en favor de Kad.

Anakin negó con la cabeza.

—Sigo sin entenderlo.

—¿Tú perdonarías a Yoda si hiciera algo terrible? —preguntó Obi-Wan.

—Yoda jamás haría algo terrible —dijo Anakin con firmeza.

—No, yo tampoco lo creo —dijo Obi-Wan—, pero no olvides nunca lo poderoso que puede llegar a ser el Lado Oscuro.

Anakin apretó los labios. Seguía sin entenderlo. Decidió cambiar de tema.

—Ojalá hubiéramos podido encontrar a Kern.

—Puede que Garen lo consiga.

El Jedi se había ofrecido voluntario para buscar la cápsula de salvamento. Seguían albergando la esperanza de recuperar el tesoro del *Biocrucero*.

—No entiendo qué se traía Kern entre manos —dijo Anakin—. ¿Trabajaba para Offworld o no?

—No lo creo —dijo Obi-Wan—. Creo que trabaja para alguien más. O puede que Vox lo llamase en nombre de Offworld, pero él decidió trabajar por su cuenta. Ese tesoro era una gran tentación. Y Kad me contó que Kern ha robado también los planos del *Biocrucero*. Tiene todos los detalles de sus innovaciones tecnológicas.

—¿Y para qué los querrá?

—Para venderlos —dijo Obi-Wan—. Una nave en travesía constante, con una gran población, podría ser considerada una amenaza por una organización que busque controlar la galaxia. Las personas o los motivos que movían a Kern buscaban destruir todo lo conseguido por Kad, además de robar el tesoro. Si conseguimos encontrar a Kern, quizá consigamos respuestas.

—No parece tener mucha fe en que Garen lo encuentre —dijo Anakin.

Obi-Wan miró las estrellas, que empezaban a desvanecerse con la luz del amanecer.

—En la galaxia hay muchos sitios donde esconderse. Y Kern está acostumbrado al engaño. Pero es un buen final para tu primera misión, Anakin. Los malos consiguen escapar a veces. Y nosotros hacemos lo que podemos.

—Pero yo quiero ganar siempre —dijo Anakin.

Obi-Wan frunció el ceño.

—Las misiones no consisten en ganar o perder. Consisten en dejar las cosas mejor de lo que estaban.

Escucharon pasos. Kad se acercaba hacia ellos.

—Tentrix es un planeta precioso —dijo, mirando a la esfera azul.

—¿Te quedarás aquí una temporada? —le preguntó Obi-Wan.

—Me temo que las reparaciones llevarán tiempo —respondió Kad—. Vamos a celebrar reuniones para decidir cuál será el siguiente paso. No está claro lo que vamos a hacer. Yo no quiero tomar decisiones. Hay gente

que propone colonizar un nuevo planeta o encontrar uno en el Borde Exterior que nos acoja. Ya veremos. He apartado a todos estos seres de todo lo que les era familiar, pero no puedo proporcionarles un futuro.

—Estoy seguro de que el camino a seguir no tardará en quedar claro —dijo Obi-Wan.

Kad asintió.

—Quiero que sepas que quizá no sé lo que pasará en el futuro, pero sí he enterrado el pasado. Espero que tú también. Me has salvado la vida, pero no ha sido por eso. Sé que no fuiste culpable de la muerte de mi hermano. La amargura siempre ha estado presente en nuestra familia. Sé que Bruck era un amargado, y mi padre también. Y lo peor ha sido tener que reconocer que yo también lo soy. He basado todo mi sistema en el rechazo. He dado la espalda a la vida. Y la única razón por la que lo hice era mi amargura. Lo curioso es que si por fin he recobrado la paz ha sido al darme cuenta de ello.

Anakin observó todo atentamente. Su Maestro y Kad se miraban fijamente. Algo pasó entre ellos. Sintió que su Maestro se relajaba, como liberándose de una pesada carga.

—Entonces la vida te ha dado un regalo —dijo Obi-Wan—. Ahora podrás comenzar de nuevo.

—Me han dicho que tenéis una nave para regresar a Coruscant —dijo Kad—. ¿Venís a despediros de Andra y Den? Os están esperando.

—Claro —dijo Obi-Wan—. ¿Vamos, Anakin?

—Ahora os sigo.

No quería irse todavía de la plataforma de aterrizaje. Su mente bullía con preguntas y lecciones aprendidas. Se moría de ganas de interrogar a Obi-Wan, pero no iba a hacerlo.

Fuera lo que fuera, en el pasado de Obi-Wan había una herida profunda. Eso lo sabía. Él también tenía sus propias heridas. Quizás algún día él también sería un hombre, como Obi-Wan, y sentiría cómo se quitaba ese peso de encima.

Volvió a pensar en Kad, abrazando a su moribundo padre, con los ojos llenos de lágrimas. Había niveles de compasión que seguía sin entender. ¿Cómo podía alguien transformar la ira en piedad?

La frustración le corroía por dentro. Obi-Wan intentaba comprenderle. Y él apreciaba a su Maestro por ello. Pero nadie podía entenderle. Ni sus compañeros del Templo, ni sus profesores; ni siquiera Yoda, que parecía comprender tantas cosas. ¿Cuánto tiempo se sentiría marginado por su pasado? ¿Podía esa sensación de marginación hacer que nunca llegase a ser un Jedi de la talla de Obi-Wan o Qui-Gon? Ése era su mayor miedo.

Anakin se dirigió hacia el refugio del espaciopuerto, hacia los amigos, el calor, la luz y su Maestro. Ya llegaría el futuro, se dijo. En ese momento, lo único que sentía era gratitud por tener a Obi-Wan para guiarlo en la vida.

FIN

¿Más libros de Star Wars?

http://espanol.groups.yahoo.com/group/libros_starwars/